



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Un autorretrato de Ramón López Velarde

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

**LICENCIADO EN LENGUA Y
LITERATURAS HISPÁNICAS**

P R E S E N T A:

María Fernanda Mora Triay

DIRECTOR DE TESIS:

Dra. Ana Castaño Navarro



Ciudad Universitaria, Cd. Mx., 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A Patricio Ávila,
amor de mi vida y domador de leones,
sin quien esta tesis no hubiera sido posible.*

*A mis amados padres por su apoyo incondicional,
motivación y fuerza.*

A Jordi, por las noches de terapia.

A los hispanistas en pena.

A todos los caídos.

A Nessie.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
Capítulo 1: El Epistolario de López Velarde con Eduardo J. Correa.....	14
1. Dos lados de la misma moneda: milenarismo, romanticismo y epistemología cristiana en López Velarde y Eduardo J. Correa.....	14
1.1 <i>Nova et vetera</i> : el influjo de León XIII.....	18
2. Contexto histórico mexicano.....	20
3. La relación entre los protagonistas López Velarde y Eduardo J. Correa y más del contexto histórico.....	25
4. La historia del texto, las cartas conservadas, la edición de G. S.....	32
Capítulo 2: Teoría epistolar aplicada al epistolario.....	36
1. Orígenes de la tradición epistolar.....	36
1.1 La carta moderna. El vínculo de esta práctica con la escritura autobiográfica o las escrituras del yo.....	39
1.2 La correspondencia privada y el ámbito de lo privado.....	40
2. Teoría epistolar.....	46
2.1 El epistolario como producto de la tradición editorial y como contexto comunicativo.....	46
2.2 Vínculos con la conversación oral.....	51
2.3 La distancia.....	60
2.4 El marco de enunciación de la carta.....	63
2.5 El doble pacto epistolar: modalidad especial del pacto autobiográfico.....	66
2.6 Las cartas vacías: la autorreferencialidad de la carta.....	69

Capítulo 3: La configuración retórica de López Velarde como sujeto epistolar.....	71
1. La creación de un personaje: la identidad, el <i>ethos</i> retórico y la imagen de autor de Ramón López Velarde.....	71
1.1 El programa político cultural.....	78
1.2 La búsqueda de su propio camino.....	79
1.3 La polémica en torno a la obra.....	80
1.4 La construcción de López Velarde como personaje.....	81
1.5 La mediación de su mentor.....	82
1.6 El distanciamiento geográfico: preludio del fin.....	83
1.7 La congruencia política.....	86
2. “El ojo estético”: reflexiones en torno a la personalidad creativa de López Velarde.....	88
2.1 La crítica como ejercicio estético: el cuestionamiento de la herencia.....	89
2.2 La literatura <i>sana</i> : “todo se puede aprovechar”	92
3. La biblioteca personal de Ramón López Velarde.....	93
3.1 Inventario de letras: listado de lecturas confesadas, sugeridas, mencionadas y facilitadas a Ramón López Velarde en su correspondencia con Eduardo J. Correa.....	95
CONCLUSIONES.....	122
1. Dos católicos de vanguardia.....	122
2. Los epistolarios como parte del circuito literario.....	123
3. LA relación del epistolario moderno con el desarrollo del concepto de personalidad.....	124
4. Un lenguaje acorde con un tipo de relación.....	124
5. La carta como espacio posible para la construcción de personalidades retóricas.....	125
6. LA partida de ajedrez entre R. L. V. y E. J. C.....	127
7. El hombre que escribió las cartas.....	128
BIBLIOGRAFÍA.....	130

INTRODUCCIÓN

Un autorretrato de Ramón López Velarde

*“El mejor retrato de cada uno es aquello que escribe.
El cuerpo se retrata con el pincel, el alma con la pluma”*
Antonio Vieira, “Sermón de San Ignacio de Loyola, fundador de
la compañía de Jesús...” Predicado en Lisboa año 1669

En teoría literaria, cuando se habla de categorías genéricas, la tradición aristotélica las ha entendido en diferentes niveles.¹ Por un lado, está la clásica que comprende los grandes géneros o géneros teóricos, los cuales son el poético-lírico, el épico-narrativo y el dramático-teatral. Después, están los llamados géneros empíricos o géneros históricos que consisten en subdivisiones de los anteriores y que, como su nomenclatura indica, están sujetos a cambios diacrónico, los que determinan su nacimiento, vigencia y desuso (Amaro 2009, p. 50). Atendiendo a esta clasificación, puede decirse que los géneros autobiográficos son manifestaciones históricas que han correspondido ontológicamente a un determinado tiempo y que se han concretado como experiencia del mismo.² Obedecen a “los efectos causados en la historia cultural europea por las actitudes modernas promovidas por el secularismo y sobre todo por el individualismo [...] desde los comienzos del romanticismo, hacia mediados del siglo XVIII” (May, 1982, pp. 27-28).

¹ Llamo tradición aristotélica a aquella que divide la literatura en la triada de épica, lírica y drama, y que “sustenta sus categorías genéricas de acuerdo con las propiedades internas observables en una obra. El concepto clave de su modelo descriptivo es el de imitación y sus subsecuentes subdivisiones de acuerdo con los medios utilizados, los objetos representados y el modo de recrearlos. Así, la elegía difiere de la poesía ditirámbica en los medios que emplean; la comedia de la tragedia en los protagonistas objeto de la acción, y la épica de la tragedia en el modo de imitar” (Alcázar, 1998, pp. 11-12). Me refiero a ella en específico por fines prácticos: es la más extendida en occidente, sobre todo después de la difusión que le dio Goethe. Sin embargo. Comparto la noción de que en un mismo periodo histórico conviven distintas maneras de comprender y de proyectar la literatura.

² Teóricos como Anna Caballé, Ernesto Puertas Moya y José Romera Castillo entienden a las autobiografías, los autorretratos, las memorias, los diarios íntimos y los epistolarios como las manifestaciones autorreferenciales básicas (Anna Caballé *apud* Puertas Moya, 2004, p. 16).

A pesar de que los indicios de este tipo de expresiones se fueron revelando desde la Antigüedad, y en distintas épocas anteriores al siglo XVIII, hasta este momento nadie hablaba de su existencia:

Europa se refería a las memorias o a las confesiones, pero no había un nombre para aquello cuya gestación se remonta incluso al mundo clásico [...] el siglo XVIII, que vio expandirse la Reforma protestante, fue en particular una época que propició estas formas de escritura, dado que varios de los países que acogieron la nueva iglesia abandonaron uno de los hábitos propios del catolicismo: la confesión ante el sacerdote. (Amaro, 2009, p. 51)

Esto es importante, ya que este rito sacramental, que se encontraba dirigido vivencialmente a un sacerdote católico, fue reemplazado por exámenes de conciencia escritos. No obstante, no es posible establecer un sólo hecho histórico-cultural a partir del cual se haya modificado la noción de ser, y se haya exacerbado el potencial del individuo. Lo que se puede hacer, y se ha ido haciendo, es ir delimitando el conjunto de acontecimientos que llevaron a Occidente a desarrollar textualmente estas preocupaciones.

En tanto géneros históricos, las escrituras del *yo* o géneros autobiográficos adoptan “distintas modalidades, estilos y perspectivas para abordar el *yo* y acceder al misterio de la vida, al secreto de la existencia” (Puertas Moya, 2004, p. 11). Las une su eje autorreferencial e íntimo: “escritura sobre la vida de y por uno mismo” (Puertas Moya, 2004, p. 14). Sin embargo,

No es solamente preciso que haya escritura, y que esta escritura tenga como protagonista al *yo* (eso lo comparten la lírica, o la picaresca), es asimismo si no indispensable, sí una forma de sus realizaciones históricas, que el *yo* sea un AUTOR, esto es, que pertenezca a una forma dada de unidad creativa que bien tenga carácter representativo previo, o lo obtenga como consecuencia de su propia obra autobiográfica o confesional o ensayística. (Pozuelo Yvancos, 2007, p. 242)

Pero ¿qué significa que el *yo* sea un autor? Pozuelo Yvancos dice que es cuando la categoría aneja del *yo* pasa de ser únicamente sujeto de representación y se convierte en objeto de representación: “importa antes que el tema o el artificio el sujeto, su visión, su persona” (Pozuelo Yvancos, 2007, p. 242).

La diversidad expresiva de los géneros autobiográficos ha hecho imposible extender una definición exacta y única sobre ellos, ya que de una modalidad a otra varían los objetivos, el tipo de destinatario, la distancia temporal respecto del suceso relatado, la

forma de articular textualmente los acontecimientos, etc. (Puertas Moya, 2004, p. 12). Hay quienes se han referido a ellos como un fenómeno complejo pero unitario, que se incluye dentro de un sólo género, la autobiografía, y deriva en subsecuentes subgéneros (Puertas Moya, 2004, p. 13). Para otros, las distintas modalidades comprenden géneros autónomos que están vinculados por su germen ontológico. Al respecto, el romanista, semiólogo y crítico español, José Romera Castillo declaró que: “La escritura autobiográfica no es un todo compacto sino que, entre sus diversas manifestaciones, las hay con mayor pureza (autobiografía, memorias, diarios, epistolarios y autorretratos) o más heterogéneos (novelas y poemarios autobiográficos)” (Romera Castillo *apud* Puertas Moya, 2004, p. 12). La finalidad de este estudio no es esclarecer este problema. Aquí me referiré a todos ellos como géneros autobiográficos, no como subgéneros. Así, podemos decir que son escrituras focalizadas en el *yo*, que comparten rasgos: en su mayoría, son narraciones autorreferenciales, escritas sobre la vida o parte de la vida de y por el sujeto de la enunciación.

De entre los géneros autobiográficos, se encuentra el género epistolar. Alrededor de él se desarrolla esta tesis, la cual indaga acerca de una de sus manifestaciones: la *Correspondencia* [de Ramón López Velarde] *con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles (1905-1913)*. Al igual que las otras expresiones autobiográficas, este tipo de escritura del *yo* surge propiamente como producto de la incursión de la Reforma protestante dentro del aparato ideológico occidental y de la noción de sujeto e individuo moderno. Pese a la costumbre antiquísima de la correspondencia escrita, tan antigua como la escritura misma, y a la costumbre tan arraigada de recopilar correspondencias entabladas entre personalidades sobresalientes, el género epistolar moderno involucra “la reflexión en torno al desarrollo de la propia personalidad, muy en sintonía con la importancia que la modernidad le comenzaba a atribuir al sujeto y su individualidad” (Amaro, 2009, p. 51).

El desarrollo de la teoría dedicada al género epistolar ha discurrido por tres caminos: el de los estudios retóricos, el que compete exclusivamente a los epistolarios, cartas, o correspondencias, y el que comprende al epistolario moderno como parte de la literatura autobiográfica. El germen del estudio de la relación de la escritura autobiográfica con los mecanismos de su recepción fue desarrollado por Philippe Lejeune en la década de los setentas del siglo pasado. Definió la autobiografía como un relato retrospectivo en prosa

que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad (Lejeune, 1994, p. 48). Enfrentándose al problema de distinguir entre un texto autobiográfico en general y una novela autobiográfica, Lejeune se dio cuenta de que necesitaba atenerse a algún tipo de evidencia textual interna, la cual anclara el texto al mundo real. De esta forma, acotó que el rasgo clave que permite diferenciar entre una obra ficcional y una autobiografía es la identidad entre la persona que la firma, el narrador y el personaje protagonista de la narración. Sin embargo, la afirmación de esa identidad en el discurso, y a lo que él llamó “pacto autobiográfico”, es la intervención de un lector que, a través de la interpretación de estos tres signos de anclaje referencial, pueda afirmar que está leyendo una autobiografía y no una obra de ficción (Lejeune, 1994, p. 59).

Como señala Beltrán Almería, desde el ámbito de la teoría literaria se han elaborado, con mayor recurrencia, estudios que indagan acerca de la composición retórica de las epístolas:

Esta teoría de los géneros epistolares tiene sus raíces en la misma retórica epistolar de la Antigüedad, pero, a diferencia de esta retórica, ha continuado un —limitado— desarrollo. Este desarrollo puede constatarse en el humanismo —sobre todo con las obras de Erasmo y Vives, de idéntico título, *De conscribendis epistolis* (1522 y 1536, respectivamente)— y en la teoría literaria moderna —por ejemplo, con un reciente estudio de C. Guillén (1991)—. (Beltrán Almería, 1996, p. 239)

Específicamente, los estudios abocados hacia el género epistolar moderno fueron desarrollados por Claudio Guillén y Patrizia Violi. El primero se encargó de estudiar el proceso mediante el cual los sujetos de la correspondencia logran poner en práctica un sistema de comunicación virtual, semejante al de la oralidad, a través de mecanismos propios de la escritura y de la ficción (pacto epistolar). Por su parte, Violi se dedicó principalmente a describir las correspondencias como sistemas complejos que no pueden ser comprendidos a través del estudio de sus fragmentos (cartas) y sin la consideración de elementos intra y extra textuales.

En la presente tesis, haré uso de los conceptos de “pacto autobiográfico” (Lejeune), y de “pacto epistolar” descrito por Claudio Guillén (1997). El primero, sucintamente, implica la aceptación por parte del lector de que se encuentra leyendo un texto referencial, y el segundo, la aceptación de la existencia del receptor desde la perspectiva de quien

escribe la carta (Pulido, 2001, p. 441). Como consecuencia de la realización de ambos pactos, “el escribiente intenta verse a sí mismo o lo que describe [...] con sus propios ojos y a la vez los del receptor, cuya reacción imagina” (Ciplijauskaité, 1998, p. 64). De esta forma, necesariamente el autor empieza a oscilar entre la realidad y la ficción; entre el acontecimiento y el acto de narrar. Nos encontramos ante un orador que tiene que modular el discurso dependiendo de su auditorio; por un lado, del ánimo, personalidad, relación, que tenga con aquel o aquellos que lo escuchan; y, por otro lado, del objetivo particular y propio de dicho orador. En palabras de Celia Fernández Prieto,

toda carta contiene una tendencia hacia la ficcionalidad en la medida en que el yo real y el tú real no pueden identificarse directamente con la imagen (o imágenes) del yo y del tú representadas en el discurso [...]. La escisión inevitable entre el ser y el lenguaje se realiza de manera especial en la escritura y, en el caso de los géneros autobiográficos, pone de relieve que el yo es una construcción verbal y no la copia o reproducción de un supuesto yo anterior al discurso. (Fernández Prieto, 2001, p. 21)

El género epistolar puede dar acogida tanto al ámbito cotidiano, como al ámbito artístico, puesto que sus producciones pueden responder a una amplia gama de finalidades, que van desde las comunicativas, hasta las estrictamente literarias. Sin embargo, en detrimento de sus cualidades literarias, el interés de la crítica se ha focalizado en la extracción de contenido referencial de este tipo de documentos; es decir, su valor se ha centrado en considerar las cartas como fuentes de información histórica que permiten conocer la trayectoria de personajes públicos o agregar información a estudios políticos, económicos, o culturales. “Por consiguiente, falta profundizar en los significados y funciones de la escritura epistolar, en las características materiales de dichos testimonios y en [...] las particularidades que implica cada toma de la palabra escrita contemplada desde la tensión dialéctica que se establece entre las normas epistolares y las prácticas efectivas” (Castillo Gómez, 2005, p. 850).

Así, pues, lo que se propone aquí es otro tipo de aproximación: estudiar los epistolarios como género, con el auxilio de la teoría literaria, puesto que este tipo de textos dan cuenta no sólo de la sociedad y de la circunstancia histórica que los influyen, sino que también dejan ver la articulación de sujetos interiores simultáneos a la construcción de los textos que los conforman (Ciplijauskaité, 1998, p. 62). Es decir, cuando un remitente

escribe una carta, realiza paralelamente un intento consciente o inconsciente de construirse una identidad.

El presente trabajo propone el estudio del epistolario de Ramón López Velarde (1888-1921) con Eduardo J. Correa (1874-1956), reunido y editado por Guillermo Sheridan (1991), con la finalidad de extraer información que ayude a trazar una imagen discursiva del más joven de los dos autores. Su pertinencia radica en que dicha imagen ayuda a perfilar la historia cultural de una época, además de seguir la evolución personal, artística e ideológica de los dos. Como dijo Pozuelo Yvancos, dado que la emergencia del *yo* en la cultura occidental es escritural, es válido hablar de un autorretrato escrito por parte de López Velarde hacia él mismo y hacia su corresponsal, Correa.

El corpus que constituye este epistolario se compone de cuarenta y cinco cartas que López Velarde dirige a Eduardo J. Correa, y de diecinueve de Correa a López Velarde.³ Al margen de la obra literaria de este último, y de sus prosas políticas, estas cartas arrojan luz sobre la relación afectiva, laboral y de retroalimentación estética mantenida a lo largo de los ocho años que duró la correspondencia, y ayuda a perfilar una imagen fragmentaria y a la vez complementaria de lo que fue la persona del poeta jerezano; esto a través de sus propios comentarios, impresiones, confesiones y provocaciones hacia su interlocutor y amigo.

Ahora bien, al considerar al texto autobiográfico como lugar de caracterización de la personalidad de un autor, surge el problema de que este género en particular responde necesariamente a un interlocutor. Así, nace la pregunta de si López Velarde habría de configurarse deliberadamente con una serie determinada de rasgos, con el objeto de dar una imagen de sí mismo que lo favoreciera de alguna manera frente a Eduardo J. Correa (*ethos retórico*), que representó durante varios años una figura de autoridad para él. De ser así, será preciso estudiar cómo se elabora esta imagen, y preguntarnos si existen cambios importantes en cuanto a la actitud, intención y niveles de expresión de López Velarde a lo

³ Sheridan y José Luis Martínez indican que 37 de las 45 cartas de López Velarde a Eduardo J. Correa estaban inéditas antes del descubrimiento de Sheridan. Anteriormente, las otras 8 habían sido compiladas en las *Obras* de José Luis Martínez (López Velarde, 1971, pp. 756-767). Para la segunda edición de Martínez, el resto de las cartas fueron facilitadas por Sheridan. Las 8 cartas que ya habían sido publicadas corresponden al 14 de mayo de 1909, 17 de junio de 1909, 31 de octubre de 1909, 15 de noviembre de 1909, 8 de abril de 1911, 18 de noviembre de 1911, 8 de abril de 1912 y 19 de noviembre de 1913. Las 19 cartas de Correa a López Velarde son también un hallazgo de Sheridan y estaban inéditas hasta 1991.

largo del tiempo y en función de la paulatina modificación de sus vínculos ideológicos y políticos respecto a su corresponsal. En este sentido, cabe preguntarse si al conjunto de rasgos que manifestó a través de su retórica con el objetivo de dar una imagen de sí mismo a Correa podría considerarse como un autorretrato de Ramón López Velarde.

Es preciso recordar que las imágenes que un escritor proyecta de sí no pertenecen al mismo orden que las que elaboran terceros como el medio editorial, la publicidad o la crítica. La producción de una *imagen de autor* como la que se ha construido sobre López Velarde ha contribuido a consagrarlo como parte sustantiva del patrimonio cultural mexicano. Para ello, se han reducido los rasgos de su personalidad y la temática de su obra a una visión simplista, que se resume a los conceptos: romanticismo, religiosidad y provincia. En la *Correspondencia*, en cambio, podría encontrarse un López Velarde políticamente activo y comprometido; probablemente, en búsqueda de su propia personalidad artística y de una voz poética; afectado por las vicisitudes de la vida cotidiana y por las inflexiones del tiempo.

Una de las razones de interés que guarda la correspondencia entablada con Eduardo J. Correa es que éste constituyó una figura fundamental para el desarrollo literario, político y personal de López Velarde gracias a que apoyó sus primeras publicaciones y lo acompañó en sus primeras pesquisas ideológicas y políticas. Por lo tanto, resulta un personaje clave a través del cual el poeta pudo llevar a cabo un diálogo que terminó por perfilarlo de manera filosófica, estética y personal. De esta suerte, podremos observar el desarrollo de su personalidad, así como la evolución de su estilo, sus apreciaciones estéticas y su autoconciencia como escritor en el epistolario que mantuvo con Correa de 1905 a 1913.

En el primer capítulo detallaré el contexto cultural del cual emana el pensamiento político y religioso de los dos corresponsales. Para ello, realizaré un recorrido que irá desde la situación general del pensamiento católico en Europa, a la que tuvo concretamente en nuestro país. Indagaré sobre las influencias de los movimientos católico milenarista y romántico, y sobre la forma de generar conocimiento que promovió el cristianismo, visto no sólo como sistema de creencias, sino específicamente como aparato racional, en caso del catolicismo mexicano en López Velarde y en Eduardo J. Correa. En un segundo apartado, hablaré acerca del clima político y social de la época revolucionaria. Ahondaré en la pugna entre liberales y conservadores para situar a los dos escritores. Después, referiré la vida de

ambos, el origen de sus relaciones, sus vínculos, etc., en relación con el contexto histórico. Para finalizar el capítulo, expondré la historia y particularidades del corpus a revisar; igualmente haré algunas puntualizaciones sobre la edición del texto y su situación como producto editorial y no como obra del autor. Para ello, me serán útiles los siguientes estudios: *Tres poetas católicos*, de Gabriel Zaid; *Ramón López Velarde: el poeta, el revolucionario*, de Juan José Arreola; el estudio introductorio a *Obras* de Ramón López Velarde, compilado por José Luis Martínez. Además, revisaré “El discurso de oposición en la prensa clerical conservadora de México en la época de Porfirio Díaz (1876-1910)”, de Claude Dumas, para contextualizar a los corresponsales, y el prólogo de Sheridan para describir el corpus.

En el segundo capítulo me dedicaré a describir cómo opera una correspondencia con relación al campo de las escrituras del yo. Esto se hará con el objetivo de demostrar que el epistolario en cuestión cumple con las condiciones propicias para un desarrollo textual de la identidad, para la construcción de un personaje retórico, de un *ethos* escritural. Comenzaré por relatar los orígenes de la tradición epistolar, para después vincular esta tradición con su modalidad moderna, la cual permite indagar sobre la identidad de sus interlocutores. A continuación, hablaré de la correspondencia privada y del ámbito de lo privado, con la finalidad de ubicar este epistolario en este tipo de expresiones personales. Aunque el corpus está compuesto únicamente por fragmentos de una correspondencia, tendré que hacer énfasis en que un epistolario es un producto reunido artificialmente, y tendré que referirme a la correspondencia como el núcleo de donde es posible extraer la información autorreferencial de López Velarde. Finalmente, usaré la teoría epistolar para definir este núcleo y su modo de operación.

En este capítulo, haré uso de los artículos “Las estéticas de los epistolarios”, de Beltrán Almería, y “«El mejor retrato de cada uno». La materialidad de la escritura epistolar en la sociedad hispana de los siglos XVI y XVII”, de Castillo Gómez para dar un breve recuento histórico del devenir del género epistolar moderno y su caracterización definida por la interacción privada. Utilizaré “Teoría de la intimidad” de Carlos Castilla del Pino para definir el ámbito de lo privado, y “La construcción del yo y la historia en los epistolarios”, de Biruté Ciplijauskaitė; “La escritura epistolar en la actual encrucijada genérica”, de Genara Pulido Tirado, *Como la vida misma. Repertorio de modalidades para*

la escritura autobiográfica, de Francisco Ernesto Puertas Moya, y “Apuntes para una teoría de la carta de amor”, de Celia Fernández Prieto, para ir describiendo cómo opera una correspondencia. Con estos mismos textos, en especial los de Fernández Prieto y Pulido Tirado, introduciré la manera en que en este tipo de escritura se construyen, simultáneamente, el texto y la personalidad. Ahondaré en la carta y sus mecanismos textuales de comunicación a distancia con ayuda de los textos “La intimidad de la ausencia: formas de la escritura epistolar” y “Letters”, de Patrizia Violi. Por último, haré hincapié en la característica clave del género con relación a la construcción autobiográfica: el doble pacto epistolar, definido por Claudio Guillén en “El pacto epistolar: las cartas como ficciones”.

El tercer capítulo seguirá la línea planteada por Claudio Guillén, describiendo la forma en la que se ficcionalizan los interlocutores con fines retórico-prácticos. Específicamente, analizaré la manera como se realiza este proceso en Ramón López Velarde, ya que la identidad es un constructo textual que se va escribiendo y reescribiendo a medida que se va llevando a cabo la correspondencia. Partiendo del hecho de que en un epistolario nos encontramos con facetas de las cuales se desprenden imágenes fragmentarias de una misma personalidad, destellos de un *yo*, propondré el estudio de ellas para reconocer sus matices y diferencias en la etapa juvenil de la vida político-creativa del poeta jerezano.

Siguiendo la nomenclatura de Ruth Amossy, me será necesario establecer una distinción entre la naturaleza de aquellas imágenes que elabora un tercero (imagen de autor), como la publicidad y la crítica, y aquellas que produce el mismo autor sobre su persona (*ethos* retórico), para indagar acerca del diálogo que sucede entre estos dos tipos de discurso y que fomenta la construcción de lo que se reconoce como la personalidad de Ramón López Velarde. Igualmente, relacionaré estos conceptos con el de “pacto epistolar” (Claudio Guillén), en el que intervienen cuatro personajes intercambiables, dos por parte del remitente (el sujeto real y su *ethos* retórico), y dos del destinatario (el sujeto real y la imagen de él que describe el remitente). Así, lo que comenta Eduardo J. Correa sobre la personalidad de su pupilo será reconocido como imagen de autor y lo que aclara López Velarde, como *ethos retórico*.

Teoría del personaje de Carlos Castilla del Pino, así como el mismo artículo de Ciplijauskaitė que utilizaré en el capítulo dos, serán usados para reconstruir la personalidad de López Velarde frente a J. Correa dentro del contexto sociopolítico en el que se encontraba inmersa la intelectualidad católica. Hablaré del papel que desempeñaron ambos en pro de este movimiento, en relación directa con la correspondencia. Expondré las percepciones de ambos sobre la situación de la provincia, el modernismo, las pugnas políticas vigentes y su propia obra. Indagaré acerca del vaivén retórico que refleja los acercamientos y la paulatina toma de distancia entre las dos personalidades.

Como punto final, elaboraré un listado de las lecturas mencionadas y comentadas en el epistolario, y que por la misma razón se muestran como formativas para López Velarde durante este período inicial de su desarrollo artístico. A esta sección la denominaré la “biblioteca personal” de Ramón López Velarde, entendiendo bajo este concepto los materiales rastreables en el epistolario que ayudaron a fundar la sensibilidad y a estructurar la personalidad artística de Ramón López Velarde, los cuales nos permiten acercarnos al poeta en formación y especular acerca de su devenir. Esto se hará, no sólo por el papel de catalizadores estéticos que estas lecturas tuvieron en la obra de López Velarde, sino también para hacer hincapié en el papel instructivo de Eduardo J. Correa sobre su interlocutor. El listado incluirá tanto las lecturas aludidas directamente, o citadas de manera indirecta por López Velarde como por Eduardo J. Correa, ya que, aunque no exista constancia explícita de que éste las haya hecho todas, al menos podemos saber que las conoció y que entró en relación con las opiniones que tenía sobre ellas su mentor y amigo. El registro procederá de manera cronológica, según lo que vayan diciendo los correspondientes en su interacción, la cual sigue la seriación establecida por Sheridan en su edición del texto; esto, con el fin de que el futuro lector pueda ver la relación del tiempo con la dirección que fueron tomando sus apreciaciones. En cada apartado se dará la fecha de la misiva y su lugar de remisión, y se dispondrá en subapartados la información sobre las obras y autores insinuados o referidos en ella. Finalmente, si es que existe un comentario sobre la obra, se reseñará.

Esta tesis se abocará al perfilamiento de la personalidad política y literaria de Ramón López Velarde en su etapa formativa y de temprana inmersión literaria. De esta

suerte, se analizarán su contexto histórico-cultural y su papel como parte del movimiento católico mexicano.

CAPÍTULO 1: EL EPISTOLARIO DE LÓPEZ VELARDE CON EDUARDO J. CORREA

1. Dos lados de la misma moneda: milenarismo, romanticismo y epistemología cristiana en López Velarde y Eduardo J. Correa

Los dos interlocutores del epistolario se ubican en el contexto político y cultural correspondiente al tránsito del ocaso del Porfiriato a la Revolución Mexicana. La correspondencia abarca de 1905 a 1913, lapso durante el cual ambos participaron de manera activa en el ámbito literario y en la esfera sociopolítica. Pertenecen a un momento de la historia nacional en el que una parte de los adeptos al catolicismo mexicano buscó incluirse y retroalimentar el discurso hegemónico de la modernidad (representado en las ideas del positivismo y en la fe ciega en la razón, la tecnología y la ciencia), del cual habían sido excluidos. Así, la existencia y el desarrollo de un tipo de pensamiento renovador del catolicismo explica la relación entre sus intereses políticos y espirituales, siendo éstos de carácter más congruente del que la crítica y la tradición le han atribuido —sobre todo en el caso de López Velarde—. Igualmente, nos ayuda a situar la coyuntura a partir de la cual los dos amigos divergieron estética e ideológicamente. En relación con esto, Juan José Arreola dijo que “Ramón López Velarde y Eduardo J. Correa fueron dos amigos excelentes, mientras hablaron de literatura y se enviaban uno a otro sus poemas publicados o manuscritos, para someterse a una crítica fraternal y benévola, pero la Revolución abrió entre ellos una discrepancia que se fue ensanchando...” (Arreola, 1997, p. 23). En efecto, la Revolución y el paulatino desplazamiento de los corresponsales —el cual fue ocasionado por aquélla, junto con otras vicisitudes— produjeron que, tanto el pensamiento de derecha liberal como el modernismo moderado que ambos habían cultivado, se intensificaran en el más joven de los dos y, por consiguiente, se modificara la calidad de su relación. Mientras ambos se abocaron a defender la misma trincheras y a juzgarse de manera benevolente en el ámbito literario, la amistad se desarrolló sin problemas. Sin embargo, la relación desembocó por distintos cauces a lo largo de los años, deviniendo en el alejamiento.

Es importante hablar del desarrollo del discurso de la modernidad inscrito dentro de la historia del cristianismo y del mutuo y constante diálogo entre ambos para entender cómo afectó la literatura de López Velarde. Se ha categorizado a este personaje histórico y

literario como en conflicto constante con su realidad inmediata y se lo ha ubicado en la articulación misma de esta falsa dicotomía (cristianismo-modernidad). El motivo visible de esta pugna espiritual radica en la incompatibilidad de sus filiaciones espirituales con sus objetivos e inquietudes —artísticos, políticos y sociales—. En palabras de Juan José Arreola, en “andarle prendiendo una vela a Dios y otra al diablo” (Arreola, 1997, p. 20), según el dicho popular. Sin embargo, algunos críticos como Gabriel Zaid y, en parte, como el mismo Arreola sugieren una tónica más conciliatoria y que redescubre su congruencia intrínseca: López Velarde llegó de la provincia y se formó en la provincia, era católico, pero “no encajaba en los clichés de la cultura católica” (Zaid, 2004, p. 295). Aquellos clichés que responden a una actitud fundamentalista y no a una crítica como la que el cristianismo milenarista sentó. Era, pues, un católico que no rechazó el pensamiento de su tiempo, el del tiempo convulso de gesta y desarrollo de la Revolución Mexicana: “Un momento en el cual renace la pasión por lo nuevo, la conciencia de ruptura, la esperanza escatológica de los primeros cristianos” (Zaid, 2004, p. 299).

López Velarde empezó a escribir cuando el modernismo literario estaba en su última etapa, justo en el punto que dio inicio a la vanguardia, y su obra se abrazó a estos dos movimientos en buena parte gracias a los valores cristianos y modernos que se engarzaron, de manera coherente, en su discurso. Vale la pena volver a citar a Zaid para desentrañar la actitud epistemológica del pensamiento cristiano como posibilitador de la modernidad y así ubicar a Velarde como su continuador:

La cultura moderna es un momento del cristianismo: ni el primero, ni el último. Tiene sus raíces en torno al milenio, en la revolución comercial de la Edad Media (siglos X al XIV), en el gran cisma entre las iglesias de Oriente y Occidente (1054) y, por supuesto, en el milenarismo, sobre todo el trasmutado en joaquinismo: las doctrinas proféticas de Joaquín de Fiore (1130-1201). El Renacimiento, la Reforma, la Revolución, acentúan la conciencia moderna como autoconciencia universal: el hombre nuevo, emancipado, cada vez más autónomo, que observa, juzga, domina y redime al resto de la humanidad, quedada atrás.

El judaísmo queda atrás, superado por el cristianismo. El cristianismo oriental queda atrás, superado por el occidental. El cristianismo medieval queda atrás, superado por el humanismo renacentista. El catolicismo queda atrás, superado por el protestantismo. La religión queda atrás, superada por el saber del hombre moderno: ilustrado, revolucionario, marxista, nietzscheniano, freudiano. (Zaid, 2004, pp. 299-300)

Es bastante común hablar de la bipolaridad del pensamiento moderno; bipolaridad usualmente descrita con la dicotomía mito-razón, la cual retomaron enérgicamente los

liberales y conservadores de nuestra historia nacional: la reiterada crítica del racionalismo moderno sobre la tradición religiosa del cristianismo. En ésta, se concibe el mito como opuesto a la explicación racional del mundo. Weber definió esta actitud como un desencantamiento paulatino del mundo, que devino progresivamente en el paso del *mito* al *logos*. Sin embargo, otros estudiosos, como el ya citado Zaid o Gadamer, encuentran que este “impulso hacia la intelectualización” (Gadamer, 1997, p. 14) no es sino un hecho histórico, producto de la secularización del cristianismo: “Pues el cristianismo ha sido quien primeramente ha hecho, en la Proclamación del Nuevo Testamento, una crítica *radical* del mito” (Gadamer, 1997, p. 15). De esta forma, el cristianismo juzgó al mito pagano, sin someterse a juicio alguno, proclamando un nuevo origen del mundo, “un hecho cósmico comparable a la creación primera: Dios había venido al mundo para redimirlo” (Zaid, 2004, p. 301). Retomando este razonamiento, el pensamiento moderno repite la primera ruptura que realizó el cristianismo: la inauguración de tiempos nuevos, mejores y verdaderos. Paradójicamente, así se instauró la nueva tradición de la ruptura:

Las culturas tradicionales viven en un tiempo igual. La cultura moderna, en tiempos cada vez mejores. [...] Todos los mesianismos jerarquizan el tiempo, pero en dos polos opuestos: el presente menesteroso y el futuro glorioso, que es un futuro absoluto, sin grados intermedios. [...] El mito del progreso aparece cuando Joaquín de Fiore transforma el milenarismo en cultura moderna: la realización gradual del cielo en la tierra. [...] La cultura moderna [...] Nace del discurso católico, universalista, profetizado por Joaquín de Fiore, cuando recupera el milenarismo, con una solución distinta a la de San Agustín: ya no el dualismo de la ciudad de Dios, sino el gradualismo del camino de perfección. Pero las luchas ideológicas condujeron a una doble excomunión. Mientras el discurso dominante fue católico, muchas iniciativas del catolicismo modernizador acabaron excomulgadas. Después, cuando la cultura moderna se volvió el discurso dominante, la cultura católica acabó excomulgada. (Zaid, 2004, pp. 302-310)

La cultura católica fue relegada del centro del liderazgo cultural mediante el mismo proceso dialéctico al que dio vida: la fe ciega en el progreso y en la razón. Hubo crítica e intentos de reintegrarse por parte de los representantes de este grupo ideológico y religioso, pero ya no tuvieron repercusiones serias. En cambio, la crítica más contundente y severa vino del lado protestante del cristianismo. Concretamente, la que iniciaron los románticos alemanes. Así, el romanticismo alemán se ocupó de rescatar a las culturas sepultadas por la modernidad, entre ellas la cultura católica. La reivindicación romántica del catolicismo tras su desbancamiento como sistema imperante europeo significó, ahora, el apoyo al buen salvaje

oprimido; un retorno a los orígenes sustentado en las ideas de la naciente antropología y los estudios del folklor.⁴

Regresando a López Velarde, así como él, los católicos más abiertos se aprovecharon de la nueva apreciación de la condición desafortunada del catolicismo en el aparato ideológico: su readmisión como minoría cultural que tiene derecho a convivir dentro de la cultura dominante. Sin embargo, este movimiento aparentemente ventajoso resultó problemático por su ambivalencia: “para los modernos más abiertos, es una voz que enriquece la cultura moderna y la confirma como universal, [...] lujo que puede darse la cultura dominante: escuchar a un misionero como si el salvaje fuera él. Para los católicos más cerrados, es un abogado del gueto muy poco representativo; [...] que, en vez de convertir a los paganos, se convierte a la cultura dominante” (Zaid, 2004, p. 312).

Gabriel Zaid, con su labor filológica, aportó una serie de datos acerca del influjo de este tipo de pensamiento vanguardista católico en López Velarde. Recuerda incluso que Bélgica llegó a tener un poderoso partido católico, que se mantuvo treinta años en el poder y defendió el modelo de la doctrina social cristiana llevada a la *praxis*; fue fuertemente apoyado por León XIII, quien patrocinó el foco intelectual de este catolicismo en la Universidad de Lovaina. Ahora bien, López Velarde se nutrió de esta línea de pensamiento, leyendo a sus escritores más representativos: Émile Verhaeren (1855-1916), Georges Rodenbach (1856-1880) y Maurice Maeterlinck (1862-1949):⁵

En el curso del siglo, muchos mexicanos interesados en la reforma social han pasado por Lovaina. [...] Para los escritores mexicanos como López Velarde, la analogía era triple: la situación romántica, que exige un resurgimiento nativo, frente al progreso liberal e industrial, ajeno y destructor de la identidad nacional; la situación lingüística: el problema de identidad que plantea una literatura nacional en una lengua compartida [...]; la situación católica, que da esperanzas con el ejemplo belga. (Zaid, 2004, p. 326)

Además, tanto Sheridan como Zaid apuntan a que las enseñanzas de esta corriente renovadora del proyecto católico no llegaron sólo de Bélgica; en los archivos de Eduardo J. Correa (mentor de Velarde y facilitador de lecturas literarias e intelectuales como puede

⁴ Zaid da cuenta de que incluso hubo algunos conversos al catolicismo entre los románticos alemanes tales como Federico Schlegel y Adán Müller, quienes acabaron por editar una revista católica: *Concordia* (Zaid, 2004, p. 311).

⁵ Entre las fuentes de Velarde, Luis Noyola Vázquez señaló expresamente la poesía de Rodenbach, a través de la traducción de Andrés González Blanco (Zaid, 2004, p. 327).

verse en la correspondencia entre ambos), hay evidencias de que éste se interesaba en los movimientos católicos de Alemania, Italia, Francia y la misma Bélgica, entre otros países (Zaid, 2004, p. 327). Sobre el catolicismo de López Velarde, Zaid aclara que: El catolicismo de López Velarde y muchos otros líderes del Partido Católico Nacional no era el catolicismo del pueblo y los obispos tradicionales: era modernizante, demócrata, maderista, nada reaccionario (Zaid, 1997, p. 290).

Justo en esta coyuntura, no sólo cultural e histórica, sino también epistemológica, se encuentra el fundamento de la correspondencia entre nuestros dos interlocutores: dos miradas a la problemática del desbancamiento del catolicismo como pensamiento dominante y su nueva reapreciación imbuida por la influencia tardía que ejerció el movimiento romántico en Hispanoamérica.

1.1 *Nova et vetera*: el influjo de León XIII

Las inclinaciones políticas de López Velarde estaban del lado de la vanguardia laica alentada por las reformas de León XIII, quien rechazó la disyuntiva entre católicos y modernidad. Recordemos que López Velarde ocupó el puesto de “regente de estudios” de la Academia Latina León XIII, la cual fue formada por estudiantes de la Institución donde estudió de 1902 a 1905 en Aguascalientes (Sheridan, 1989, p. 64).

Pero estos no son los únicos vínculos que lo unen al pontífice de vanguardia, León XIII, sino que este nombre se atraviesa en numerosas ocasiones, tanto en la vida del poeta, como en sus cartas; por ejemplo, en la del 8 de abril de 1911 (carta número 54 del epistolario) se refiere a León XIII como un hombre competente y de ideas modernas (López Velarde, 1991, p. 140), y reflexiona en torno a los niveles y formas de injerencia que debe tener la Iglesia en la vida política. Estos vínculos han sido abordados por estudiosos como Sheridan, Zaid y Arreola. Pasaré a la descripción de los puntos de convergencia entre la doctrina de este Sumo Pontífice y la renovación del catolicismo mexicano que pretendieron estos dos escritores, sobre todo López Velarde.

El papado de León XIII (Vincenzo Gioacchino Raffaele Luigi Pecci (1810-1903), que duró de 1878 a 1903, devolvió la confianza de los católicos en sí mismos y propició la reaparición de su liderazgo en algunas esferas tales como la política belga. Este período se

caracterizó por la apertura y aceptación hacia la libertad moderna mediante la encíclica *Libertas praestantissimum* de 1888, año del nacimiento de López Velarde. Optó por la transformación de la militancia defensiva en la conquista del mundo moderno bajo la consigna de *nova et vetera*: unir lo viejo con lo nuevo (Zaid, 2004, p. 325). Asimismo, en su encíclica *Rerum novarum* de 1891, León XIII apoyó iniciativas de carácter social como la preconización de salarios justos, el derecho a la organización en sindicatos y la orientación social de la propiedad privada. A esta encíclica se le ha considerado como la fundadora de la doctrina social de la Iglesia (Zaid, 2004, p. 324). Igualmente, abogó por la apertura de los archivos del Vaticano, tanto para estudiosos católicos como laicos, y convocó a que estos últimos tomaran la palabra: “que cada uno trabaje y se industrie cuanto pueda en propagar la verdad cristiana” (León XIII *apud* Zaid, 2004, p. 324). Así, dio pie a una renovación de la cultura católica mediante “una especie de romanticismo autorizado y tardío” (Zaid, 2004, p. 324).

Este sacudimiento provocó lo que Zaid denomina “la primavera de León XIII” (Zaid, 2004, p. 324), y propició que el papado siguiente se condujera en sentido inverso:

Tanta efervescencia asustó al papa siguiente, Pío X, que en 1907 condenó el modernismo religioso y hasta impuso al clero (en 1910) un juramento contra ese ‘resumen de todas las herejías’. Eso dejó de hecho el *aggiornamento* a cargo de los seculares, que no estaban sujetos a controles tan estrictos, pero acabó extinguiendo la primavera de León XIII. Las grandes iniciativas del siglo XX no fueron católicas. [...] las vanguardias mismas no se dieron en el discurso católico sino en el discurso moderno. (Zaid, 2004, p. 324)

Como se ha venido diciendo, tanto López Velarde como Eduardo J. Correa dialogaron con esta serie de propuestas que se habían ido gestando desde el papado, alimentándose con las ideas de los románticos alemanes e ingleses, así como de pensadores de otras naciones europeas en las que el romanticismo no se dio de manera natural sino impuesta, como es el caso de Bélgica. No fueron motivaciones que surgieron *ex nihilo*, sino que formaban parte del imaginario internacional surgido en un contexto histórico y cultural determinado.

Como bien podemos ver, el sector más liberal del catolicismo católico se nutrió de estas ideas europeas de renovación de las instituciones y de apertura a la nueva realidad del mundo. Sin embargo, es necesario advertir que México siguió siendo un pueblo profundamente católico en el ámbito privado. Como se verá más adelante, las leyes de

Reforma vinieron a separar el culto de la política y de la vida pública, pero no del seno familiar de los mexicanos.

2. Contexto histórico mexicano

El imaginario nacional mexicano retomó la dicotomía a la que nos hemos referido entre la fe y la razón (mito vs. logos) para ajustarla a la comprensión de la lucha política entre liberales y conservadores. Para hacer patente esta concepción maniquea de buenos y malos, modernos y retrógradas, basta retomar este brevísimo comentario de Silva Herzog: “Los unos trataban a toda costa de que no hubiera cambios sustanciales en el país; los otros luchaban exactamente por lo contrario” (Silva Herzog, 1973, p. 15).

Precisamente, en la época de los dos amigos y escritores, López Velarde y Correa, el papel que había venido jugando la Iglesia dentro de las políticas agrarias fue un factor fundamental para que se pretendiera excluir a esta institución del juego político. Silva Herzog dijo al respecto: “El problema más grave de México en cuanto a la propiedad territorial, desde principios del siglo XVIII hasta mediados del XIX, consistía en las grandes y numerosas fincas del clero en aumento año tras año y sin cabal aprovechamiento” (Silva Herzog, 1973, p. 11), “Hubo tres palabras trágicas en la historia de México hasta reciente fecha: hacienda, sacristía y cuartel.” (Silva Herzog, 1973, p. 30). No fue gratuito este movimiento que relegó paulatinamente a la Iglesia de la actividad e injerencia políticas; respondió a factores ideológicos, como la previamente mencionada actitud de ruptura inaugurada por el propio cristianismo, y a factores económicos y políticos. Lo cierto es que la estrategia que adoptó el clero a partir de las maniobras de reactivación de la tierra que el gobierno promovió con las Leyes de Desamortización (1856) y de Nacionalización de los Bienes de la Iglesia (1859), provocó que se le excluyera de estas esferas. Así pues, la Reforma consistió en la doctrina liberal de la época, pasada del lado de la praxis como forma aplicable de gobierno. Si bien nunca fue declaradamente antirreligiosa, la Reforma fue firmemente anticlerical. Se propuso poner fin a la riqueza territorial de la Iglesia, a través de la nacionalización de los bienes amortizados, acotando el ejercicio del culto y combatiendo al clero regular: “Todo ello, vale la pena subrayarlo, en un país

profundamente católico y en medio, en ocasiones, de una atmósfera tensa con resabios de persecución religiosa” (Dumas, 1989, p. 244).

López Velarde nació durante la tercera reelección del general Porfirio Díaz. Eduardo J. Correa, catorce años mayor, nació justo durante el plazo de ascenso al poder ejecutivo del dictador. Díaz asumió el papel de heredero de la doctrina de la Reforma; durante el extenso lapso de su omnipotencia, el liberalismo mexicano adoptó un rostro ambivalente, entre la firmeza y la permisividad, que contrastó con el del gobierno anterior. “Porfirio Díaz es a la Reforma lo que Napoleón I a la Revolución francesa: el continuador y, a la vez, el enterrador. El anticlericalismo y el hecho de haber metido en cintura a la Iglesia cederán el lugar a lo que se dio en llamar, alrededor de los años de 1860, ‘la política de conciliación’, destinada en particular al alto clero” (Dumas, 1989, p. 244). Con él, el positivismo —cumbre ideológica de la modernidad— pasó del campo de la educación al de la práctica política y económica. Particularmente, sus pilares fueron las formulaciones inglesas de esta escuela, las cuales, en palabras del historiador Claude Dumas, eran “más pragmáticas y realistas y menos generosamente utópicas que los sistemas comtianos” (Dumas, 1989, p. 244).

Uno de los elementos caracterizadores de este doble discurso de la dictadura de don Porfirio residió en la pervivencia ininterrumpida de una prensa de oposición, perseguida y maltratada, pero que logró mantenerse. Esta prensa crítica representó los intereses de la oposición no sólo al régimen, sino al discurso liberal, a la doctrina positivista y al espíritu anticlerical de la continuación de la Reforma: “En líneas generales, por lo tanto, esa prensa viva y activa representa el pensamiento de conservadores y católicos mexicanos, que de ordinario y en general no son sino uno, ante el gobierno del general Díaz, considerado como liberal y ‘reformista’ ” (Dumas, 1989, p. 245). Sólo así se explica la profunda e ininterrumpida militancia de los dos interlocutores, a través de organismos de difusión periódica.

Retomando el párrafo anterior, no sólo para Porfirio Díaz, sino antes, para el grupo hegemónico en el poder (los liberales), su oposición era comprendida como una masa uniforme, que respondía a los mismos intereses y a los mismos valores, sin cabida para matices ni diferencias. Como da cuenta Dumas, Justo Sierra expresó en varios de sus artículos de 1875, esta línea de pensamiento, encasillando a la generalidad de la oposición

dentro de lo que él denominó “los progresistas del sepulcro” (Justo Sierra *apud* Dumas, 1989, p. 245). A dicha oposición frente a los liberales, se dirigieron, básicamente, cuatro reproches: tener un espíritu antiliberal y retrógrado; ser el partido que admira la conquista española, el conservadurismo y el espíritu religioso “ultramontano”;⁶ haber pedido la Intervención Francesa y colaborado con ésta, y, finalmente, sustentar un discurso lleno de contradicciones y de mentiras. Pero éste estaba lleno de contradicciones porque, justamente, partía del encasillamiento y la generalización de partes no homogéneas y muchas veces opuestas.

López Velarde no está representado por estos valores que se achacaron a la oposición inmediatamente anterior a su tiempo. Sí, fue religioso, pero no de una fe ultramontana sino con tendencias renovadoras afines al movimiento encabezado por León XIII, y con una disposición contraria al retrogradismo del cual participaron muchos maderistas y carrancistas.

La ruptura que se llevó a cabo dentro del liberalismo nacional en 1880 entre liberales moderados y ortodoxos—casi una década antes del nacimiento de López Velarde— escindiéndolo en dos vertientes con conceptos básicos irreconciliables, hace patente que los grupos políticos no se pueden cortar con la misma tijera —como también hizo el discurso catalogado como conservador sobre los liberales, tratándolos por igual como jacobinos. Un ejemplo muy claro es la noción de libertad que adoptaron, por su lado, los liberales ortodoxos, continuadores de la Reforma, y la muy distinta de los positivistas discípulos de Stuart Mill. Los primeros abogaban por la libertad absoluta; los segundos, por una libertad condicionada y relativa, de la cual el individuo debía ceder una parte al Estado en provecho de la colectividad. Para los conservadores, estas dos versiones del liberalismo mexicano eran igual de peligrosas: una, por su anticlericalismo y la otra, por su ateísmo (Dumas, 1989, p. 247).

⁶ Adj. Partidario y defensor del más alto poder y amplias facultades del papa. Este término, el cual siempre ha tenido un significado peyorativo, se ha referido a distintos grupos y ha contado diferentes acepciones a lo largo del tiempo. Sin embargo, ha tendido a relacionarse con las ideas de defensa de las facultades de la Institución religiosa sobre los gobiernos. A partir del siglo XIX y a través de los distintos conflictos entre Iglesia y Estado, fueron llamados Ultramontanos los partidarios de la libertad de la Iglesia y de su independencia del Estado. Se utiliza muchas veces, y en este caso en particular, para referirse a quienes que sostienen posiciones ultratradicionalistas dentro del catolicismo.

De la misma forma en que los liberales hicieron para con ellos, el conjunto de los conservadores desarrolló en su discurso una imagen maniquea, reduccionista y tendenciosa sobre el complejo de los liberales. Esta imagen se puede resumir mediante el editorial del 7 de junio de 1906 que publicó uno de sus órganos difusores, *El País*:

El jacobinismo, sin enemigo armado a quien combatir en el día, no se ha conformado con regocijarse por el hecho del actual predominio de sus ideas en la legislación, en el Gobierno, en la escuela pública, y en todo aquello a que alcanza la influencia del poder: su regocijo no podría ser cabal si no se coronaba con carretadas de denuestos a un partido que ya no existe y que diz que había sido “perdonado” generosamente, y a la Iglesia, a su sacerdocio y a sus fieles. Tal parece que la guerra civil no ha terminado. (*apud* Dumas, 1989, p. 252)

A través de esta cita se puede comprender el concepto en que la oposición tenía al partido hegemónico y, al mismo tiempo, la figuración que tenían sobre sí mismos y su lugar en el sistema político.

Lo que hay que empezar a dilucidar es que existieron muchas coincidencias entre quienes tradicionalmente han sido señalados como antagonistas; una de ellas fue la oposición al positivismo, encarnado por la educación positivista de Estado impartida por la Escuela Nacional Preparatoria. A ésta le reprocharon conjuntamente el estar configurada sobre una doctrina impuesta por el Estado y, en consecuencia, resultar contraria a los valores de democracia y de libertad. Así pues, el programa antipositivista de los católicos conservadores coincidió en gran medida con el de los liberales jacobinos. Esta pugna se manifestó de manera evidente en la polémica literaria de 1907 (en torno a la *Revista Azul* en la cual ahondaré más adelante en este mismo capítulo).

Sin detenerme más en las causas, hacia finales del siglo XIX mexicano y como resultado del programa iniciado con las Leyes de Reforma y la Constitución del 57, el catolicismo dejó de ser la cultura dominante en la esfera pública. Esto tuvo consecuencias directas sobre la producción artística de los escritores en cuestión. La primera y más relevante es la necesaria demarcación de su obra como católica. Como señala Gabriel Zaid, la figura del escritor visto como católico surge apenas en el siglo XIX (Zaid, 2004, p. 305). Hasta entonces, el conjunto de la literatura occidental era católica. Desde la perspectiva de la hegemonía, la única demarcación necesaria era la de la heterodoxia:

Desde la Iglesia, podían verse como diferentes, como ajenas, como asimilables y hasta como precristianas las literaturas dejadas atrás: bíblica, griega, latina. Luego aparecieron literaturas vistas como enemigas: islámica, protestante. Pero San Agustín era San Agustín, no un gran escritor católico. Lo mismo puede decirse de Calderón y de Sor Juana. [...] Mientras la cultura católica fue la cultura dominante, no se justificaba señalar a los católicos, sino a los gentiles, paganos, infieles, apóstatas, cismáticos, herejes, libertinos, excomulgados. La cultura católica no era católica: era simple y sencillamente, la cultura. (Zaid, 2004, pp. 305-306)

Cuando dejó de serlo, este proceso se invirtió: el escritor católico pasó a ser señalado como un heterodoxo —obstinado en el pensamiento dejado atrás, por no decir, retrógrado— de la cultura dominante.

Habiendo compartido la misma circunstancia del pluralismo de cierto sector de los escritores católicos mexicanos insertos en la militancia revolucionaria ¿cuál fue la discrepancia entre los dos amigos? Que algunos católicos, como Correa, pensaron que no era posible encarnar el discurso moderno sin dejar de ser católicos. Se trata de un imperativo moral e ideológico, incluso. La modernidad implicaba pasar por experiencias prohibidas y viciosas. En cambio, la experiencia de López Velarde, como la de muchos otros católicos que no quisieron ser parias, recuerda más a la experiencia paulina: “los misioneros, encabezados por San Pablo, que se fueron por el ancho mundo a predicar, sin exigir la previa conversión al judaísmo; buscando, por el contrario, elementos en la cultura de los conversos que pudieran expresar un significado converso” (Zaid, 2004, p. 306). En este sentido, optó por un camino que le permitiera retroalimentar los dos discursos y modernizar el propio.

Como señaló José Luis Martínez, “El período vital decisivo de la existencia de Ramón López Velarde —de sus veinte a sus treinta y tres años, de 1905 a 1921— queda casi totalmente comprendido en el período de nuestra historia política llamado de la Revolución” (Martínez, 2004, p. 12) y realizó su obra y su correspondencia en sentido paralelo a dicho movimiento histórico (Martínez, 2004, p. 13). Conoció a Madero en 1910 y murió cuando el país comenzaba a apaciguarse.

Respecto a Madero, figura fundamental en el pensamiento lópezvelardiano, y en relación con esta dicotomía entre liberales y conservadores, él fue el primero en instaurar un sistema que no fuese oficialmente jacobino (Zaid, 2004, p. 323). Se caracterizó por emplear una estrategia de frente amplio para conseguir la rendición del régimen porfiriano.

De esta forma, el 24 de mayo de 1911, Madero saludó la formación del Partido Católico Nacional:

Considero la organización del Partido Católico de México como el primer fruto de las libertades que hemos conquistado. Su programa revela ideas avanzadas y el deseo de colaborar para el progreso de la patria de un modo serio y dentro de la Constitución. Las ideas modernas de su programa, excepción hecha de una cláusula, están incluidas en el programa de gobierno que publicamos el señor [Francisco] Vázquez [Gómez] y yo, pocos días después de la Convención [de los partidos Nacional Antireeleccionista y Nacional Democrático] celebrada en México, por cuyo motivo no puedo menos de considerarlo con satisfacción. La cláusula a que me refiero y que no se encuentra en nuestro programa de gobierno es la relativa a la inamovilidad de los funcionarios judiciales; pero no constituye diferencia esencial [...] Que sean bienvenidos los partidos políticos; ellos serán la mejor garantía de nuestras libertades. (Madero *apud* Zaid, 2004, p. 323)

Como apunta Zaid, esta actitud de apertura y conciliación hacia los católicos no se debió a que Madero fuera precisamente católico, ya que era espiritista, sino a que era especialmente democrático. Con Madero surgió una realidad política nueva para los mexicanos en la que los católicos de vanguardia estaban deseosos de participar. Consideraban que el general Díaz y su régimen habían obstaculizado la creación de una realidad democrática en la que el catolicismo tuviera cabida y poder de participación otra vez. Por otro lado, la complicidad con el discurso oficial, que condujo a que las fuerzas conservadoras recuperaran privadamente sus fueros, hizo que los liberales antigobiernistas, detractores absolutos de la farsa del liberalismo en el poder, pasaran a formar parte de esta convergencia democrática de oposición (Zaid, 2004, p. 324).

Los agravios cometidos por el régimen hacia los católicos habían sido tantos que dieron muchas bases para la resistencia, no sólo del lado de la vanguardia. Así, Madero buscó el apoyo católico y lo obtuvo, no sin algunas objeciones de grupos maderistas que veían aún a los católicos con desconfianza jacobina (Zaid, 2004, p. 324).

3. La relación entre los protagonistas López Velarde y Eduardo J. Correa, y más del contexto histórico

Eduardo J. Correa nació en la ciudad de Aguascalientes el 19 de noviembre de 1874 y murió el 3 de junio en el Distrito Federal, donde radicó desde 1912. Realizó sus primeros estudios en un colegio católico y en el Seminario Conciliar de Santa María de Guadalupe,

en San Luis Potosí. En 1891 se trasladó a Guadalajara para estudiar en la Facultad de Jurisprudencia, donde obtuvo el título de abogado en 1894. Desde entonces, a la par del ejercicio de su profesión y de sus actividades periodísticas, se dedicó a la literatura. Guillermo Sheridan (1991) constata que antes de recibirse ya había empezado a editar revistas y periódicos literarios: *El Porvenir* (1890), *El Céfito* (1890), *La Juventud* (1891) y *La Bohemia* (1896). Al respecto, dice que: “las publicaciones de Correa, su compleja red de colaboradores y su frenética capacidad para la práctica epistolar, habían hecho de él una de las cabezas notables de la actividad editorial y de la inteligencia católica provinciana de México” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 13). Desde el año de 1900, Correa dirigió en Aguascalientes el periódico semanal, y luego quincenal tras una breve pausa (1903-1906), *El Observador*. Desde esta publicación se encargó de defender las causas propias de un combativo católico de clase media del centro del país: reprobó el positivismo oficial, defendió el papel de la Iglesia como educadora, criticó los planes oficiales de estudio, hizo difusión de la conciencia social católica, polemizó con las autoridades y puso en tela de juicio las legislaciones que consideró incorrectas, así como denunció a funcionarios públicos (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 14). Sumando su labor de difusor a la de poeta, creó secciones literarias en las que publicó a autores como José Peón Contreras, Enrique González Martínez, Amado Nervo, al igual que a los nuevos escritores regionales de Jalisco, Zacatecas y Aguascalientes. A propósito de esto, Sheridan apunta que “López Velarde tuvo que leer ese periódico durante su adolescencia y habrá decidido acercarse a Correa, en su calidad de poeta cachorro, con la recomendación de Reveles, a principios de 1907” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 14).⁷

Posteriormente, junto con Gerardo Murillo (Dr. Atl), editó el primer diario de Aguascalientes: *El Horizonte* y la revista literaria *La Provincia*, en la misma ciudad. En la Ciudad de México creó y dirigió el órgano difusor del Partido Católico, *La Nación* (1912), así como los periódicos literarios *El Hogar* y *La Bohemia*. Colaboró en publicaciones periódicas como *Excélsior*, el *Diario de Yucatán* y *El Porvenir* de Monterrey, de manera casi simultánea.

Correa ocupó una serie de cargos públicos en el Tribunal de Justicia de Aguascalientes; también militó en el Partido Católico. Asimismo, representó a su estado en

⁷ Reveles era un párroco del Seminario Conciliar donde estudiaron Correa y López Velarde.

la Cámara de Diputados durante el gobierno de Madero y trabajó como abogado independiente.

En relación con su obra literaria, se distinguen dos etapas creativas. La primera, en la que predominó la poesía, comprendió hasta 1912. En la segunda, preponderaron la novela y el ensayo. A lo largo de su obra tanto literaria como periodística, se manifestaron su formación moral y religiosa, su ejercicio político y su experiencia como jurista. Se dedicó a la crónica costumbrista y taurina; elaboró artículos sobre política nacional e internacional, educación y literatura; del mismo modo, publicó estudios biográficos sobre personajes de la jerarquía católica y ensayos de corte histórico.

Su contemporáneo, aunque catorce años más joven, Ramón López Velarde Berumen nació en la ciudad de Jerez, Zacatecas, el 15 de junio de 1888 y murió a los cuatro días de haber cumplido los treinta y tres años, en la Ciudad de México.

Los primeros años de su vida transcurrieron en su pueblo natal, el cual pasaría a fungir como el paraíso perdido de su mitología personal. De 1900 a 1902, estudió Humanidades en el Seminario Conciliar Zacatecano y, posteriormente, en el mismo Seminario Conciliar de Aguascalientes donde estudió Correa. López Velarde declaró en su artículo “Bohemio”, haber colaborado en la redacción estudiantil que lleva el mismo nombre. Esta revista fue dirigida por José Villalobos Franco y Enrique Fernández Ledesma. Guillermo Sheridan expresó que Eduardo J. Correa dirigió un par de frases corteses a esta publicación, al igual que a otras de la provincia católica y al periódico capitalino *El Entreacto*, de Manuel Caballero (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 14). Poco tiempo después, López Velarde comenzó a llevarle sus trabajos a Correa para *El Observador*: “Correa, siempre urgido de redactores y reporteros, [...] le recibe en su periódico. Debuta el 25 de mayo de 1907, a los diecinueve años de edad, como titular de una columna en la primera de las cuatro planas, llamada ‘Semanales’, protegido por un curioso seudónimo, entre belicoso, clásico y alburero: ‘Aquiles’ ” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 14). En 1908, ingresó a la Escuela de Leyes del Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí. Durante este período empezó a colaborar en revistas y periódicos de provincia. En 1911, López Velarde se tituló de abogado y ejerció como juez en la localidad de El Venado, San Luis Potosí. Tras haber perdido la casa de su familia en Jerez durante la Revolución, envió a su madre y a sus hermanos a la capital, donde se estableció de manera definitiva en

1914. Previamente a esta estancia perentoria en la capital, había vivido allí durante la presidencia de Madero. Su estancia capitalina duró lo mismo que la presidencia de Madero, desde finales de 1911 hasta principios de 1913: “como militante de una revolución política, religiosa y cultural que tuvo su apogeo y despedida en 1912: el Partido Católico Nacional, que postuló a Madero para la presidencia y ganó también diputaciones y gubernaturas” (Zaid, 2004, p. 347). En los nueve años que residió en la Ciudad de México, ocupó modestos puestos burocráticos y docentes, de los cuales destacan el de profesor de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela de Altos Estudios, hoy Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. José Luis Martínez refiere a propósito de este periodo que, a la par de estas actividades profesionales, “entabla rápidas y efusivas amistades entre el mundillo periodístico-bohemio y se inicia con arrojo, pero también con timidez y freno religioso, en un erotismo al alcance de sus posibilidades” (Martínez, 2004, p. 11). López Velarde colaboró con periódicos y revistas de San Luis, Aguascalientes, Guadalajara y Zacatecas, como *El Debate*, *Bohemio*, *Nosotros*, *El Regional*, *Pluma y Lápiz*, *El Eco de San Luis*. Escribió para las publicaciones capitalinas de *La Nación*, *El Nacional Bisemanal*, *Pegaso*, *Vida Moderna*, *México Moderno* y *Revista de Revistas*.

Conoció a Madero —figura fundamental para sus convicciones políticas, aunque algunas fuentes se hayan contentado con decir que “simpatizó con sus ideas, fue su amigo, pero no siguió el movimiento revolucionario” (Ocampo, 1988, p. 445). A Velarde, incluso, se le atribuyó la autoría del Plan de San Luis, cuestión rebatible y que incluso para sus coetáneos no tenía fundamento, pero que con su mera viabilidad hace patente la cercanía del poeta con Madero. Al respecto, Juan José Arreola accedió —al igual que otros como Sheridan y Zaid— a los comentarios de Eduardo J. Correa en sus diarios. Concluye don Eduardo que no recuerda que su joven amigo López Velarde haya tomado parte en la redacción del Plan debido a que, de ser así, el mismo Ramón se lo habría confesado. Sin embargo, tuvo conocimiento de que fue uno de los abogados defensores de don Francisco durante su proceso en San Luis después del “incomprensible” arresto en Monterrey (1910). Arreola dice que “Lo cierto es que ‘hubo conocimiento personal del caudillo al que acompañó en las excursiones dominicales por ríos (*sic*) aledaños a la ciudad, estudiando la forma de fugarse y dirigirse a los Estados Unidos’ ” (Arreola, 1997, p. 11-12).

El “común espíritu de lucha”, como bien dijo Arreola, fortaleció la unión de estos dos poetas y periodistas provincianos y, a partir del 1º de junio de 1912, el periódico *La Nación*, que fundó y dirigió el mayor y mejor colocado de la dupla católica, publicó colaboraciones con comentarios políticos de López Velarde acerca de los frutos de la Revolución: “libro de horas amargas, malévolas y risueñas, donde el poeta nos describe día por día su desengaño” (Arreola, 1997, p. 26).

El poeta jerezano fue maderista militante activo. Gabriel Zaid nos dice que

Cuando la gente se cuidaba de hablar del libro de Madero, el joven poeta de veintiún años se lanzó a escribir para celebrarlo, y hasta para exigirle una línea más dura (octubre de 1909). Cuando Madero llegó a fundar el Centro Antireeleccionista Potosino, y la represión intimidó a mucha gente, López Velarde participó en la fundación y quedó como secretario del Centro (marzo de 1910). Cuando Madero volvió preso a San Luis y no había abogados que lo defendieran, López Velarde y Pedro Antonio de los Santos tomaron su defensa y consiguieron que se le diera la ciudad por cárcel (julio de 1910). Cuando Madero, en esa relativa libertad, hace planes con sus seguidores y decide fugarse y tomar las armas, López Velarde lo acompaña en la reflexión (hasta se ha dicho que redacta el Plan San Luis, cosa poco probable), si bien no toma las armas. Cuando Madero llega a presidente y empieza a cometer errores, López Velarde lo defiende: no se puede decir “que la Revolución sólo ha servido para cambiar de amos. Medite tranquilamente cómo vivimos hoy y cómo vivíamos antes [...] No estaremos viviendo en una República de ángeles, pero estamos viviendo *como hombres* [subrayado de López Velarde], y ésta es la deuda que nunca le pagaremos a Madero” (Carta del 18 de noviembre de 1911 a Eduardo J. Correa, que estaba dolido de la falta de reciprocidad de Madero con el Partido Católico Nacional). (Zaid, 1997, p. 434)

Igualmente, el Partido Católico Nacional constituyó un movimiento progresista de la cultura católica. Fue un asidero del cual Madero buscó y obtuvo apoyo. En marzo de 1911 se conformó esta oposición política y su sustento legitimó al revolucionario como candidato presidencial. El Partido Católico Nacional, del cual el propio Velarde fue candidato a diputado, aceptó participar en las elecciones que organizó Huerta, en las que postuló a Federico Gamboa, un eminente porfirista, en vez de a Venustiano Carranza, quien llamó a las armas.

En 1916 apareció *La sangre devota*, su primer libro, que había estado proyectado desde 1910. Fue editado por la *Revista de Revistas*, donde era colaborador y sobresalió por el tratamiento novedoso que le dio a la provincia.

Los símbolos religiosos y los misterios del catolicismo le sirvieron para alcanzar la expresión de sus íntimas y secretas dudas en *Zozobra*, su segundo libro (1919). En ese entonces, Venustiano Carranza había subido al poder. Su amigo de la escuela de leyes en

San Luis Potosí, Manuel Aguirre Berlanga, fue nombrado Secretario de Gobernación y lo llevó a trabajar a su lado. Contaba ya con treinta y un años y parecía que, tras este momento de segunda y brevísima oportunidad en la cumbre, las contingencias se empezaban a acomodar para favorecer su caída de manera definitiva: en mayo de 1920, la rebelión de Obregón hizo huir al gobierno carrancista. El presidente fue asesinado el 21 de mayo. El poeta perdió su trabajo y decidió no colaborar más con el gobierno. Un año más tarde habría de morir asfixiado por la neumonía y la pleuresía: “Lo habían matado esas dos fuerzas malignas de las ciudades que tanto temiera: el vaticinio de una gitana que le anunció la muerte por asfixia y un paseo nocturno después del teatro y la cena, en que pretendió oponerse al frío del valle sin abrigo, porque quería seguir hablando de Montaigne” (Martínez, 2004, p. 12).

Como se sabe, “La suave patria” fue motivada por el inminente centenario de la consumación de la Independencia. Apareció en la revista *El Maestro* (1921), y fue recogida en el libro póstumo *El son del corazón* (1932). Algunos temas tratados en su poesía aparecieron también en sus prosas, publicadas por primera vez en periódicos y revistas, y recogidas póstumamente en los tres famosos libros: *El minuterero* (1923), *El don de febrero* (1952) y *Prosa política* (1953).

En cuanto al clima literario de la época, es memorable la participación de Correa y López Velarde en la polémica de 1907 en torno a la segunda época de la revista *Azul*. Fue fundada Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo (1894) y se consideró como el órgano principal del modernismo en México. Tras la muerte de El Duque Job, en 1895, y la venta de los derechos de Díaz Dufoo a Manuel Caballero, en 1907, este último empezó a publicar lo que fue su segunda época. A raíz de este hecho coyuntural para la circulación modernista, gran parte de los jóvenes intelectuales y que más tarde constituyeron el Ateneo de la Juventud, se molestaron por el “enfoque mercantilista” que adoptó el nuevo editor. Pedro Henríquez Ureña propuso hacer una protesta literaria con el objetivo de reivindicar a Gutiérrez Nájera y el prestigio de la antigua revista. El aliado principal de estos jóvenes fue Justo Sierra, y la consecuencia directa de su oposición fue que cobraron más fama y poder cultural. La protesta en la que este grupo de jóvenes manifestó su discrepancia se publicó en *Azul* junto con una serie de contraprotestas en las que participaron Correa y López Velarde.

A pesar de lo simple y dicotómica que parece esta nueva pugna, López Velarde y los ateneístas mantuvieron posiciones que llegaron a convergir contra la cultura anquilosada: “la falta de rigor en el oficio literario, el desprecio de las humanidades y la cultura clásica, la aguachirle del positivismo, la momificación del régimen...” (Zaid, 2004, pp. 347-348). El problema radicó en la procedencia ideológica de unos y de otros: López Velarde estaba del lado de los católicos. Zaid hace una catalogación muy precisa de estos dos núcleos: “la vanguardia renovadora de la cultura católica en la provincia” y “la vanguardia renovadora del *Establishment* en la capital” (Zaid, 2004, p. 348). Ambos estaban en combate abierto hacia el positivismo, pero ni los primeros podían sublevarse directamente frente a la Iglesia, ni los segundos frente al régimen porfiriano:

En los últimos años del porfiriato, López Velarde y otros poetas católicos que formaron un grupo en Aguascalientes en torno a Eduardo Correa estaban en oposición abierta a la cultura oficial, y en oposición disimulada al clero inculto o conciliador con la dictadura; pero no estaban (ni podían estar) en contra de las enseñanzas de la iglesia, sino en una posición vanguardista, apoyada por el clero inspirado en León XIII. A su vez, los futuros ateneístas se oponían disimuladamente a los jefes del positivismo, pero no estaban (ni podían estar) en oposición abierta al *Establishment* porfiriano, sino en una posición vanguardista, apoyada con discreción por el ministro de instrucción pública (Justo Sierra). Querían desplazar a las momias en el poder, para hacerlo mejor [...]. Por lo mismo reservaban su oposición abierta a los fantasmas útiles para lucirse, como la inesperada resurrección de la *Revista Azul*, que les cayó del cielo: les permitió hacer un escándalo contra la momia inocua, que no podían hacer contra la momia oficial. (Zaid, 2004, p. 348)

Como Zaid remarca en su artículo “López Velarde Ateneísta”, el tener el mismo enemigo que los católicos resultaba embarazoso para los ateneístas. Estos debían dejar en claro quiénes iban a encabezar la renovación cultural y utilizaron como chivo expiatorio a Manuel Caballero.

Si no ahondáramos en la polémica ni en la postura espiritual y política que desarrollaron, podría parecer que tanto López Velarde como Correa adoptaron posiciones política y estéticamente retrógradas y reaccionarias. Sin embargo, además de resultar anacrónico este juicio de valor, no responde del todo a las verdaderas intuiciones de estos dos revolucionarios de 1910.

Durante el intercambio epistolar, López Velarde y Eduardo J. Correa son dos hombres de provincia situados en un momento convulso social y políticamente.

Compartieron la tierra, los lugares de infancia y de formación, así como las convicciones espirituales y políticas de juventud.

No obstante su diferencia de edad y paulatina discrepancia ideológica, ambos fueron hombres de letras y, por encima de eso, amigos. Resulta fundamental realizar un estudio crítico sobre la forma en que se despliega esta relación a través de su correspondencia para aportar elementos que ayuden a la comprensión del momento histórico en que se desarrolló, el papel político de los dos corresponsales, sus respectivas producciones artísticas y sus personalidades.

4. La historia del texto, las cartas conservadas, la edición de Sheridan

El epistolario de López Velarde con Eduardo J. Correa, editado por Guillermo Sheridan, se compone por una serie de textos misceláneos: un estudio introductorio que da cuenta de los orígenes del corpus, la labor filológica de su edición, la vida y relación entre los corresponsales, la literariedad en las cartas, y la separación de los dos amigos; cuarenta y cinco cartas dirigidas de López Velarde a Eduardo J. Correa, las cuales abarcan del 14 de octubre de 1907 hasta el 19 de noviembre de 1913; diecinueve respuestas de este último, intercaladas cronológicamente con las de Velarde, y que fueron escritas a partir del 23 de febrero de 1909; diez poemas de López Velarde y veintinueve escritos en prosa en un primer apartado (Apéndice A); catorce poemas de J. Correa (Apéndice B); y, finalmente, la reproducción de la Convocatoria a formar el Partido Católico Nacional en 1911 (Apéndice C). Se hace referencia directa en las cartas al contenido de los tres apéndices y éste fue incluido con la finalidad de completar y facilitar la lectura. Vale la pena comentar que tanto las cartas como los textos en prosa se hallan comentados por el editor con el objetivo de que éste funja como “un intermediario entre las cartas y los documentos en prosa y en verso que se recogen en los apéndices” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 43).

En el prólogo, Sheridan da cuenta detalladamente de las circunstancias que sufrió el corpus hasta que él tuvo acceso y se abocó a la edición del mismo. La historia del texto se remonta a la encomienda que el Fondo de Cultura Económica hizo a Guillermo Sheridan de escribir un libro sobre la vida de Ramón López Velarde para los festejos del centenario de su nacimiento, proyecto que cristalizó en el volumen *Un corazón adicto: la vida de Ramón*

López Velarde (1989). El propio Sheridan da cuenta de lo fortuito del hallazgo de estas cartas; la historia se resume de la siguiente forma: el autor envió a Xavier Guzmán Urbiola⁸ con la familia Correa para conseguir una fotografía del primer editor y amigo del poeta. Guzmán se tropezó con una serie de poemas inéditos manuscritos en un álbum de autógrafos, acontecimiento que despertó la curiosidad de Sheridan y lo llevó a adentrarse en el archivo personal de don Eduardo, a pesar de estar por concluir la escritura de su trabajo biográfico. Luis Correa Martínez, hijo del editor, les proporcionó una vieja carpeta repleta de correspondencia de su padre. En ella encontraron treinta y siete cartas inéditas del poeta a Correa. Poco después, aparecieron los libros copiadores⁹ del editor, entre los cuales había diecinueve respuestas al poeta, fechadas estas entre febrero de 1909 y abril de 1912.

Respecto a los libros copiadores, Sheridan habla de la importantísima labor de José Villalobos Franco, a quien califica como “el responsable inicial del hallazgo”. Esto se debe a que, tras haber despuntado como escritor en las revistas juveniles de Aguascalientes, se convirtió en el factótum de Eduardo J. Correa; esto es el administrador personal de sus negocios. Además, dedicó sus últimos años en la Ciudad de México a poner en orden los papeles de su jefe, archivándolos de forma tal que anexó los suyos propios. Entre 1898 y 1910, se dedicó a llenar varios álbumes de recortes con poemas y prosas que extrajo de los numerosos periódicos editados en la provincia mexicana durante la última década del Porfiriato, y que llegaron a sus manos en su calidad de ayudante de J. Correa. “Acumuló así la abrumadora riqueza de una poesía que, a pesar de sus muchas veces mediano nivel, ofrece un mapa sentimental incomparable de la poesía romántica y modernista de la provincia mexicana. En esos álbumes [...] aparecieron otras prosas y poemas de López Velarde hasta hoy ignorados” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, pp. 10-11). Lamentablemente, pese a la loable labor de Villalobos Franco, no se pudo encontrar la correspondencia completa.

Finalmente, otro hijo de Correa encontró y proporcionó otra parte del archivo de su padre, el cual se ubicaba en el sótano de la casa del periodista y editor. De esta forma se enriqueció el corpus.

⁸ Xavier Guzmán Urbiola fue designado por parte del FCE para que se encargara de la iconografía de *Un corazón adicto*.

⁹ Los libros copiadores de cartas eran registros donde se anotaban y muchas veces se transcribían todas las cartas enviadas.

El intercambio epistolar entre Eduardo J. Correa y Ramón López Velarde comienza a suceder en el momento en que el más joven abandonó Aguascalientes para dirigirse a la Escuela de Leyes del Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí. De este período sólo se cuenta con las misivas de López Velarde, puesto que no fueron hallados los libros copiadores con las respuestas de Correa que corresponden a los años que van de 1907 a 1909.

La intención manifiesta de la compilación comentada y editada por Sheridan reside en complementar las obras del poeta, aportar información acerca de sus albores y años de formación, matizar el esquema constreñido de su vida y apuntalar el “enigmático edificio de su persona” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 12).

Como parte de la mediación del editor sobre los textos, Sheridan opta por modernizar la ortografía, el uso de comillas y subrayados, desatar las abreviaturas, indicar las lagunas en el discurso mediante paréntesis y la inclusión de cartas que ya habían sido editadas en sus *Obras*¹⁰ (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 43). En algunas ocasiones fue imposible para el editor averiguar la identidad concreta de algunas personas a las que se hace alusión en las cartas. El editor consultó también el *Diario* del licenciado Correa y otros escritos suyos, de manera que pudo revelar datos y precisar detalles acerca de la relación entre los dos escritores.

El estudio introductorio de esta edición consta de siete apartados: “Un hallazgo”, “Los protagonistas”, “El casto mancebo y el periodista”, “La literatura en las cartas”, “El desencuentro”, “Ramón López Velarde” y “Nota sobre la edición”. Las cartas, tanto de J. Correa como de R. López Velarde, están distribuidas cronológicamente e intercaladas con sus respectivas respuestas. Posteriormente aparecen los Apéndices A, B y C que ya habíamos descrito.

En cuanto a la situación material de las cartas, Sheridan sólo menciona de manera muy sucinta que se encuentran “a mano las del estudiante, siempre con tinta negra, en remington las del editor” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 15). Igualmente, al estar éstas sujetas a un soporte o marco en el cual se expresa la fecha de expedición o redacción de las mismas, abren la posibilidad al análisis de la situación del correo como medio de comunicación. Haciendo uso de estos elementos, el mismo Sheridan afirma que la cercanía

¹⁰ Edición que realizó José Luis Martínez en 1971, México, Fondo de Cultura Económica.

y la velocidad del correo facultan un ritmo promedio de dieciocho horas para las misivas enviadas entre Aguascalientes y el Venado. Asimismo, esta misma condición de mensaje sujeto a la escritura podía dar pie a que fueran interceptadas y leídas por alguien que no fuera el destinatario. Por esta razón, el editor advierte que, después de la sublevación de 1910, la cautela pudo hacer que los corresponsales desarrollaran su escritura epistolar con reservas.

La carta, como trataré en el capítulo siguiente, supone prototípicamente la necesidad de que sus interlocutores se encuentren alejados en el tiempo y en el espacio. Las que componen el epistolario estudiado se encuentran algunas veces interrumpidas por silencios intencionados (por ejemplo, una de las lagunas dentro del corpus “se debe a la molestia que le produce a López Velarde el que Correa no haya contestado algunas cartas, a causa de su exceso de trabajo. López Velarde, incómodo, exigente y susceptible, se da a desear [...] hasta que concede el perdón y la correspondencia se normaliza” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 17)). De la misma forma, y como también veremos en el siguiente capítulo, existen solapamientos: en un par de ocasiones, escriben una carta el mismo día y éstas se cruzan en el correo.

El desplazamiento geográfico de los dos protagonistas se resume de la siguiente manera: Correa se ubica en Aguascalientes y López Velarde en San Luis Potosí. El primero se traslada a Guadalajara. El más joven vacaciona en Jerez, viaja a la Ciudad de México, y se traslada al Venado, San Luis Potosí, para trabajar tras haberse recibido. Posteriormente, hace su primer intento de establecerse en la capital. Por su parte, poco después, Correa tras haber sido contratado para dirigir *La Nación*, lo alcanza en la capital. De esta forma coinciden en la misma casa de huéspedes y en el mismo bufete de abogados, por lo que la correspondencia se suspende desde abril de 1912 hasta noviembre de 1913: “A partir de ese momento se inicia el desencuentro entre los dos amigos” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 18).

CAPÍTULO II: POÉTICA EPISTOLAR APLICADA AL EPISTOLARIO

El cometido de este capítulo es explicar cuáles son los límites y los alcances de un compendio de cartas como documento autobiográfico, y por qué un epistolario como el de Ramón López Velarde con Eduardo J. Correa es capaz de ofrecer rasgos de la personalidad de sus interlocutores. Con este objetivo, describiré la manera en que éste opera, al mismo tiempo que lo mostraré a partir de algunos fragmentos.¹¹ Para esto, abriré la discusión acerca de las diferentes modalidades del género epistolar como medio comunicativo y no necesariamente literario; así como alrededor de sus particularidades en cuanto a su modo de producción, recepción y, finalmente, de edición, dadas a partir del tipo de relación existente entre los dos escritores.

De esta forma, se hará posible exponer que, gracias a su trato íntimo y amistoso, a los intereses creativos de ambos corresponsales, a la información referida y a las formas expresivas manifestadas recíprocamente en la *Correspondencia* [de Ramón López Velarde] *con Eduardo J. Correa*, ésta es una compilación de cartas familiares; es decir, una comunicación privada que se desprende de un contexto cotidiano-afectivo.¹²

1. Orígenes de la tradición epistolar

A la par de la complejización de las sociedades y del alcance territorial de las mismas, la necesidad de comunicación fue rebasando los límites físicos que la separación espacio-temporal imponía. Fue necesario recurrir a la “reducción del sonido dinámico al espacio inmóvil; a la separación de la palabra del presente vivo” (Calsamiglia y Tusón, 2007, p. 16) a través de la escritura, para permitir la realización de la comunicación a distancia.

Antonio Castillo Gómez ha concluido que la producción de cartas, misivas o epístolas tiene la misma antigüedad que la propia escritura: “bastó para ello que hubiera una

¹¹ El término “fragmentos” alude a una de las características básicas de toda correspondencia: “cada carta [...pertenece] a un hilo narrativo mayor” (Puertas Moya, 2004, p. 67). De igual forma Puertas Moya dice que la *fragmentación* del género epistolar (aunque él lo califique de subgénero) obedece a que “No son obras propiamente dichas: ni tienen el carácter acabado de éstas” (Puertas Moya, 2004, p. 67).

¹² Francisco Ernesto Puertas Moya esclarece que la palabra latina plural, *litterae*, servía para designar las cartas que se enviaban a un amigo o familiar o a cualquier otro miembro del ámbito de la vida doméstica o cotidiana (Puertas Moya, 2004, p. 65).

voluntad de comunicación entre personas. [...] durante los últimos 5.000 años en las sociedades organizadas del mundo mediterráneo y de la Europa occidental siempre ha existido una mayor o menor necesidad de correspondencia escrita” (Castillo Gómez, 2005, p. 21). En “El mejor retrato de cada uno...”, Castillo Gómez advierte que se han encontrado producciones de este tipo que son incluso anteriores a la formalización que aportaron los griegos y bizantinos al género mediante sus formularios. Así, ya fuera como elemento integrante de una obra literaria o de forma independiente como medio de comunicación, en la Antigüedad empezó a teorizarse sobre este tipo particular de escritura, constituyéndose un *Ars Epistolica*. La autoría del primer compendio helenístico de este tipo, *Tipos epistolares*, ha sido atribuida a Demetrio (de fecha insegura, probablemente precristiano). En éste, el autor recomienda a un amigo suyo veintidós clases de cartas, con una breve explicación y un ejemplo de cada una. Este tipo de manuales y la tradición que fundaron fungieron como guías para la redacción de cartas consideradas como tareas de orden práctico, inmersas en la cotidianidad y enfocadas en atender los valores y protocolos sociales. En palabras de Guillén:

Lo principal en un estilo era su propiedad, su adecuación a las relaciones interpersonales que subyacen toda correspondencia escrita. Aparece como fundamental cierta conciencia de clase. Las convenciones sociales y las verbales se confunden. En casi todos los casos se hace hincapié en el carácter del destinatario, su posición y la forma apropiada de dirigirse a él. Siglos después irían en aumento estos propósitos que hacen del formulario epistolar un libro de cortesía y de comportamiento correcto. Ello quedará claro en los numerosos libritos que, tras la larga identificación durante la Edad Media de la retórica con la epistolaridad en las *artes dictaminis*, se producirán y distribuirán después del advenimiento de la imprenta. (Guillén, 1997, p. 80)

Es preciso recordar que el interés por la epístola desarrolló muy ampliamente esta perspectiva retórica que establecía que las partes básicas de una carta debían ser:

- I. *Salutatio*: expresión inicial de saludo
- II. *Captatio benevolentiae* o *expressio malevolentiae*: fórmula introductoria que aludía ya fuera a la relación con las cartas anteriores, o la ausencia de éstas y que era seguida por manifestaciones de deseo concernientes a la buena salud del que escribía, de su corresponsal y de los respectivos círculos afectivos de ambos.

- III. *Narratio*: el texto central elaborado con sus pertinentes argumentaciones, desarrollos y noticias
- IV. *Petitio* o *captatio benevolentiae*: una fórmula final mediante la que el emisor reiteraba sus buenos deseos hacia su corresponsal
- V. *Conclusio*: data, indicación del año, consiguiente expresión de humildad o sumisión y la firma (Castillo Gómez, 2005, p. 854).

La retórica epistolar se renovó marcadamente durante el humanismo y, en especial, a raíz de la aparición de la obra *De conscribendis epistolis* (1522) de Erasmo y de la homónima de Vives (1536). Sin embargo, parte de la estructura clásica se conservó hasta la modernidad, aunque fuera de manera reducida y mucho más simple. Un ejemplo muy claro de esto lo encontramos en la primera carta de la *Correspondencia con Eduardo J. Correa* en la que López Velarde abre su misiva con la propia expresión de saludo, una consecuente felicitación por el nacimiento del hijo de su corresponsal y una fórmula dedicada a manifestar sus deseos por la lozanía de éste y de sus allegados:

Jerez, 14 de octubre de 1907

Señ. Lic. Don Eduardo J. Correa,
Aguascalientes.

RESPETABLE y querido amigo [*Salutatio*]: Esta carta le lleva mi felicitación por el nacimiento de su hijito Luis, fausto suceso del que me enteró *El Observador* en su visita que recibí hoy en la mañana. Que sea para lustre y bien de su progeñie la vida de su actual ultimogénito: se lo deseo sinceramente, tan sinceramente que no esperé esquila que ocasionara estos renglones [*Captatio benevolentiae*]. (López Velarde, 1991, p. 49)

En este caso específico, dado que la relación entre los dos personajes de la literatura y de la política nacionales apenas se estaba gestando, López Velarde necesitaba ir captando la atención y benevolencia de su destinatario mediante el uso de la retórica. De igual forma, más adelante en la correspondencia, aparecen cierres consistentes con las normas de la prescriptiva: “Que se componga esa quebrantada salud le desea su amigo y admirador” (López Velarde, 1991, p. 81).

En cuanto a la práctica recopilatoria de los epistolarios, Beltrán Almería recuerda el hábito de la antologación de misivas de personalidades tan antiguas como las colecciones de los filósofos cínicos, Platón, Sócrates y sus discípulos y Temístocles; en el ámbito

judeo-cristiano, las de San Pablo y los otros apóstoles, las cuales fueron incluidas en el Nuevo Testamento; por otra parte, del ámbito latino, las más reconocidas son las de Cicerón (Beltrán Almería, 1996, p. 243).

1.1 La carta moderna. El vínculo de esta práctica con la escritura autobiográfica o las escrituras del yo

Si bien el género epistolar se manifestó desde la Antigüedad,

Es indiscutible que, a partir del siglo XVI, se intensificó su función comunicativa debido a la concurrencia, al menos, de los siguientes factores: extensión social del alfabetismo, importancia creciente de la escritura en todos los ámbitos de la vida, situaciones propiciatorias de los intercambios epistolares (guerras, emigración a América y cárceles, sobre todo) y desarrollo del correo. Asimismo, desde finales del Setecientos y, en particular, a lo largo del siglo XIX, se perfiló un nuevo orden epistolar como consecuencia de una serie de cambios tanto en la manera de escribir las cartas como en los soportes y usos postales. (Castillo Gómez, 2011, p. 19)

Genara Pulido Tirado añade que esta práctica comunicativa entró en su faceta moderna en el siglo XVIII con el surgimiento del concepto de sujeto libre, el ascenso de la burguesía y la moda de la carta familiar en Francia e Inglaterra (Pulido Tirado, 2001, p. 436). Celia Fernández Prieto agrega a esta lista: la emergencia de lo privado y su revaloración frente a lo público (Fernández Prieto, 2001, p. 19).

La carta se inscribió en el horizonte de la escritura autobiográfica cuando comenzó a aludir a la condición de individualidad y a caracterizar a un *yo* que escribe y dialoga en torno al tema de su propia personalidad.¹³ De esta forma, a la par que los autores fueron construyendo el texto y las nociones mismas de su autoconcepción, esbozaron una suerte de autorretrato. Por otra parte, las cartas privadas de un autor permiten recuperar fragmentos de su vida que han sido descritos de forma privada, sin el agobio de la censura social. De tal suerte que ofrecen claves para la comprensión de su pensamiento (Puertas Moya, 2004, p. 66). Así, los interlocutores entablan diálogos del dechado del siguiente fragmento:

¹³ “el epistolario entra a formar parte del amplio género de lo autobiográfico en tanto da cuenta de las circunstancias íntimas y cotidianas que se consignan por escrito” (Puertas Moya, 2004, p. 65).

Me pregunta usted sobre mis impresiones del Congreso celebrado en la Villa, y debo decirle que fueron buenas, aunque para los demás no hayan resultado así, según se ve de los actos posteriores. Pasamos algunos días de verdadero parlamentarismo, [...] y volvimos cada quien a nuestro terruño, lamentando unos el fracaso, satisfechos otros con el éxito. Refiérome a la preponderancia de sus ideas. Nos encontramos dos grupos; el de los viejos por su apego a la rutina y su repugnancia por lo moderno, y el de los nuevos, que hablamos claro y sentamos plaza de destructores. Allí pudimos vencer, arrastrar a la mayoría; pero los de la contraria, más zorros que nosotros, nos están haciendo política, están luchando para sacar a flote lo que fue desechado, y llegan hasta a señalarme como peligroso, como injertado de liberal, en algunas correspondencias que he pescado... (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 127)

Alguien tan preocupado por su imagen pública como Eduardo J. Correa no se hubiera atrevido a expresar su experiencia personal sin ningún tipo de reticencia más que en el ámbito de lo privado. De igual forma, muestra rasgos de su autoconcepción como figura periodística y política: Se pone del lado de los jóvenes vigorosos que intentan impregnar el aire con ideas nuevas. A pesar de sus creencias religiosas, y no obstante su repugnancia hacia el liberalismo jacobino y el positivismo, es evidente que Correa no se miraba a sí mismo como un “conservador”. Desde su trinchera de católicos de provincia, ambos escritores estaban defendiendo una suerte de renovación.

1.2 La correspondencia privada y el ámbito de lo privado

Existen innumerables tipos de cartas; por ejemplo, con respecto al destinatario que contemplan en su escritura: aquéllas que se dirigen a un receptor único e intransferible; las que están hechas para un conjunto acotado de destinatarios; las que van destinadas al público en general; etc. Hay tantas modalidades de cartas como finalidades existen. Sin embargo, de manera esquemática, podemos reducirlas a dos modalidades básicas:

la carta de carácter formal y planificado, dirigida a un destinatario más o menos colectivo y público, que trata de cuestiones de contenido moral, religioso, educativo, comercial o político [yo agregaría administrativo]; y la carta privada de carácter informal, escrita para destinatarios concretos y particulares con los que se mantienen relaciones afectivas y sentimentales: cartas a los amigos, a la familia, a los amantes. (Fernández Prieto, 2001, p. 19)

Específicamente, el segundo grupo de documentos traslada “al papel una experiencia afectiva vivida en el instante, modificada al darle forma, que se dirige a la sensibilidad y

percepción del receptor e incluye el punto de vista de éste” (Ciplijauskaitė, 1998, p. 64); forman parte del conjunto de *actuaciones privadas* y, por lo tanto, responden a un tipo de relación particular: la familiar-afectiva. Éste es el caso de la *Correspondencia* que ocupa a este estudio.

El neurólogo, psiquiatra y escritor español Carlos Castilla del Pino desarrolló el concepto de *actuaciones privadas* y del ámbito de la *privacidad* a partir de la noción de *actuaciones* y del contraste con la *intimidad* y la *publicidad*. A las primeras las definió como “*representaciones de un yo*” (Castilla del Pino, 1996, p. 15). Las actuaciones humanas son “*representaciones* porque tienen lugar en un escenario en el que los personajes, los yos (*sic.*), empíricos o virtuales, se maquillan de acuerdo al tipo de escenario en el que han de actuar” (Castilla del Pino, 1996, p. 18). Toda persona tiene tres tipos de actuaciones: íntimas, privadas y públicas. Los límites entre unas y otras no están del todo definidos por lo que podríamos decir que constituyen un *continuum* en el que hay traslapes entre uno y otro tipo de actuación.

Para Castilla del Pino, todo acto constituye un acto de comunicación o, en sus propias palabras, “*no hay no comunicación*”. Para cada una de estas actuaciones, el sujeto¹⁴ construye un *yo*, o recupera o restaura uno que construyó previamente, y lo usa en la actuación requerida. ¿Con quién se comunica el *yo*? En la realidad empírica, nos relacionamos con el *yo* de los otros, el cual construimos como imagen mental. Por su parte, esos otros se comunican con el *yo* que imaginan de nosotros mismos (Castilla del Pino, 1996, pp. 14-15): “nadie tiene acceso a la intimidad de otro, se obliga sin embargo a inferirla, porque la relación [...] ha de establecerla con el *yo* íntimo que presupone o supone del otro y en mucha menor medida con el *yo* mostrado” (Castilla del Pino, 1996, p. 15). De esta forma, el *yo* del remitente construye su discurso con base en el conocimiento que imagina respecto a la intimidad del destinatario y al *yo* que ha construido, en su imaginación, de éste. Así, las imágenes que los corresponsales proyectan sobre la identidad de López Velarde se pueden contradecir, pero es responsabilidad del sujeto juzgado

¹⁴ Castilla del Pino denomina sujeto al “órgano” que construye un *yo* para cada actuación, o recupera o restaura un *yo* previamente construido y lo adecua para usarlo en la actuación pertinente: “El sujeto, por tanto, es quien [...] almacena y registra los módulos de *yoes* forjados unas veces con anterioridad, otras sobre la marcha, y los dispone para su uso llegado el caso. [...] El sujeto [...] es el que confiere la conciencia de la unidad de todos los *yos* que lleva, ha llevado o puede llevar a cabo, y de ser el mismo, como sujeto, en todos los *yos*” (Castilla del Pino, 1996, p. 15).

rectificar y orientar a su interlocutor para que la idea que éste proyecta de él encaje de la mejor manera posible con la que él quiere transmitir de sí:

Entiendo que nuestra amistad me puede hacer salvar la distancia que me separa de usted, y así, aunque usted signifique mucho en merecimientos literarios y yo nada, puedo hablar con franqueza para decirle que el soneto que me transcribe me parece muy malo. Esta explicación téngala presente siempre que mi juicio sea desfavorable a sus producciones, para que no vaya a pensar que ya me arrebató el viento de la estupidez que ha barrido a muchos mentecatos de la fuerza de *Rip-Rip*. Y aquí resulta muy oportuno sacar a usted de un error en que, desde que me conoce, está respecto de mí. ¿De qué piensa que voy a hablarle? Sencillamente de que usted me cree pagado de mí mismo, y no es así. Sé bien, tanto por mi no escasa intuición, como por ligeros informes que me han llegado, que usted piensa de mí que soy pretencioso. No puedo precisar hasta qué grado me conceptúe usted de tal. Ante todo, me complazco en decirle que no soy como usted me juzga. Por el contrario, día a día afirmo la convicción de mi humildad, aunque al decirlo me desmienta. Soy, Correa, un muchacho que tiene fe en su porvenir literario, pero no llevo la cabeza llena de humo. (López Velarde, 1991, pp. 81-82)

La construcción discursiva que cada uno haga sobre sí mismo y sobre el otro es una negociación sobre la cual ahondaré en el capítulo siguiente. Por ahora, sólo es relevante decir que este fragmento da muestra de cómo el sujeto enunciador tuvo que rectificar la imagen que el otro se había formado de él con el objetivo de alcanzar una comunicación lo más plena posible. La correspondencia total entre las imágenes que los dos interlocutores formulen es imposible, pero es su objetivo principal como sujetos que buscan vincularse el uno con el otro de manera cercana.

Como ejemplo paradigmático en el que López Velarde comunica una parte de su intimidad, encontramos la famosa carta número 44 del epistolario, fechada el 15 de noviembre de 1909. En ella, por primera vez en toda la correspondencia, López Velarde confiesa su pasión febril por Fuensanta y cataloga la coincidencia de su dolor y el de su interlocutor como de buen agüero para la relación entre los ambos.¹⁵ Sin embargo, opta por no comunicarle toda la situación y, de alguna manera, sesga la posibilidad de discurrir más al respecto diciendo que aquella pasión larga e intensa falleció:

En días pasados que le dirigí mis letras me ocupaba en la coincidencia de que me hubiera usted hecho la dedicación de su doliente libro en estos días en que yo también soy doliente. Sí, señor, soy doliente de una larga e intensa pasión, fallecida este otoño: Fuensanta, amigo

¹⁵ Fuensanta fue el nombre que dio López Velarde a Josefa de los Ríos, su amor de juventud, pariente lejana ocho años mayor que él.

mío, es un cadáver en mi ánimo. Dios me saque del abatimiento en que estoy al ver, ya rota, la clave de mi vida. La coincidencia de que le hablo es estimada por mí como de buen agüero para nuestra amistad y como un motivo nuevo de mis simpatías hacia usted. (López Velarde, 1991, p. 124)

Guillermo Sheridan hace un comentario al respecto: “Es muy conocido este párrafo. ¿Qué fue lo que sucedió? Conjeturo que López Velarde, de vacaciones en Jerez (donde fecha la carta), cerca de Josefa, cosecha una decepción más y decide ‘matar’ a Josefa de los Ríos para así conservar a Fuensanta” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 124). De esta forma, la confesión actúa como elemento vinculante entre los dos hombres; sin embargo, esta vinculación se ve interrumpida y se comprueba que el espacio comprendido por la intimidad de un sujeto es inaccesible para los otros. Se erige un puente de privacidad entre los dos amigos y a la vez una distancia.

A pesar de la distancia abierta entre los dos corresponsales, López Velarde ofreció una clave íntima que permitió a Correa acercarse a lo más profundo de su intimidad. Respecto al valor de veracidad, Ernesto Puertas Moya advierte que la recepción de este tipo de confesiones tiende a ser positiva:

los motivos que presta una carta para dudar de su sinceridad son mínimos puesto que el origen de su redacción apela a un sentimiento espontáneo de comunicación que permite expresar sin apenas cortapisas todo tipo de sentimientos, opiniones, creencias y valoraciones, lo que nos permite asomarnos a la interioridad de un individuo con la sensación del privilegio que confiere al texto su inmediatez y su veracidad. (Puertas Moya, 2004, p. 66)

Dado que todos los sujetos poseen la capacidad de llevar a cabo múltiples tipos de actuaciones, para cada actuación se construye un *yo* (Castilla del Pino, 1996, p. 16). El sujeto, además de llevar a cabo las actuaciones o representaciones del *yo*, dispone el *escenario* en que éstas habrán de realizarse en conjunto con los otros intervinientes de la interacción. El sujeto de López Velarde hace uso de un *yo* específico para relacionarse de manera continua con Eduardo J. Correa, que no necesariamente tiene que ser del todo congruente —aunque se espera que sí— con el que utiliza en su interacción frente a frente. Esto se debe a que la carta constituye un escenario propio.¹⁶ Atendiendo al contexto o escenario en el que se desarrollan, es como las actuaciones humanas pueden ser íntimas, privadas o públicas.

¹⁶ Castilla del Pino (1996) manifiesta que el *escenario* equivale al contexto o situación (p. 17).

Las actuaciones íntimas se apoyan en nuestro *yo* imaginario para el momento y en los *yoes* imaginados de los otros. El espacio dispuesto para las actuaciones íntimas posee la cualidad de solamente poder ser observable para el sujeto: “Las fantasías diurnas en las que nos representamos y representamos a quienes se nos antoje tal y como deseamos, y los sueños (fantasías durante el sueño) son dos tipos paradigmáticos de actuaciones en el escenario íntimo” (Castilla del Pino, 1996, p. 19). La verbalización de estas actuaciones no es equivalente a la mostración de lo imaginado, por lo que no altera su cualidad de íntimas.

El escenario de las actuaciones públicas se dispone de forma que sean observables. Es expresamente exteriorizado, de modo que el carácter de representación aparece de forma indiscutible en las actuaciones de este tipo. Una muestra evidente de la diferenciación que López Velarde hace entre los dos tipos de escenarios se ubica en la carta del 23 de junio de 1908 (16 del epistolario): “El discurso del doctor Rivera me pareció detestable, aunque digo lo contrario en las bibliográficas” (López Velarde, 1991, p. 80).

Finalmente, las actuaciones que se dan en el ámbito de lo privado, cometido de este estudio, tienen necesariamente proyección hacia el exterior, pero se efectúan a solas o con alguien de confianza: “el sujeto y quienes comparten con él un escenario privado se protegen de la observación ajena [...]. Para ello se sirven de marcas que señalan, por una parte a los que están ‘dentro’, el rango de partícipe, de ‘cómplice’ que poseen y las normas que han de regir para la privacidad, y, por otra, a los que están ‘fuera’ ” (Castilla del Pino, 1996, pp. 19-20).

Cuando López Velarde se dirige de manera privada a Correa, y viceversa, hace que ambos construyan conjuntamente el escenario de la privacidad, pero que cada uno sólo pueda acceder a la información que el *yo* exteriorizado que cada cual comunica (Castilla del Pino, 1996, p. 20). El escenario erigido para cada tipo de actuación es el resultado de un pacto, implícito muchas veces, pero mayormente explícito en el caso de la correspondencia privada. Este escenario está delimitado por las marcas materiales del texto, como lo son el sobre sellado, y por las explicitaciones que aluden a la necesidad de guardar el secreto; también, la forma en que se refieren los temas, puede denotar la necesidad de discreción por parte del que recibe la carta:

La finalidad de la comunicación privada y el principio de inviolabilidad que protege a las relaciones epistolares aconsejan en muchos casos el mantenimiento en sus estrictos ámbitos

de ocultamiento para estos textos, entre otros motivos porque las cartas respondían a una fórmula social de intercambio de informaciones que se hizo habitual a partir del siglo XIX con la puesta en funcionamiento de servicios públicos y estatales de correos. (Puertas Moya, 2004, p. 70)

Un ejemplo que permite esclarecer el carácter privado, por parte de López Velarde, de esta correspondencia es cuando le pide a Correa que muestre su trabajo literario, el cual había mantenido secreto, a su padre, para que funja como autoridad que refrende su desarrollo:
[Carta 6]

San Luis Potosí, 14 de marzo de 1908

Señ. Lic. Don Eduardo J. Correa
Aguascalientes.

Muy querido amigo: [...] Le suplico que me haga favor de enseñar a mi papá mi “Monólogo de Fausto”, pues deseo que lo conozca antes de su publicación. (López Velarde, 1991, p. 59)

El propio editor subraya la extrañeza de que “López Velarde solicite un imprimátur¹⁷ de su padre para el poema una vez que, como se deduce, Correa ha decidido publicarlo. [...] En todo caso, no deja de ser significativo que el poeta le encargara a Correa el trabajo de consultar al patriarca y que no lo hiciera él personalmente” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 59-60). Otra manifestación clarísima de confianza se ubica en la decimoprimera carta del epistolario, correspondiente al treinta de abril de 1908: “Ya lo visitarán algunos versos míos que le suplico conserve inéditos, a no ser que los repute dignos de figurar en *Nosotros*” (López Velarde, 1991, p. 69).

No obstante, gracias a la intervención, no sabemos si delegada o no por Correa, su copista de confianza saca del ámbito secreto la correspondencia por la cual hoy contamos con el epistolario. El hecho es que, aun a pesar de la intromisión de los ojos de Villalobos Franco, el espacio de la privacidad constituye un terreno sagrado y claramente delimitado en este epistolario, el cual, al ser violado o encontrarse en una situación consciente de susceptibilidad, se suspende parcial o definitivamente. Por ejemplo, cuando la situación política en torno al movimiento antirreeleccionista de San Luis Potosí propició que sus miembros comenzaran a ser cautelosos en sus correspondencias: “Como alguna de las cartas que él [Severino Martínez, cuñado de Correa] nos dirigiera de la ciudad referida vino

¹⁷ Es decir, una declaración que autorice la publicación de un texto.

abierta no le escribiré, más cuando muchas de las mías, principalmente las dirigidas a Aguascalientes, son violadas, pero procuraré que sepa lo que usted me dice” (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 135). Así, Correa manifiesta que tomará medidas precautorias. Por su parte, Velarde se condujo de manera análoga: “Si no cree comprometerse dándome su pronóstico sobre el porvenir de la revolución, le estimaré me lo dé, pues tengo curiosidad de conocerlo. El mío es de tal naturaleza, que opto por reservármelo para cuando nos comuniquemos verbalmente. Sé que han seguido abriéndole las cartas” (López Velarde, 1991, p. 137).

2. Teoría epistolar

Nos encontramos, pues, ante un género sintético, fronterizo, bifronte: conjunción de dos tiempos diferentes, vínculo de dos espacios distantes, confluencia de lo puramente enunciativo con la constante referencia metatextual, límite entre la interacción dialógica y el discurso autónomo, máxima expresión, en suma, de la utilización retórica al servicio de la comunicación entre los hombres.

Roca Sierra, “Retórica del discurso epistolar”

Existen dos vías de aproximación hacia el género epistolar: la primera consiste en el estudio sistemático de sus formas de producción, es decir, de la retórica intrínseca de las cartas, sus cambios epocales, sus medios de distribución, sus características materiales, etc. Esta es posible a través del análisis de las cartas tomadas como unidades en sí mismas. Sin embargo, cuando se quiere desentrañar sus significados, es necesario hacerlo a partir del conjunto generado mediante su concatenación (conjuntos de varias cartas), vinculándolas con el contexto comunicativo y la relación extratextual de sus interlocutores, dando lugar así, a una macrounidad indisoluble.

Utilizando las dos perspectivas, se hará posible aclarar una parte de la personalidad de ambos corresponsales.

2.1 El epistolario como producto de la tradición editorial y como contexto comunicativo

Un epistolario como el de Ramón López Velarde con Eduardo J. Correa es el resultado de una práctica editorial que consiste en el ofrecimiento a la lectura pública de conjuntos de

cartas privadas reunidas, y que, como bien recuerda Celia Fernández Prieto, “implica modelos, códigos, un modo particular de recepción, una valoración estética y un lugar en la jerarquía del sistema literario” (Fernández Prieto, 2001, p. 20). Como tal, pese a las ventajas que presenta como medio para acceder a la personalidad, sensibilidad y procesos de formación y consolidación poética de ambos corresponsales, presenta sus limitaciones.

La primera de ellas es que una correspondencia privada surge con el objetivo de desenvolverse en un circuito cerrado de comunicación, “de un yo a un tú estrictamente personales y privados” (Fernández Prieto, 2001, p. 22). Al ser publicadas sus piezas, adquieren una función muy diferente a la que tenían en su origen, y pasan a ser consideradas, ante todo, como documentos autobiográficos. Además, el criterio utilizado por el editor para decidir qué cartas salen a la luz y cuáles no juega un papel determinante en la recepción del conjunto. Al respecto de esto, Biruté Ciplijauskaitė dice que

Una selección implica siempre un criterio personal. Se escogen las cartas más significativas o más fascinantes, pero la historia está hecha de los pequeños acontecimientos cotidianos sin mucho brillo, de las repeticiones, más frecuentes en una correspondencia continua, diaria. Una edición completa ofrece una visión imparcial y deja la tarea de apartar lo que no interesa, parezca anodino o apasione a cada lector. (Ciplijauskaitė, 1998, pp. 66-67)

Por su parte, —como ya había establecido en el capítulo anterior— la *Correspondencia con Eduardo J. Correa*, editada por Guillermo Sheridan, ofrece la totalidad de las cartas conservadas o que se han encontrado hasta la fecha. A diferencia de otros epistolarios donde sólo se editan las cartas de uno de los corresponsales, en éste encontramos la posibilidad de acceder, en la medida de lo posible, a las dos partes del intercambio. Sin embargo, el diálogo epistolar aparece irremediablemente mutilado. Podemos suponer el extravío de varios de sus fragmentos debido a que existen lagunas considerables, escasez de cartas de Correa y referencia directa a partes de la correspondencia que no han sido ubicadas. Aunado a esto, las respuestas de Correa, transcritas por su factótum, tienen lagunas dentro del cuerpo del texto, marcadas estas con tres puntos entre corchetes. Un ejemplo de la manera en que se mutila el diálogo lo encontramos en la carta 40 (fecha el 24 de octubre de 1909), donde el texto resulta básicamente incomprensible:

En los datos que usted me da de su salida para Jerez, entiendo que estará [...] de noviembre en Aguascalientes, día en que yo estaré también, pues tengo algunos asuntillos que arreglar y he querido aprovechar la oportunidad para que hablemos aunque sea unas horas. Así que

espero que nos veamos y entonces le llevaré mi libro que estará terminado mañana a última hora por la necesidad de ajustar un pliego para que la impresión saliera y no tener que pagar inútilmente ese dinero, tuve que insertar las composiciones que no me agradaban. Ya las verá. Pero [...] echando encima y no quise salir en pleno invierno [...] que no pude esperar a tener un momento de reposo para hacer... (Correa *apud* López Velarde, 1991, pp. 117-118)

Como se ve, no hay problema para seguir la secuencia comunicativa después de la primera laguna, pero las últimas tres dejan completamente aislada la parte postrera del párrafo. Un caso más grave se presenta en la 29 (fecha el 23 de febrero de 1909): “Escríbame algo en prosa para *Nosotros*; yo pienso hacerme mañana [...] sobre [...] memoración del día, dirigida a una hermosa amiga mundana, y no hay más. Bibliografía, ya le dije, unas cuantas líneas [...] para el imbécil de San Juan Bautista” (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 101). A pesar de que se entiende que se refiere a su quehacer literario y que aborda brevemente el asunto de la pieza, no se puede siquiera adivinar a cuál de sus producciones se refiere con las breves pistas que quedan, debido al estado material del texto original. Aún más, lo que resta del pasaje no permite esclarecer a quién se refieren con el mote de San Juan Bautista o de qué están hablando con aquella referencia.

Problemas más delicados suceden cuando faltan partes enteras de la secuencia. Por ejemplo, entre la número 35 y su consecutiva inmediata sucede alrededor de mes y medio de distancia, si bien se infiere, por el contenido de la carta 36, que hubo comunicación, aunque escasa, durante este periodo:

San Luis Potosí, 14 de mayo de 1909

Señor Lic. Don Eduardo J. Correa,
en Guadalajara, Jal.

MUY querido amigo: Recibí su grata del 10, y por ella vi confirmadas mis sospechas de que su enfermedad y ocupaciones ordinarias y las causadas por su cambio de residencia le habían impedido escribirme. (López Velarde, 1991, p. 110)

El editor confirma en una nota al pie que no se conserva copia de esta carta de Correa. El hecho de que lo constate remarca la importancia de la existencia de este tipo de ausencias, que es responsabilidad ética y filológica del editor dar a conocer.

Sheridan no indica que haya omitido la publicación de ningún fragmento o unidad del diálogo por motivos morales, políticos o de alguna otra índole, sin embargo, no

podemos saber si las cartas faltantes resultaron de su destrucción motivada por cualquiera de estas causas.

A partir de estas dos problemáticas de tipo editorial se hace posible abordar una de las características constitutivas del género:

debemos considerar los epistolarios como formas específicas definibles dentro de una tipología más amplia de la interacción [...] ya no se podrá hablar de la carta como texto aislado, ni tampoco como *corpus* de textos aislados caracterizados por la unicidad de su sujeto de enunciación (el epistolario de X), sino se tratará de considerar la secuencia interaccional, producida por el intercambio epistolar entre los dos sujetos de la comunicación, [...] fuera de la cual puede verse comprometida la propia posibilidad de comprensión. (Violi, 1987, pp. 87-88)

Partiendo de esta caracterización del intercambio epistolar, se entiende que los actos discursivos de cada uno de los participantes forman parte complementariamente de un mismo conjunto. Éste se construye a través de la secuencia constituida por el diálogo con sus consecuentes intercambios de roles. Por lo tanto, es imposible realizar un análisis cabal de un elemento aislado de la secuencia interaccional global. Uno de los rasgos más interesantes de esta característica del género epistolar es que se manifiesta de manera discursiva. Los interlocutores suelen hacer referencia directa a las cartas anteriores para responder, reiterar o manifestar sus dudas concernientes a alguna parte o a la totalidad de ellas: “BUEN poeta y amigo: Refiérome a su grata de ayer, que acabo de leer” (López Velarde, 1991, p. 67). Así, “una carta se inscribe dentro de un *intercambio* epistolar del cual difícilmente puede ser aislada” (Violi, 1987, p. 88).

Relacionando lo anterior con los ámbitos editorial y de la recepción, los editores de epistolarios suelen enfrentarse al problema de tener que completar el saber del lector con información que no se ubica en el texto, sino que pertenece al extratexto formado por las cartas del corresponsal ausente en la colección, por la interacción vivencial de los interlocutores o por su interacción a través de otros medios de comunicación ajenos a la correspondencia.

Las cartas también funcionan a través de la introducción de conocimiento implícito de los corresponsales. Es decir, datos, comentarios, referencias, ironías, etc., que no es necesario detallar en la correspondencia debido a que son lo suficientemente conocidas por los corresponsales. Encuentran, pues, su sentido en el contexto extraepistolar compartido

por los interlocutores o en la correspondencia misma. Es trabajo del editor explicitar estas claves para la lectura del “indiscreto lector ajeno, que [...quedaría] excluido del proceso comunicativo” (Puertas Moya, 2004, p. 69) de no ser por la contextualización que ofrecen los editores a este tipo de textos. El propio Sheridan comenta que, en su edición, prefirió ser prolijo en el tratamiento de algunos temas biográficos o literarios que los corresponsales sobreentendían, para que el lector, ya fuera especialista o aficionado, pudiera acceder de la mejor manera a su contenido.

Un ejemplo de fragmento de una carta que resulta incomprensible sin estas claves de lectura se encuentra en la misiva número 7, del primero de abril de 1908: “Declino el honor que me brinda discutir con el médico troglodita. Tampoco lo haga usted; pues a no ser que intente iniciar una era de fraternidad con los de la *Revista*, no me explico que los vaya a tomar en serio, cuando siempre los hemos tratado con el desdén que merecen” (López Velarde, 1991, p. 63). Sheridan da cuenta de que “el médico troglodita” es Manuel Gómez Portugal, director del Instituto de Ciencias desde principios de 1908, quien ha convertido al Instituto en una fuerte trinchera jacobina (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 65); asimismo nos informa que, la “*Revista*” es la *Revista del Centro*.

Sin embargo, hay ocasiones en que ni el editor puede descifrar estas contraseñas, debido a que la conversación no está hecha para los ojos de terceros. Una muestra muy interesante, desde el punto de vista literario, es un fragmento que refiere a ciertos alejandrinos de Correa, que anexó a su correspondencia: [Carta 11, dieciséis de mayo de 1908]:

No tiene usted razón en darles la pobre importancia de una imitación modernista a sus bellos alejandrinos. Todo lo contrario: me parecen de una elegancia original, y si no me llevaron al entusiasmo, sí me deleitaron en extremo con el aristocrático sabor mundano que llevan impreso. Para que vea lo que me satisficieron [*sic*], le diré que cuando los leí por segunda vez se me despertaron ganas de hacer algo en el mismo estilo, con el mismo tema un tanto pecaminoso. Le aseguro, Correa, que si publica estos versos en un periódico modernista de prestigio, correrán de lo lindo. (López Velarde, 1991, p. 70)

El editor explica que estos “bellos alejandrinos” no han podido ser localizados: “Tengo para mí que Correa, precisamente por su «sabor mundano» los habrá destruido.” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 70).

Otra de las particularidades que distinguen editorialmente la correspondencia privada de otro tipo de documentos autobiográficos es que la posición de los escritores con respecto a ésta tiende a diferir de un autor a otro e, incluso, entre las distintas misivas de un mismo autor. Existen los que escriben con la consciencia de que sus textos son susceptibles de salir a la luz pública; los que lo hacen a sabiendas de que esta posibilidad, de hecho, acontece; y los que escriben bajo la premisa de que su correspondencia permanecerá dentro de un circuito cerrado de comunicación. Celia Fernández Prieto manifiesta que esto constituye la diferencia entre lo que Roger Duchêne denominó *épistolier* y *auteur épistolaire*; es decir, el que escribe para un destinatario concreto, sin otros propósitos, y el que cuenta con la posibilidad de la publicación de su correspondencia, a la que llega a considerar como parte de su obra literaria, respectivamente (Fernández Prieto, 2001, p. 22). Por su parte, Biruté Ciplijauskaitė, retomando al mismo Duchêne, agrega que este tipo de predisposiciones al texto hacen que los autores articulen sus pensamientos con cierto tipo de intención, y establezcan estrategias acordes con los fines de su escritura y con la consciencia sobre esta misma: “La intención específica hace nacer un estilo diferente. La situación se vuelve más compleja si el autor oscila entre *épistolier* (el que escribe sin plan y estructura evidentes) y el *auteur épistolaire*, quien construye la carta para la posteridad” (Ciplijauskaitė, 1998, p. 62).

2.2 Vínculos de la carta con la conversación oral

Como recuerda Genara Pulido Tirado, retomando a Claudio Guillén, la visión de la carta como una imitación del diálogo presencial entre interlocutores, o conversación, ha sido uno de los tópicos más repetidos a lo largo de la tradición crítica en torno a este género; esto a pesar de que ya, desde el epílogo de *De elocutione* de Demetrio (270 a.C.), se llamó la atención sobre el hecho de que la comunicación epistolar pertenece al ámbito de la escritura y, por lo tanto, no puede considerarse como la imitación de un intercambio hablado, como habla o como simulacro de habla (Pulido Tirado, 2001, pp. 439-440). Sin embargo, Patrizia Violi, por ejemplo, acerca el ámbito epistolar al campo de estudio de la pragmática al decir que: “Toda carta o fragmento aislado de una carta puede constituir actos ilocutivos específicos (preguntas, excusas, promesas, órdenes, etc.) y generar estrategias de

comunicación de manera no diferente a lo que ocurre con la conversación” (Violi, 1987, pp. 88-89).

Por definición, la oralidad se determina por su consustancialidad al ser humano, su naturalidad, y por su producción independiente a cualquier tipo de tecnología (Calsamiglia y Tusón, 2002, p. 27). En cambio, la escritura se caracteriza por su no universalidad, por ser artificial y necesitar ser realizada sobre algún tipo de soporte ajeno al cuerpo que la produce (Calsamiglia y Tusón, 2002, p. 28). Si bien es cierto que el lenguaje humano se materializa a través de dos medios aparentemente opuestos, el oral y el escrito, los cuales dan lugar a dos modalidades “inconexas” de realización: la oralidad y la escritura, no todas las manifestaciones orales son exclusivamente naturales, ni todas las manifestaciones de la escritura son absolutamente artificiales. Fuera de sus manifestaciones paradigmáticas, los límites entre uno y otro tipo de habla se trastocan regularmente, empezando por las funciones que cumplen en sociedad. Como dijeron Helena Calsamiglia y Amparo Tusón, la función básica de la oralidad radica en permitir las relaciones sociales. En este sentido, el género epistolar se vincula con la oralidad a pesar de su manifestación exclusivamente escrita: “Si bien al referirnos a la situación de enunciación prototípica la caracterizábamos por la inmediatez y por producirse cara a cara, el desarrollo de la tecnología y de los medios de comunicación audiovisuales también ha supuesto un impacto en lo que se refiere a los canales por los que actualmente puede circular el habla, tanto de forma directa o simultánea, como de forma diferida o combinando ambas.” (Calsamiglia y Tusón, 2002, p. 31). Es preciso recordar que la ductilidad propia de la modalidad oral permite en ella distintos grados de formalidad, a la vez que consiente las versiones dialogadas y las formas monologadas (Calsamiglia y Tusón, 2002, p. 31). Así pues, la manera en que se inscribe textualmente la dimensión comunicativa dentro de la carta y que emula la oralidad son los rasgos que concretan su individualidad genérica (Violi, 1985, p. 149). Como refirió Roca Sierra en el epígrafe dedicado a ilustrar las unidades epistolares, la carta se encuentra en un territorio difuso en el que el dialogismo y lo monologado se trastocan continuamente.

Los rasgos de interacción que definen la oralidad como protogénero del cual derivan el resto de las manifestaciones discursivas fueron señalados por Sacks, Schegloff y Jefferson en 1974 (Calsamiglia y Tusón, 2002, pp. 32-33). Al analizarlos se corrobora que, en su mayoría, se comparten con el género epistolar:

1. Intercambio de papeles de los interlocutores: el remitente pasa a ser el destinatario y viceversa, si hay correspondencia.
2. El sistema de la conversación se basa, primordialmente, en la estructura alternada de turnos de palabra. Un turno consiste en el espacio/tiempo de habla que ocupa cada participante. Éste puede ir desde su manifestación más simple, como un solo elemento fático, hasta la más compleja, como una narración, una descripción o un argumento. En la correspondencia, generalmente no se toma el turno de habla hasta que el otro ha respondido.
3. Los solapamientos son comunes, pero breves.¹⁸ Suceden cuando se cruzan cartas debido al desfase de los envíos o a problemas con el sistema postal. De cualquier forma, en estos casos se reacomoda la estructura de turnos. Por ejemplo, en la carta 20, la cual está escrita sobre una postal el 26 de diciembre de 1908, López Velarde le manifiesta a Correa: “Querido amigo y poeta: Con nuestras cartas ha sucedido lo que la vez anterior: he recibido la suya el mismo día que escribo la mía.” Y para remediar el solapamiento, le dice: “Mañana le vuelvo a escribir” (López Velarde, 1991, p. 88). Esto es, ya habiendo leído la epístola del interlocutor, procederá a retomar la secuencia de turnos y reordenará la conversación. Por su parte, Correa se refiere a la misma situación: “Muy querido amigo: Cuando Severino me trajo la grata de usted, ya había yo depositado la mía en el correo” (Correa, 1991, p. 88).
4. Las transiciones más comunes entre turnos de palabra son las que ocurren sin interrupciones ni solapamientos. Como ejemplo de interrupción, introduzco aquéllas que suceden debido —de nuevo— a problemas operativos en el servicio postal. En la carta 43 del epistolario, de Correa a López Velarde, fechada el 12 de noviembre de 1909, el primero manifiesta su preocupación en torno a la falta de misivas por parte de su corresponsal. El problema reside en que Correa escribe esta carta sin haber recibido la respuesta de López Velarde, fechada el 31 de octubre:¹⁹ “MUY estimado amigo: He extrañado no recibir letras tuyas después de la remisión que me

¹⁸ Calsamiglia y Tusón definen el concepto de “solapamiento” como dos o más participantes hablando a la vez (Calsamiglia y Tusón, 2002, p. 32).

¹⁹ Sheridan comete un error en su epistolario e indica que la misiva faltante de López Velarde estaba fechada el 15 de noviembre, pero esto es imposible ya que la carta de Correa se escribe el 12 del mismo mes. La inmediata anterior, en la que López cumple con las demandas de Correa es del 31 de octubre.

hizo últimamente de dos artículos para la sección de «Lo que se ve en la vida» (Correa, 1991, p. 121). Por su parte, en el turno de palabra siguiente, López Velarde manifiesta su duda sobre si aquél recibió la carta, o no: “El breve contenido de su grata, que recibí al mediodía, me dejó incierto que si llegó a sus manos la epístola en que le acusaba yo recibo de su libro, incluyéndole unos versos. Avíseme” (López Velarde, 1991, p. 122). En el caso de la correspondencia (a diferencia de como sucede en la conversación cara a cara debido a su inmediatez consustancial) sobre todo cuando existe una relación íntima entre los participantes, la reiteración en la recepción, lectura, atesoramiento del producto textual recibido y expedita elaboración de la consiguiente respuesta, es un fenómeno recurrente. Los solapamientos son un fenómeno grave para las correspondencias de índole privado y afectivo porque, además de interrumpir el diálogo, sesgan la relación y ponen en peligro el vínculo:

La cercanía que pretende simular la carta tiene su raíz y su origen en la condición fática por carecer de contenido informativo y tener como único fin el mantener y afianzar el contacto, la presencia entre los ausentes. La consecuencia inmediata de esa presencialidad virtual a que aspira la comunicación epistolar se concreta en la carga vital y existencial que sigue manteniendo cada fragmento de comunicación, cada carta entendida como una propiciación al diálogo. (Puertas Moya, 2004, p. 68)

Como se puede ver en la cita a la carta de Correa, la 43 del epistolario, éste ya había conseguido lo que pragmáticamente necesitaba: los dos artículos para su publicación periódica. Lo que requiere es el mantenimiento de la relación afectiva.

5. El orden de los turnos de palabra no es fijo.
6. La duración de los turnos tampoco es fija.
7. Igualmente, la duración de una conversación no se fija previamente. Cuando existe una respuesta al primer acto de interacción postal y se genera un diálogo continuo entre los interlocutores, la conversación se delimita a partir de factores extratextuales, tales como la interrupción de la separación espacio-temporal entre los dos corresponsales, surgida a partir de la visita de alguno, la mudanza a una misma zona geográfica, etc. En general, el diálogo no se termina, sino que se interrumpe.

8. Lo que se dicen los hablantes en las cartas no se fija previamente de manera extratextual.
9. El discurso puede ser continuo o discontinuo. Así, en las conversaciones dadas en las cartas hay saltos de temas sin una linealidad aparente. A manera de ejemplo, transcribo un fragmento de la carta del 10 de marzo de 1909 (carta 31):

MUY querido amigo: sus dos últimas cartas me hacen creer que se domiciliará, por fin, en Guadalajara [Tema A: Introducción]. Deseo que su cambio de residencia le traiga mejoras en todos los sentidos y deploro que se aleje, pues esto hará que no nos veamos en muchos años [Tema A': exhortación], y tan de veras lo temo que le ruego que el viaje que me dice hará a Méjico luego que se alivie su digna esposa, lo verifique pasando por esta ciudad [Tema A'': petición]. (López Velarde, 1991, pp. 104-105)

Todo este párrafo transcurre con perfecta linealidad en su secuencia, sin embargo, al entrar en el segundo, el cambio es diametral: “El soneto de Alberto Herrera me gustó, aunque no del todo [Tema B]; los versos de González Martínez no me agradaron [Tema C], y de los suyos le diré que como todos sus últimos de confección moderna, me han satisfecho [Tema D] (López Velarde, 1991, p. 104). Además de que todos estos comentarios giran entorno a valoraciones estéticas, la coherencia está dada por el extratexto que conforma la serie de recursos que Correa le facilitó y que le envía regularmente, anexos a su correspondencia, para que Velarde los conozca: recortes de periódico o periódicos enteros, libros, poemas suyos, etc. A pesar de ello, este nuevo párrafo se refiere a un tema que no guarda secuencialidad con el párrafo anterior.

Por otra parte, los *post scriptos* introducen comentarios al margen de la conversación, por lo que representan otro tipo de discontinuidad perfectamente congruente con el discurso oral.

En particular, con referencia a la carta privada, el tono informal que la caracteriza obedece a la intención de aproximar la escritura a la oralidad mostrando cercanía y afecto: “anteponer la expresión relajada y espontánea de la subjetividad del yo a cualquier sujeción a normas gramaticales o pautas retóricas. Todo ello en función de un destinatario que, no sólo admite sino que valora tales libertades” (Fernández Prieto, 2001, p.19). Igualmente, la

presencia absoluta y recurrente del destinatario a nivel emocional e imaginario hace que la carta se disponga de manera en que emula el proceso primario de la comunicación oral (Fernández Prieto, 2001, p. 23).²⁰

La carta, como apertura de una secuencia conversacional, obliga implícitamente, por el simple hecho de haber sido enviada, a la respuesta del destinatario, quien deberá tomar el papel del emisor. La ausencia de respuesta adquiere un valor análogo al del silencio en la interacción cara a cara. Por lo mismo, “permite análogas inferencias pragmáticas («No habrá oído», «No habrá recibido mi carta», o más paranoicamente, «Ahí está, no quiere saber nada de mí»)” (Violi, 1987, p. 88). Como ejemplos de este tipo de situación en la que la falta de correspondencia se interpreta como silencio en la conversación, se puede tomar la apertura de la carta número 11, del 16 de mayo de 1908: “En los días que por sus ocupaciones me retiró sus letras, andaba yo ultimando mi examen de Historia, que ya presenté, y por eso tampoco escribía yo a mis amistades” (López Velarde, 1991, p. 69). Sin embargo, el ejemplo más contundente consiste en el silencio de Correa que abarcó los primeros seis meses de 1910 (a partir de la carta 47, fechada el 18 de enero de 1910). En la 48, remitida hasta el 30 de agosto de aquel año, Correa se refiere a su mutismo de la siguiente manera:

MUY querido amigo: No quiero darle en ésta explicaciones ni disculpas por mi silencio de meses, que no obedece a ninguna de las causas que se ha imaginado usted. Antes de dos semanas pienso estar por allá y entonces tendré oportunidad de darle detalladas aclaraciones. Ahora no lleva la presente otro objeto que felicitarlo por el día de su santo, que se celebrará al recibir estas líneas, puestas de toda carrera, entre un tumulto de atenciones (Correa *apud* López Velarde, 1991, pp. 131-132).

Sheridan propone que el remitente daba por sentado que vería a su interlocutor, ya que el quince de septiembre se llevaría a cabo el Tercer Congreso de la Prensa Asociada de los Estados en San Luis Potosí y no por alguna situación que atañera únicamente al vínculo afectivo. En cuanto a las especulaciones que el editor hace alrededor del silencio, manifiesta:

²⁰ Por ejemplo, en la carta 42, López Velarde usa una construcción oral y coloquial para referirse a los documentos que anexa a su carta: “Le mando *eso* de [Jacinto] Benavente para un hueco del diario y *esos* versos para que los guarde. No quiero publicarlos todavía.” (López Velarde, 1991, p. 120)

¿Cuál es la causa de este “silencio de meses”? Conjeturo que se debe a que López Velarde está sumamente involucrado en el maderismo y participa activamente en el Club Antirreeleccionista. Además, en un dato que aún no se ha podido comprobar documentalmente, se supone que López Velarde trabaja en el equipo, presidido por Pedro Antonio de los Santos, de defensores legales de Madero. Por su parte, Correa está muy atareado con su diario y con la Prensa Asociada, además de que, políticamente, está a la zaga de López Velarde. De cualquier manera se entiende que hay un distanciamiento que se debió a la impuntualidad del periodista para contestar las cartas del poeta durante los seis primeros meses de 1910, que se han perdido (Sheridan, 1991, p. 132).

Por su parte, López Velarde correspondió con otro silencio (de aproximadamente tres meses; el intervalo es impreciso ya que las cartas consecutivas están extraviadas y la más próxima se redactó el 16 de diciembre de 1910). El propio Sheridan adjunta un fragmento de carta de Correa a Villalobos Franco (fecha el 10 de febrero de 1911): “No me ha escrito López Velarde ni una palabra, ignorando la causa que no creo que sea otra que mi tardanza en contestarle sus cartas del año anterior...” (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 132).

Otro ejemplo en el que la carta hace uso de estrategias similares a las que se utilizan en la conversación es en el uso del *post scriptum*. Éste es empleado frecuentemente de forma análoga a ciertas secuencias pre-clausura de la conversación con la finalidad de introducir el tema central de la interacción, “el verdadero «blanco» al que se quería llegar [...]. Tanto el *post scriptum* como la pre-clausura conversacional disfrutan de un doble mecanismo estratégico: por un lado, de un tipo argumentativo-persuasivo; por otro, de tipo estructural, ligado a la organización específica de la secuencia conversacional el uno, a la organización discursiva de la carta el otro” (Violi, 1987, p. 89).

En el caso específico de Ramón López Velarde con Eduardo J. Correa, uno de los pilares de su relación era la constante colaboración laboral. Correa muchas veces se encontraba urgido de publicaciones, y López Velarde era un colaborador serio y que casi siempre respondía con constancia y regularidad.²¹ Muchas de sus cartas inician con una serie de cotilleos en torno al mundo cultural y político y cierran con un *post scriptum* que compete con lo verdaderamente urgente: el trabajo. Otras se desenvuelven de la misma

²¹ Puede declararse lo anterior debido a que, a pesar de no contar con las misivas de Correa que corresponden a este período, López Velarde responde, en la carta número 18 del epistolario, a un reclamo que le hace su interlocutor en este sentido: “No sé por qué me dirá que me he olvidado de ayudarles. Escritos con precipitación, es decir, mal escritos, les he mandado mis renglones. Pero no me he olvidado del *Debate*” (López Velarde, 1991, p. 85).

manera, pero culminan con una posdata que sugiere los verdaderos intereses de su autor. Una muestra evidente se puede ubicar en la carta 18 (fecha el 21 de octubre de 1908). En ella, López Velarde discurre primero acerca de los periódicos de la Capital “para ver cómo se conducían” hacia Correa (López Velarde, 1991, p. 82). Habla del *Mundo Ilustrado*,²² de su desinterés y desdén por *El Tiempo*,²³ etc. Posteriormente, expresa con brevedad sus desfavorables valoraciones estéticas acerca de Nemesio García Naranjo,²⁴ Cayetano Rodríguez Beltrán²⁵ y sobre unos versos que un tal Enrique (que el editor no aclara, pero suponemos que es Enrique Fernández Ledesma) dedicó a Francisco Primo de Verdad y Ramos.²⁶ Le agradece a Correa el que lo dé a conocer entre sus amigos y conocidos y, especialmente, el haberlo hecho con Manuel Caballero. No profundiza sobre la enfermedad de su padre, sin embargo, manifiesta su preocupación. Discute de manera sucinta sobre su quehacer literario y le dice que le envía unos versos para la próxima edición del periódico. Trata con ligero desdén unos enviados por Correa. Finalmente, aborda las malas críticas que le hacen a su interlocutor desde un periódico de Aguascalientes y le aconseja que les responda a través de *El Debate*.²⁷ No obstante, en el *post scriptum* aborda un tema, también

²² Este periódico sucesor de *El Mundo* (1894-1900) que subsistió hasta 1914, fue fundado por Rafael Reyes Spíndola en la Ciudad de México (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 82).

²³ Éste era un diario católico que dirigió Victoriano Agüeros en la capital del país.

²⁴ Fue un orador, escritor y abogado que coincidió con las tendencias católicas que apoyaron el antimaderismo y sirvieron a Huerta. De este último, fue ministro de Educación (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 83).

²⁵ Escritor, periodista y maestro nacido en 1866 que confluyó con las ideas liberales. Formó parte de la Academia de la Lengua tras la publicación de su novela *Pajarito*, la cual es la misma que critica López Velarde en esta carta. “López Velarde escribió un párrafo sobre esta novela en sus ‘Reseñas bibliográficas’ para *Nosotros*” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 84).

²⁶ Nacido en 1728, fue un abogado que apoyó la creación de un gobierno mexicano independiente que funcionara de manera provisional durante la caída de los Borbones a manos de Napoleón.

²⁷ El editor indica que, para este momento, Correa había clausurado *El Observador* e iniciado *El Debate*: “De hecho lo único que cambió fue el nombre del bisemanal. No deja de ser interesante que, después del atentado de que fue víctima, Correa decidiera dejar la pasividad del observador para asumir abiertamente el debate.” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, pp. 84-85) En cuanto al atentado, el propio Sheridan aclara: “Las relaciones entre Correa y los jacobinos de la región han llegado al límite. Una noche, poco después de que López Velarde está en Aguascalientes para pasar la semana santa con su familia (según noticia de *El Observador* el 11 de abril de 1908), Correa sale de la dirección del periódico y es atacado por dos sujetos: el primero le ciega con polvo mientras el segundo le vacía en la cabeza una cubeta llena de inmundicias. Correa narra, con inevitable comicidad, el suceso en el periódico (15 de mayo de 1908). [...] El atentado había sido orquestado por el diputado estatal Enrique Osornio (Querétaro, 1868-1946) [...] Osornio y Correa eran enemigos, según este último en su *Autobiografía íntima* (inédita, en su archivo), porque el diputado era testaferro del gobernador Vázquez del Mercado en un negocio de casinos clandestinos en la

de índole valorativa y de chisme, que gira en torno a un autor que continuamente es mencionado en la correspondencia por la exacerbada admiración que le tenía el joven poeta: Amado Nervo. López Velarde hace evidente con regularidad que, tanto en cuestiones formales como de contenido, su disposición hacia el autor era muy favorable y hasta se identificaba con él. Transcribo unas breves líneas en las que se refiere a Nervo: “Quiero decirle que estoy loco de entusiasmo por mi amadísimo Nervo. Ya sabe lo que siempre ha sido para mí el poeta de Tepic: imagínese, ahora, que acabo de conocer *El prisma roto*, y tendrá idea de lo que mi cariño y mi respeto a Nervo aumentaron, no obstante que yo creía que no podían ser mayores.” (López Velarde, 1991, p. 94-95).²⁸ Por lo que declara en la carta anterior y en la del 22 de diciembre de 1908, se puede llegar a conjeturar que la discusión que le interesaba era la que giraba en torno a este autor. Por lo tanto, le concede el lugar privilegiado del *post scriptum*, al margen del resto de todos aquellos a quienes denosta:

P. D. Acabo de ver en *El Tiempo*, diario, un articulejo destinado a censurar a Amado Nervo. Estoy en ascuas. Voy a mandarle la semana entrante unos renglones firmados con todo mi nombre, pues usted no ha de querer ponerse mal con don Victoriano. Dígame si no ha visto esa brutalidad contra Nervo. Decididamente son unos imbéciles los tíos del *Tiempo*.
Contésteme luego. El día 29 me examino. (López Velarde, 1991, p. 85)

Muy al contrario de como hace con el resto, son Correa y Nervo los únicos a quienes López Velarde defiende a capa y espada.

Si bien es cierto que existen vínculos que lo aproximan a la oralidad de la conversación, el discurso epistolar constituye una manifestación discursiva autónoma; tiende a apropiarse de recursos propios de aquella para ejercer estrategias retóricas que mantengan el vínculo entre interlocutores ausentes y distantes, como veremos más adelante. Beltrán Almería declara que “La carta pertenece al mundo de la escritura [...]. Los grandes géneros literarios —salvo la novela— surgieron en condiciones de oralidad. En la carta hay algo del espíritu oral —la noticia, el saludo, la despedida—, pero ese espíritu oral está

Feria de San Marcos. Los católicos de la ciudad habían logrado, años antes, cerrar las casas de vicio y se encontraban muy irritados con los chanchullos de Osornio y de su protector. Como *El Observador* era un periódico católico, enérgico y contrario a los intereses del virrey porfirista, los ataques a sus negocios y prestanombres abundaban.” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 65).

²⁸ A su vez, Sheridan escribe en su introducción al epistolario: “la transición juvenil hacia lo que López Velarde llama el *modernismo* se realiza bajo la guía de Nervo y de los modernistas españoles.” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 33).

completamente subordinado al espíritu retórico, al espíritu de las relaciones sociales jerarquizadas y desiguales.” (Beltrán Almería, 1996, p. 240). Por su parte, la propia Patrizia Violi acota la participación de la oralidad en la escritura de las cartas:

No obstante, si es posible señalar las analogías entre cartas y conversaciones ateniéndonos a las estrategias comunes de comunicación, la forma epistolar no es totalmente reductible a la dimensión interaccional. De hecho, la carta es, no cabe duda, una forma de diálogo, pero es siempre un *diálogo diferido*, un diálogo que tiene lugar en ausencia de uno de los interlocutores, Cuando escribo el otro está lejos, pero cuando reciba mi carta ella le hablará de mi lejanía. (Violi, 1987, p. 89)

La descripción de este tipo de estrategias que emulan la oralidad nos permite verificar que la búsqueda de continuidad en la relación epistolar entre Correa y López Velarde no obedecía únicamente a necesidades meramente pragmáticas, como el deseo de ser publicado (o tener qué publicar en el caso de Correa), sino afectivas. Además, recursos como el *post-scriptum* permiten observar la introducción de comentarios discontinuos en el discurso, lo cual asemeja este discurso con la oralidad y, a su vez, muestra cuáles eran las preocupaciones más cercanas a los remitentes.

2.3 La distancia²⁹

Es importante aclarar que, pese a los vínculos que aproximan la carta y la correspondencia a otros géneros discursivos, ya sean estos el diario íntimo,³⁰ la conversación oral, etc., el género epistolar constituye un género autónomo gracias a una de sus características definitorias: su forma dialogada se encuentra diferida en el espacio y en el tiempo. Sus

²⁹ Ernesto Puertas Moya indica que la idea de que el intercambio epistolar es un reflejo del diálogo a distancia fue comenzada con Proclo (412-485d. C.) “quien en su *tratado acerca de la forma epistolar* ‘señala como condición de la carta el trato del ausente con el presente’ y continúa con Cicerón, quien en su segunda *Filípica* considera que las cartas son coloquios entre amigos ausentes” (Puertas Moya, 2004, p. 68).

³⁰ Algunos autores como Ernesto Puertas Moya (2004, p. 65) o Celia Fernández Prieto encuentran semejanzas entre el género epistolar y el diario íntimo: “El anclaje en el hoy, la amplitud temática, la atención al detalle banal, la secuencia de la escritura son rasgos que acercan la práctica epistolar privada a la escritura de un diario. Incluso la redacción de éste se inicia a menudo con la fórmula ‘querido diario’, que parece convertir al propio cuaderno en un corresponsal mudo [...]. Pero la diferencia entre ambos está en que la carta se elabora para un destinatario real y concreto que determina la estrategia textual, tanto en la selección de los temas y el estilo, cuanto en la construcción del sujeto enunciativo.” (Fernández Prieto, 2001, p. 20).

interlocutores jamás se encuentran presentes simultáneamente en la interacción: “la presencia real del uno tan sólo puede acompañarse de la reconstrucción imaginaria del otro, en un tiempo y lugar distintos nunca compartidos. Se escribe para ese futuro en el que la carta sea leída, pero cuando ello ocurra, el futuro se habrá convertido en pasado” (Violi, 1987, p. 89). Hago la distinción entre estos dos tipos de alejamiento, puesto que la distancia puede o no ser realmente un impedimento para la comunicación vivencial. Esto depende del tipo de relación entre los corresponsales. En algunas ocasiones, como sucede a veces con las cartas amorosas, los dos participantes se encuentran en la misma ciudad, pero recurren al uso de la correspondencia como rito afectivo. La distancia, en estos casos, es más bien temporal y no espacial propiamente. Una ausencia psicológica es la que opera como fundamento del diálogo escrito. Como ejemplo de este tipo de ausencia psicológica remito a correspondencias como la de Vicente Riva Palacio y Josefina Bros quienes, a pesar de frecuentarse casi todos los días, durante la mayor parte del intercambio, tendieron a dedicar sus momentos de soledad a perpetuar el rito amoroso a través de la dimensión rítica del diálogo epistolar.

Así, dado que la carta reemplaza al diálogo presencial, los procesos de elaboración y de recepción de una carta están separados espacial y temporalmente. Sin embargo, la distancia temporal que separa a remitente y destinatario, y que se encuentra virtualmente presente en todos los textos narrativos como una instancia abstracta implícita en todo acto de escritura, y hasta podríamos decir que de comunicación, toma una forma precisa, definida, que muchas veces suele ser hasta anticipada por su remitente y esperada por su destinatario, está determinada por la agilidad del servicio postal y fija dentro del texto un doble tiempo y lugar de referencia: el que anticipa el remitente para que llegue hasta su destinatario y viceversa (Violi, 1987, p. 95). Incluso, casi todas las veces, este intervalo de distancia entre los interlocutores se explicita en la correspondencia mediante la siguiente fórmula: “MUY querido amigo: Aprovecho el dizque descanso de este día. Que yo no lo he tenido, *para contestar su grata del 8 de los corrientes...* [las cursivas son mías]” (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 142). El intervalo termina de explicitarse a través de la data consignada en el marco de la carta: “14 de abril de 1911”. Esto da un resultado de seis días.

A pesar de esta distancia necesaria para la existencia del género, la presencia del destinatario es “absoluta y recurrente” (Fernández Prieto, 2001, p. 23). Éste,

emocionalmente presente, se manifiesta de manera imaginaria, lo cual deriva en que la carta se disponga como una suerte de emulación del diálogo presencial: “Se intenta hacer presente al otro en el momento de la escritura y hacerse presente para el otro en el momento de la lectura, conjurando así el efecto de distancia que implica la comunicación epistolar” (Fernández Prieto, 2001, p. 23). Celia Fernández Prieto describe este proceso como la búsqueda de un doble efecto de presencia. Por un lado, durante la escritura, el remitente opera como si el destinatario fuera su oyente; de ahí que, como ella misma manifiesta, exista una gran gama de expresiones que subrayan el carácter apelativo del discurso epistolar: uso de vocativos, de frases interrogativas, exhortativas, imperativas, etc. A estos ejemplos se suman el uso reiterativo de elementos déicticos de primera y segunda persona.

Un buen ejemplo del uso de estos elementos está en la segunda carta del epistolario:

Estímole el placer que me proporcionó con la lectura de la carta de Carpio, que si está escrita con alejamiento de los caminos de la lógica, es, por otra parte, una joya de galano decir. Y además de ilógica, es la carta testimonio de que su taimado autor no le quiere a usted: dígalo, si no, la parte en que pretende tantear maliciosos paralelos entre Severo Amador y usted. Esto, sencillamente, no es honrado. ¿Qué opina sobre esto, Correa? [las cursivas son mías]. (López Velarde, 1991, p. 52)

Fernández Prieto concluye que el efecto conseguido mediante estos mecanismos consiste en que “el tú se sitúa, así, en el mismo plano del yo, formando parte de la situación de enunciación de modo que la distancia parece borrarse y se intensifica la ilusión de presencia” (Fernández Prieto, 2001, p. 23). Igualmente, “hacer presente al otro en el momento de la escritura supone además construirlo como receptor y, en tanto tal, dotarlo de una competencia determinada, de un saber, de un querer y de un poder, al que se alude en diferentes ocasiones” (Fernández Prieto, 2001, p. 23). Frases tales como “tú/usted diría(s) que...”, “como sabe(s)...”, “como te/le gusta...”, “me acordé de lo que piensa(s)...” son reiteradas a lo largo del diálogo. Sin embargo, este tipo de elementos que maximizan la caracterización o personalización del destinatario se vinculan con aquellas contraseñas o códigos secretos de los interlocutores que dificultan la comprensión de los textos epistolares para terceros ajenos al circuito cerrado de interacción. Lo que acerca a los participantes de la conversación, nos aleja como lectores.

Así, se escribe para evocar y, no obstante, en el momento en que se lo evoca, el otro parece alejarse aún más y su ausencia se hace más real. “¿Pero no es precisamente la

ausencia lo que hace posible una intimidad que la presencia del otro frecuentemente impide?” (Violi, 1987, p. 97).

Es, precisamente, mediante el intervalo de diferencia que provocan la distancia y su consiguiente ausencia, que López Velarde se permite comunicar una parte de su intimidad a su interlocutor; acción que no sería fácilmente realizada en la interacción presencial. Así pues, la distancia juega un papel fundamental en el medio de comunicación epistolar, en su desenvolvimiento formal genérico y en el nivel expresivo de su contenido.

2.4 El marco de enunciación de la carta

Patrizia Violi apuntó, en su artículo de 1987, que “la dimensión comunicativa [...] se caracteriza no sólo por el reenvío a una situación interaccional externa al texto, sino sobre todo por las formas de su inscripción textual” (p. 90). Algunos autores, como Celia Fernández Prieto, retoman a Patrizia Violi con la palabra *frame* o marco de enunciación para referirse a estos reenvíos (Celia Fernández Prieto, 2001, p. 25):

Característica de toda carta [...] es la necesidad —de orden constitutivo— de exhibir las marcas de la propia situación de enunciación y, a la vez, de la propia situación de recepción. La inscripción dentro del texto de la estructura comunicativa es una especie de “marco”, un *frame* de enunciación que, independientemente de las diferencias de contenido, constituye la marca específica, e imborrable del género. (Violi, 1987, p. 90)

En otras palabras, lo que llamamos el “marco” de la carta consiste en una estructura común a toda misiva, delimitada mediante la indicación de los participantes: remitente y destinatario, la fecha y el lugar de emisión y de recepción, así como la firma final con la que el remitente asume la autoría, la responsabilidad ética y legal de lo allí consignado. Esos elementos se integran con las referencias deícticas personales y espacio-temporales que se encuentran en el cuerpo del texto, haciendo referencia tanto a la situación de enunciación como a la construcción anticipada de la situación de lectura del destinatario. Pueden ser explicados mediante el marco teórico que provee la teoría de la enunciación originalmente formulada por Benveniste (1966) y, más tarde, sobre todo, en el trabajo teórico de Greimas (1979) y en narratología por Genette (1972).

Las referencias a la situación de enunciación y de recepción variarán dependiendo del tipo de acto ilocutivo que constituyan.³¹ En el caso específico de las cartas privadas, tenderán a un máximo de especificidad y de certeza. Sin embargo, aún en las cartas más impersonales, las marcas y fórmulas de apertura y de clausura hacen aparición y muestran la invariabilidad de este rasgo genérico distintivo (Violi, 1987, p. 89).

La función específica del *frame* consiste en construir y establecer un contrato explícito entre los interlocutores, el cual defina la relación que los vincula y los legitime en tanto sujetos del intercambio epistolar (Violi, 1987, p. 90). Sin embargo, “el sujeto de la enunciación [...] no debe ser confundido con el hablante o con el autor de un texto escrito. La distinción entre el autor, o remitente ‘real’ de la carta y su destinatario ‘real’, por un lado, y la forma en que estos aparecen como figuras del discurso introducidas en el texto, por otro, es una crucial” (Violi, 1985, p. 150). El remitente y el destinatario sólo se manifiestan a través de los “rastros” que dejan en el texto. “Estos rastros son todos los elementos que se refieren a la enunciación en lugar de al enunciado en un texto, o más específicamente, al sistema pronominal (Yo-tú vs. él) y todos los fenómenos de deixis espacio-temporal” (Violi, 1985, p. 150).

De esta forma, haciendo uso de diversos procedimientos el remitente y el destinatario pasan a formar figuras discursivas, es decir a inscribirse y manifestarse a ellos mismos, así como a su situación comunicativa, en el texto. Su finalidad consiste en conseguir el efecto de realidad que permita que el lector identifique al *yo* textual con el *yo* real del remitente y que, al mismo tiempo, se identifique a sí mismo con la imagen del *tú* construida en la carta (Fernández Prieto, 2001, p. 20). Es importante recordar que “Toda correspondencia inscribe en su interior no sólo al que escribe, sino también al destinatario ausente a quien escribe, su tiempo futuro y su espacio diferente” (Violi, 1987, p. 95).

Así, las referencias explícitas a los participantes del diálogo desempeñan un papel esencial: la firma del remitente y el uso de la primera persona del singular como agente

³¹ Por ejemplo, la carta número nueve es, de manera general, un acto ilocutivo de petición. Abre con un *captatio benevolentiae* en el que se manifiesta empático con la situación de Correa y manifiesta su interés por defenderlo públicamente, para luego pasar a la petición de un favor: “De los Juegos Florales a que concurrí, sé tan sólo que la fiesta fue diferida hasta mayo [...] Sé que por la *Revista de Mérida* irá a ésa Luis Rosado Vega al congreso de periodistas provincianos. Si tal sucede, amigo Correa [empleo de un vocativo exhortativo], le agradecería infinito que me diera a conocer de él, enseñándole lo que de mis trabajos juzgue usted presentable” (López Velarde, 1991, p. 65-66).

narrante hace de la presencia del narrador un elemento que estructuralmente es imposible eliminar. Cada carta es escrita por un sujeto que hace ineludible su presencia en el texto. Uno podría decir que esto sucede en todo tipo de texto narrativo, que la condición del sujeto que lo escribe es inexcusable, pero, en la carta, el narrador, identificado con el autor del texto y sujeto de la enunciación, está incapacitado para diluir o esconder su presencia utilizando una tercera persona narrativa; “su irreductibilidad está marcada por la firma, la cual constituye el rastro más concreto del sujeto de la enunciación. Incluso en el caso de una carta anónima, la firma está virtualmente presente para que el narrador pueda ocultar su identidad, mas no su presencia” (Violi, 1985, p. 166).

A su vez, la señalización de la presencia del remitente mediante la firma que da cierre a la escritura puede adquirir diferentes formas que denotan complicidad entre los participantes de la comunicación. Esto se debe a que el discurso, aunque sea narración, se encuentra anclado a la realidad y a la relación de sus agentes, la cual se desarrolla en el ámbito de la privacidad. El narrador/sujeto de enunciación —y muchas veces del enunciado— devela una parte oculta de su personalidad y hace del otro un cómplice. Así, López Velarde se puede atrever a firmar con tan sólo el armazón de su imagen pública en la carta número 4 del epistolario: sus iniciales (*Cfr.* López Velarde, 1991, p. 57). Estas marcas alfabéticas desprovistas en sí mismas de sentido adquieren su significación en la lectura del destinatario para quien no es necesario más que insinuar una pista. La relación íntima hace obvio el referente.

Por otro lado, la figura del narrador

es siempre complementaria y copresente a la del narratario: el “yo” que habla tiene necesariamente que dirigirse a un “tú”, el cual está, en general, explícitamente inscrito, sea en la fórmula de apertura (“Querido Fulano”), sea en la estructura pronominal (“Por la presente informo a usted de que...”). El narratario de la carta, a diferencia de los narratarios que podemos encontrar en otros textos, es a la vez más específico y caracterizado. Más específico porque no nos remite a una virtual clase abierta de “lectores modelo”, sino a un individuo concreto, más caracterizado porque está dotado de una serie de competencias que también pueden ser altamente idiosincráticas, (Violi, 1987, p. 92)

pero que finalmente están dirigidas hacia y desde una situación comunicativa concreta.

Lo mismo sucede con la serie de complementos adnominales con los que el remitente ensalza la evocación inicial al destinatario o con aquellos calificativos que utiliza para nombrarlo a lo largo del cuerpo de las cartas, ya que en esta ocasión “no se dirige al tú

común, habitual, del receptor, al tú público que los demás conocen, sino a una dimensión secreta de su identidad, la que se manifiesta y se desarrolla en el ámbito privado y cómplice de la relación [...]. Estos procedimientos pretenden sustituir el nombre propio que denota la identidad social y legal del tú por un nuevo nombre” (Fernández Prieto, 2001, p. 22). Incluso, como testigos intrusos de la correspondencia, es posible presenciar el desarrollo cronológico de la situación afectiva (aunque no de forma absolutamente homogénea; la variación también depende de los altos y bajos en la relación y en la situación inmediata de la vida de López Velarde): “QUERIDO amigo” (7 de marzo de 1908) (López Velarde, 1991, p. 57); “MUY querido amigo” (16 de mayo de 1908) (López Velarde, 1991, p. 69); “MI MUY querido amigo” (25 de mayo de 1908) (López Velarde, 1991, p. 73); “AMIGO muy querido” (31 de octubre de 1909) (López Velarde, 1991, p. 119); “QUERIDO amigo” (16 de diciembre de 1910) (López Velarde, 1991, p. 134).

2. 5 El doble pacto epistolar: modalidad especial del pacto autobiográfico

El destinatario que aparece en la carta no es necesariamente el lector real. Siguiendo a Claudio Guillén, llamo destinatario a la imagen del *tú* que el *yo* empírico tiene presente al escribir la misiva y que como tal se inscribe de manera más o menos explícita en ella. Guillén dice que esta figura textual se va configurando a lo largo de las páginas de la carta, y yo agregaré que a través de toda la correspondencia. Asimismo, señala que es equivalente a lo que en una narración se denomina *narratario*, el cual “según Carlos Reis en su *Diccionario de narratología* (1966), se distingue inequívocamente del lector real, o del lector ‘ideal’, o del ‘virtual’, puesto que el narratario es una entidad ficticia, un ‘ser de papel’ con existencia puramente textual, dependiendo de otro ‘ser de papel’, el narrador que se le dirige de forma expresa o tácita” (Guillén, 1997, pp. 86-87). La diferencia entre el destinatario y el lector implícito de un texto narrativo ficticio, como una novela, es que en principio un novelista no sabe quiénes son sus lectores reales y, por lo tanto, sólo puede conjeturar su relación con el narratario/enunciario. El escritor de la carta, en cambio, sí conoce a su lector: “El autor y el lector se conocen, o han empezado a conocerse, o tienen noticia el uno del otro”. Y así como sucede en el epistolario en cuestión, “Este

conocimiento ha de ir en aumento, si hay correspondencia, o puede también ir transformándose” (Guillén, 1997, p. 87).

Ahora bien, el “pacto epistolar” es un concepto que proviene de la noción de “pacto autobiográfico” de Philippe Lejeune (*Le pacte autobiographique*, 1985). En éste, el lector asume que el autor real del texto, el narrador y el protagonista se identifican en la misma persona:

El pacto autobiográfico según Lejeune consiste en que el lector identifica el “yo textual”, el del protagonista que aparece presentado en el texto por el escritor que narra su propia vida, con el “yo del autor”, es decir, con el yo empírico que escribe [...] subraya muy bien Lejeune que desde el ángulo de la lectura no hay por fuerza parecido entre el autor real de la autobiografía y el narrador protagonista. Lo que se asume es la identidad entre los dos. Esta identidad no es una relación sino una premisa, acreditada por un nombre propio. (Guillén, 1997, pp. 87-88)

El mismo “marco” al que había hecho referencia en este mismo capítulo como parte fundamental de la estructura de la carta faculta la producción de la primera parte del pacto epistolar (podríamos denominarlo pacto autobiográfico): el remitente señala su presencia y su identidad mediante los elementos deícticos que hacen referencia al yo textual y con la aparición de la figura del narrador y protagonista. A su vez, la firma con la que cierra la escritura hace patente la identidad de estas tres categorías. De la misma forma, a través de las menciones vocativas que se hacen a lo largo del texto para apelar al interlocutor, es como su presencia se hace evidente y concreta.

Por otra parte, el tipo determinado de relación que vincula a remitente y destinatario, la cual presupone, como ya dije, algún tipo de conocimiento entre los participantes del diálogo, hace que el pacto que fundamenta tanto la escritura como la lectura de una carta sea singularmente complejo:

el marco de la lectura de las cartas supone una conexión entre realidad y escritura que se distingue de la autobiografía por el grado de conocimiento previo que pueda vincular al autor y al receptor de la carta. Si hay correspondencia esta vinculación existe como base de todo desarrollo posterior [...] surge un doble proceso persuasivo y un doble pacto epistolar. (Guillén, 1997, p. 88)

Guillén describe este doble proceso como una suerte de representación en la que aparecen cuatro actores protagonistas: el escritor empírico (*yo del autor*), el *yo textual* o la voz que se presenta utilizando la primera persona y que se va configurando a lo largo del texto, el

destinatario (*tú textual*), el cual es tenido en cuenta por parte del autor y va siendo modelado a través del texto, y el receptor empírico, es decir, el que lee (Guillén, 1997, p. 88).

La vinculación directa de la primera parte del “pacto epistolar” con el “pacto autobiográfico” de Philippe Lejeune se funda en el ejercicio de la “confianza” por parte del lector real de la carta en la necesaria identidad de quien escribe con el yo del autor.

La segunda parte del “pacto epistolar” se funda en el hecho de que el lector también existe desde el ángulo de quien escribe la carta:

Este segundo pacto reside en la aceptación por parte del autor de la existencia del lector real y de su necesaria vinculación con el “tú textual” en la carta. [...] La vinculación que enlaza al emisor con el receptor es doble porque se manifiesta en ambas direcciones, desde la que acompaña la composición progresiva de la carta y desde la que posibilita la lectura. El desdoblamiento del autor debe ser aceptado por el lector o lectora, pero también su propia ficcionalización, su propia existencia doble como “tú textual”. (Guillén, 1997, pp. 88-89)

Así, como apunta el mismo Guillén, este doble pacto epistolar y su consiguiente aceptación por parte de los interlocutores “condiciona las virtualidades inventivas de la carta misma” (Guillén, 1997, p. 89). El amplio mundo que conforma el ámbito de lo privado y sus tipos naturales de relación requieren de una determinada representación textual que identifique a los dos interlocutores como sujetos vinculados pero ausentes el uno del otro.

Celia Fernández Prieto propone una modalidad especial del pacto autobiográfico en la relación amorosa. Es posible hacer un paralelismo que aproxime esta modalidad a la amistad entre López Velarde y Correa, o entre cualquier dupla de interlocutores amigos:

Desde una perspectiva pragmática, el contrato o pacto de la carta de amor admite ser definido como una modalidad del pacto autobiográfico, porque los sujetos de la enunciación epistolar, el yo y el tú textuales, se identifican con el remitente y el destinatario reales, cuyos nombres propios y dirección postal constan en el sobre y en el propio marco de la carta, y entre ellos rige un pacto de veracidad, es decir, ambos confían en que el otro dice la verdad [...]. Además, el atributo de privacidad, de escritura dirigida a un destinatario concreto y sólo a él, provoca que la carta de amor asuma el valor de una confidencia y por tanto establezca con el receptor el compromiso explícito o implícito no sólo de guardar en secreto su contenido, sino de guardarla en un lugar seguro. (Fernández Prieto, 2001, p. 20)

Un excelente ejemplo que ilustra cómo la identidad hace un juego de espejos en la correspondencia, apela directamente a la confianza del interlocutor y trasfigura su contenido en secreto, en confidencia, se ubica en la carta 8 del epistolario:

Le mando esa viga a los colegios oficiales, para que si gusta le dé cabida. Firmo con mi seudónimo por razones que no se le ocultan a usted. (López Velarde, 1991, p. 64)

2. 6 Las cartas vacías: la autorreferencialidad de la carta

Al margen de su contenido, la capacidad de la carta para referirse a sí misma, específicamente a su propia función comunicativa, hace que adquiera una dimensión simbólico-comunicativa que la separa de otros géneros textuales escritos: en algunas ocasiones, “Más que lo que se escribe importa el hecho de escribirlo, el acto mismo de la escritura como signo de afecto y de recuerdo” (Fernández Prieto, 2001, p. 24).

La carta no sólo permite el intercambio de información, sino que: “testimonia su propio ser en cuanto carta” (Violi, 1987, p. 91). El contenido proposicional puede pasar a segundo plano o, incluso desaparecer en su totalidad, como ocurre en las tarjetas postales que únicamente se firman. En ellas, “la autorreferencialidad aparece [...] en estado puro” (Violi, 1987, p. 91).

Dentro de nuestro corpus, un ejemplo de esta característica lo encontramos en la serie de postales (encontramos dos específicamente demarcadas como tales por el editor: las que corresponden a las entradas número 20 y 39 del epistolario), y en la referencia que hay acerca de este tipo de intercambios en las mismas misivas: “Mortificado estoy con usted por no haber podido dar respuesta a sus postales” (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 126).

Otro ejemplo paradigmático es la misma reveladora misiva a la que hice alusión en el apartado dedicado a los vínculos entre la correspondencia y la conversación oral, y que ilustra las consecuencias del silencio dentro de una conversación de este tipo: la carta número 48, dedicada a López Velarde por parte de Correa. En ella, el remitente no ofrece ningún tipo de información. Es más, aclara que no lo va a hacer: “No quiero darle en ésta explicaciones ni disculpas” (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 131). El objeto del envío no es otro “que felicitarlo por el día de su santo”. La carta no revela más que la acción de haber sido escrita para hacerse presente ante el otro.

La respuesta del joven López Velarde es igual de reveladora en paralelo sentido: “MUY estimado amigo: Le agradezco sinceramente su felicitación en mi onomástico,

recibida con toda oportunidad. Esperando verlo, lo saluda cordialmente su afectísimo” (López Velarde, 1991, p. 133). Bien hace Sheridan en constatar que “López Velarde, como es patente, no hace mayor esfuerzo por disimular su incomodidad ante Correa” (Sheridan, 1991, p. 133).

Este mismo fragmento ilustra otro de los rasgos constitutivos del género: la potencialidad de generar distancia además de cercanía:

toda carta, por el mero hecho de dirigirse a alguien ausente, lejano en el espacio y con quien sólo nos comunicaremos en un tiempo diferido, lleva en sí esta posibilidad de distancia. Esta duplicidad puede explicar los efectos de sentidos aparentemente opuestos según prevalezca uno u otro polo. Si bien ciertas cartas —piénsese en las personales o amorosas— permiten la máxima expresión de la subjetividad en la forma de esta presencia, en otros casos la carta puede utilizarse precisamente para conseguir el efecto contrario. Porque si bien es verdad que la carta presupone estructuralmente una distancia, puede servir también para producirla justamente cuando no la hay. (Violi, 1987, p. 96)

López Velarde quiere dejar en claro a su interlocutor que su silencio no pasó inadvertido y que tuvo consecuencias en el nivel de la relación.

Además, en este fragmento se enlazan tres de las características constitutivas del género epistolar: la distancia, la dimensión autorreferencial de la carta y la dimensión simbólica de la interrupción de su continua secuencia de turnos. Así como este género discursivo vincula a los interlocutores ausentes ejerciendo un efecto de presencia, también puede generar el resultado contrario.

Gracias al reconocimiento de estas señales de proximidad y de alejamiento entre los corresponsales, las cuales ha hecho posible la teoría del discurso epistolar de Patrizia Violi y de otros tantos especialistas, es que se puede empezar a dilucidar el camino que siguió la relación de López Velarde con Eduardo Correa durante los ocho años de su correspondencia, las ideas que los unieron y los planteamientos que los separaron para, así, empezar a visualizar las imágenes que dejó escritas López Velarde, a manera de autorretrato.

Los ejemplos anteriores de las maneras en las que opera la carta permiten comprender cómo es que los sujetos se hacen presentes en ella. En el próximo capítulo, se explicará cómo se configura la personalidad de esos sujetos que se manifiestan en sus epístolas.

CAPÍTULO 3: LA CONFIGURACIÓN RETÓRICA DE LÓPEZ VELARDE COMO SUJETO EPISTOLAR

1. La creación de un personaje: la identidad, el *ethos* retórico, y la imagen de autor de Ramón López Velarde

La identidad en los géneros autobiográficos y, particularmente, en el género epistolar es un fenómeno complejo que vale la pena explicar para comprender el proceder de López Velarde en su epistolario. Empezaré este capítulo exponiendo sucintamente tres opiniones de especialistas en el género autobiográfico. Ya en 1972, James Olney opinaba que la metáfora constituía la figura retórica fundamental para los textos autobiográficos. Esto se debía a que, en ellos, se construye una metáfora de la identidad: “El yo se expresa a sí mismo mediante las metáforas que crea y proyecta. Más todavía, el yo no existió nunca tal y como pasa a ser luego de haber creado sus metáforas, de modo que se puede afirmar que nosotros conocemos el yo a través del tropo resultante de un proceso de metaforización” (Olney *apud* Villanueva, 1992, p. 17). Por su parte, Paul de Man (1979), quien se había inspirado en los *Essays upon epitaphs* del romántico William Wordsworth, opinó que la prosopopeya dominaba en los discursos de este tipo. En este sentido, tomó a la prosopopeya como el recurso consistente en hacer hablar a personas muertas o ausentes. Sin embargo, Darío Villanueva afirmó que la clave de lo autobiográfico no radica ni en prosopopeyas ni en metáforas: “Yo la encuentro en la paradoja, en la figura lógica consistente en la unión de dos nociones aparentemente irreconciliables de las que surge, no obstante, un significado nuevo y profundo” (Villanueva, 1992, p. 18). Las dos nociones aparentemente irreconciliables para este crítico son la realidad y la ficción. A diferencia de los otros dos estudiosos, Darío Villanueva dio un paso adelante y vinculó directamente su teoría con el resto de los géneros autobiográficos, entre ellos, el epistolar. Sin embargo, los otros dos comentarios atienden igualmente a este género ya que, como se ha venido mencionando, en éste se van dejando pistas o marcas que refieren a las identidades de emisores y destinatarios, y se evoca a un interlocutor ausente para acercarlo mediante la escritura.

Desde su doble competencia como literato y psicoanalista, Carlos Castilla del Pino apuntó que una de las intenciones primarias de lo autobiográfico es ponerse en orden a uno mismo. Francisco Rico sugiere que el acto de narrarse a uno mismo es construirse como sujeto; “objetivar el *yo* y reconocerlo *otro*” (Rico *apud* Villanueva, 1992, p. 21). La sugerencia de estos autores se inclina a suponer que los textos autobiográficos, como segunda lectura de la experiencia que son, tienen como programa una labor reconstructiva de ésta. Como tal, la soberracionalizan; la dotan de un sentido cuando pudiera tener otro, o tener ninguno.

A pesar de la supuesta referencialidad total de los géneros autobiográficos; de su aparente realismo, veracidad, y sinceridad, los cuales se han presumido históricamente, ya desde 1799, los hermanos Schlegel separaban a los autobiógrafos que mienten sobre sí mismos, de los que no. Unos cuantos siglos más tarde, Darío Villanueva se atrevió a afirmar que no existen dos categorías de escritores autobiográficos, sino que ninguno dice la verdad sobre sí. ¿Por qué? Por razón de que el *yo* no es un objeto que se busca en la memoria, sino que se crea a través del propio mecanismo del recuerdo; porque pasa a través del tamiz del subconsciente, del aparato de la retórica; es segregado mentalmente para adecuarse a los ámbitos públicos, íntimos y privados y, subsecuentemente, trasladado a los universos del lenguaje y de la letra escrita.³² Darío Villanueva recuerda la teoría de Lacan, y dice que la primera persona gramatical designa al sujeto de la enunciación, pero no lo significa (Villanueva, 1992, p. 21).

Así pues, la realidad y la ficción operan en dos niveles diferentes. Por un lado, los textos autobiográficos poseen una savia creativa, más que referencial. Sin embargo, emanan de la intención de poner en orden a un sujeto real. Por otra parte, dado que son escritos por sujetos del mundo real, se prestan a una decodificación realista por parte del lector. Es decir, pese a su origen ficcional, son percibidos por el lector como reales: “El *yo* narrador y protagonista sustenta una estructura de incalculable fuerza autenticadora, avalada por un acto de lenguaje de entre los más comunes de la conducta verbal de los humanos. Y el

³² Paul John Eakin (1985): “el *yo* que el autor plasma en su autobiografía no es el reflejo de algo preexistente, sino una pura creación por y para el texto. Es la autobiografía como autoinvención” (Eakin *apud* Villanueva, 1992, p. 21). Por otro lado, para Carlos Castilla del Pino la autobiografía es un autoengaño pues el autor se autocensura, y “para los lectores es, sencilla y llanamente, mentira, o, [...] una media verdad” (Castilla del Pino *apud* Villanueva, 1992, p. 23).

lector es seducido por las marcas de verismo que el yo-escritor-en-sí, sea sincero o falaz, acredita con su mera presencia textual” (Villanueva, 1992, p. 28).

De esta suerte, la identidad de un remitente es un constructo textual que se va escribiendo y reescribiendo a medida que se va llevando a cabo la correspondencia: “todo epistolario implica pluralidad de perspectivas, aún quedándonos en el dominio de la escritura subjetiva. Todo hombre/mujer contiene en sí múltiples facetas. Estas se revelan en su correspondencia, que a veces no parece ser el producto de la misma mano” (Ciplijauskaitė, 1998, p. 64). Por lo tanto, es necesario estudiar estas facetas para reconocer los matices y diferencias de estas primeras personas gramaticales que se van expresando bajo el mismo nombre: Ramón López Velarde, y que se dirigen a un mismo destinatario, Eduardo J. Correa.

Ahora bien, pese a la volatilidad de un término tan movedizo como la identidad, el yo de un autor, de un hombre público como Ramón López Velarde, es algo que tanto él mismo como sus lectores buscan conocer; él, para “ponerse en orden”, y sus lectores para conectarse con él y con su obra. De ahí la producción de documentos autobiográficos y de su publicación (ya sea en vida o póstumamente). De entre los géneros autobiográficos, el género epistolar responde, asimismo, a una necesidad mucho más práctica: la de la comunicación directa con un destinatario ausente. Sin embargo, como en los otros géneros autobiográficos, la imagen que su autor consiga de sí puede ser distinta de aquella que él busque proyectar a su interlocutor. Como ya vimos, las producciones epistolares varían, incluso, en función del grado de privacidad o publicidad en que se desarrollan, y del nivel de cercanía entre el autor y el destinatario. Esta aclaración es importante ya que la calidad del tipo de imágenes conseguidas afecta de manera directa la forma en que el autor se sitúa en el ámbito cultural, político, económico y social. Por lo mismo, es un tipo de producción que el autor no sólo busca generar sino controlar.

La identidad discursiva de un autor, al margen del artista real (es decir, de quien firma las obras), se define a través de sus producciones literarias y de los otros tipos de discursos que elaboran él y su crítica. Tanto uno como otro tipo de documentos pertenecen a dos rubros distintos. Las producciones que describen a un autor y que son elaboradas por un tercero ayudan a perfilar lo que se conoce como “imagen de autor”. Mientras que las que él mismo produce conforman un “*ethos* retórico”. A pesar de la estrecha interdependencia

de estos dos tipos de imágenes discursivas, es necesario distinguirlas, pues obedecen a distintas funciones y entre ellas se lleva a cabo una especie de negociación. La primera de estas imágenes discursivas: la imagen de autor, genera una injerencia sobre el lector, la crítica y la sociedad en general; y, a través de la segunda, del *ethos* retórico, el autor retroalimenta o contraataca esta injerencia. En el caso específico de una correspondencia como la que mantuvieron López Velarde y Eduardo J. Correa, el juego entre los dos tipos de imágenes obedece a actuaciones de apelación, compensación, convencimiento, acercamiento y distanciamiento, dependiendo de cómo se va llevando a cabo la dinámica social con relación al tiempo y al espacio.

A principios del siglo XX, la comunicación postal cubría las necesidades psicológicas y pragmáticas para las relaciones a distancia y fungió como el medio idóneo para la configuración retórica de los sujetos de la modernidad. Un epistolario puede o no ser considerado como parte de la producción artística de un autor; dependerá de la valoración precisa que de ella se haga a partir de cada caso concreto. La situación enunciativa de la *Correspondencia con Eduardo J. Correa* sitúa a este epistolario al margen de la obra literaria de los dos correspondientes, Ramón López Velarde y Eduardo J. Correa. Sin embargo, conforma una imagen discursiva independiente de cada uno y, al mismo tiempo, forma parte de la configuración discursiva global de ambos; se suma a sus otras producciones (obra general) y a las comunicaciones que la crítica y la publicidad editorial desarrollan alrededor de ellos (metadiscursos), influyendo en la interacción de los lectores con los textos y en la apreciación general de su obra en el ámbito literario. Además, en el caso particular de esta correspondencia, la relación laboral y de jerarquía alumno-maestro, provocó que el menor de los interlocutores, López Velarde, pretendiera modular su apariencia textual para congraciarse con el otro, obtener su favor editorial que le posibilitara la publicación de sus textos, la concretización de sus otros proyectos literarios como la revista *Nosotros*, y acercarse a figuras de la élite literaria de provincia.

En el procedimiento específico de una correspondencia, como se trató en el capítulo anterior, las imágenes discursivas que se generan son cuatro: las del remitente sobre sí mismo y sobre su destinatario, y las del destinatario sobre su persona y sobre el remitente. Si relacionamos el concepto del doble pacto epistolar, de Guillén, con la teoría de los análisis del discurso, Ramón López Velarde produce un *ethos* retórico (imagen que

el locutor genera de sí a través de su propio discurso) y es configurado como imagen de autor por parte de una segunda persona que se le dirige: Eduardo J. Correa.

Vale la pena enfatizar que no existe un único *ethos* retórico, ni tampoco una sola imagen de autor, sino que son una multiplicidad de imágenes discursivas las que se producen en cada texto de un mismo autor, así como las que se producen en cada uno de los textos que hablan sobre éste. Dada la fragmentariedad prototípica del género epistolar, no podemos hablar de un *ethos* regular que abarque todo el epistolario, pero sí ir ofreciendo pistas que aproximen al lector a lo que fue la personalidad de este escritor en particular.

Por su parte, la coyuntura social y política dentro de la cual se encontraba inmersa la intelectualidad católica provinciana potenció la necesidad de que el mayor número de voces se levantaran a promulgar y defender sus causas. López Velarde desempeñó un papel muy importante, y J. Correa fomentó su participación como fuerza aguerrida, febril y joven; lo condujo por un tiempo y, después de que aquél dejó de cuadrarse con sus ideales, lo eliminó de sus planes político-periodísticos.³³ No publicó los editoriales de López Velarde que no encajaban con sus causas personales, ni siguió fomentando con la misma regularidad el contacto amistoso al haberse alejado el joven ideológicamente de él.

³³ Sheridan transcribe en su epistolario unos fragmentos de Correspondencia de Correa muy interesantes para tratar este punto específico: “Correa llegó a México el 15 de abril y se convirtió en vecino de López Velarde durante varios meses, mientras organizan sus respectivas candidaturas para diputados por el PCN. [...] Correa había dejado mientras tanto *El Regional* en manos de un doctor José María Casillas, que no tardó en decepcionarlo. A principios de Agosto comienza a escribirse con su hermano, el cura párroco Antonio Correa, censor del diario. Urgidos de encontrar un nuevo encargado para el diario, Correa escribe: ‘Pienso en López Velarde, aunque no sé si se animará a ir a Guadalajara. Creo que sí, pues lo tomaría como un paseo y quiere conocer la ciudad’. Días más tarde prosigue: ‘López Velarde me hace falta aquí, porque es el encargado de las «Instantáneas», de la sección de los estados y de la página literaria y aún ayuda cuando necesito un editorial; pero me interesa que *El Regional* no se derrumbe y no me interesa prescindir de este buen elemento. [...] Creo que es una buena adquisición pues es un joven culto, de inmejorable conducta, y de quien me prometo que, estando con nosotros, le haremos el servicio más grande que pueda imaginarse, como es el de conservar las creencias de sus padres y que él recibiera en el Seminario, pues me parecía que, como consecuencia de su paso por las escuelas oficiales, se había liberalizado un poco’. Sin embargo, López Velarde no sale hacia el occidente. [...] López Velarde compraba boleto para cada semana y seguía quedándose en México. Por fin, el 11 de septiembre, en carta a su hermano, Correa señala: ‘El sábado iba ya a salir López Velarde, pero lo detuve porque la víspera escribió un párrafo en el que dijo algo que me pareció inconveniente, un resabio de los que ya te había hablado, de su paso por las escuelas oficiales; algo de lo que hoy se llama despreocupación, y vacilé en si debía de mandarlo o no a Guadalajara, vacilación en la que todavía me encuentro’. Una semana después, el 19 de septiembre, le comenta al mismo corresponsal que es necesario buscar otro sustituto...” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 162-163).

Como señala Ruth Amossy, sólo algunos géneros como la entrevista o la carta, permiten que el autor regule, module y modere la presentación que da de sí mismo. Esto lo logra mediante la interacción con el otro, ya sea el entrevistador o el corresponsal: “Los escritores se prestan [...] a un ejercicio en el que la imagen que desean proyectar de sí mismos debe negociarse permanentemente con un tercero” (Amossy, 2014, p. 70). Esta negociación no siempre es sencilla. Muchas veces, la gran mayoría, sobre todo en los periodos de formación, la búsqueda por la proyección de una identidad es una pugna con la autoridad y con el entorno.

Ahora bien, a pesar del factor democrático de la negociación como parte del proceso de la construcción de una identidad, la personalidad del aún muy joven Ramón López Velarde fue utilizada por los grupos intelectuales de la provincia zacatecana, y en especial por su mentor don Eduardo J. Correa. Para estos resultó ser una figura carismática y útil que fungió como elemento importante para su institución cultural e intelectual, a la que ayudó a fijar y perfilar como católico progresista gracias a sus cualidades de poeta, su efervescencia juvenil y su apasionada adhesión a las causas de justicia social.³⁴ Para Castilla del Pino, la explotación de los elementos favorables de una personalidad por parte de un grupo social y la reducción de su carácter a estos rasgos se conoce como la construcción de un personaje. En la correspondencia de Ramón López Velarde con Eduardo J. Correa, que pertenece al período de su juventud y formación, se puede apreciar su paulatina alineación con los valores de esta sociedad católico provinciana, a lo que podríamos llamar, el proceso de personajización, y después, el principio de su desprendimiento y la adquisición de su propia personalidad intelectual y creativa.

El yo íntimo de López Velarde entró en crisis cuando se empapó de ciertos valores y mecanismos modernos, propios de la urbe y de la bohemia artística capitalina que no encajaron con el católico modelo que tanto su familia como su círculo cultural originario querían que encarnara: “Tras advertir que todo personaje precisa de su escenario, de su público, que lo re-crea al tiempo que el propio personaje se crea, la crisis del yo íntimo era de esperar. [...] no puede haber un yo al margen de lo que los demás consideran de mi yo,

³⁴ Castilla del Pino dice al respecto: “una consideración antropológico-cultural del personaje, [...] este es [...] un elemento de una institución a la que a su vez contribuye a fijar y perfilar” (Castilla del Pino, 1989, p. 14).

porque ese yo sólo pensado, sólo imaginado, se vacía” (Castilla del Pino, 1989, p. 17). Como Manuel Gómez Morín escribió en una carta dirigida a Efraín González Luna,

Otras gentes han vivido en provincia; pero impregnándose desde allá de preocupaciones, estilos y valores no provincianos; otras se han deslizado gradualmente de la vida de provincia a la metropolitana o universal; otras, finalmente, han sucumbido a la incitación de esta última, apresurándose a soltar como lastre estorbo e incómodo, todo el equipo de sus recuerdos, de su sensibilidad, de su preparación provinciana. Ramón no se halló en estos casos; su vida de provincia, sensorial, afectiva e intelectual, estuvo incontaminada; se hizo entre los dos polos: “católicos de Pedro el Ermitaño y jacobinos de época terciaria”. Se formó en el ambiente aquél de fines de siglo y principios del actual... (Gómez Morín, 2007, p. 19)

Esta pugna se aclara mediante el concepto de personaje elaborado por Castilla del Pino. No es lo mismo un hombre público que un personaje:

“hombre público”, que es aquel que, por razón de su rol, se ve obligado a ejercer su función no ya en un escaparate, sino [...] en la vía pública (como ministro, gobernador, alcalde o concejal [...]). [...] [los personajes] sujetos que, en razón de su hacer, del contexto en que actúan, de la tolerancia que los demás, por una suerte de enigma, adoptan para con ellos, perfilan su identidad hasta el extremo de elevarse del más o menos ambiguo nivel en que se sitúa la identidad de los demás, y adquieren categoría de personaje. [...] lo son [personajes] no por su cargo, esto es, por su función social institucionalizada, como es el caso del que hemos llamado *hombre público*, sino [...] por propio “mérito”. Se incluyen aquí, en primer lugar, sujetos bien diferenciados por actuaciones sorprendentes, incluso extravagantes, para los cuales parece regir una aceptación peculiar [...] y también, y en segundo lugar, aquellos otros que, mediante una suerte de hipertrofia de un rasgo de su identidad, suficientemente proyectado, acaban constituidos en paradigma y símbolo ante un grupo social más o menos amplio, mediante la sustantivación de este rasgo adjetivo. [...] aquellos que a fuerza de *hacer-de* de manera notoria, acaban siendo ya nada más y nada menos que la encarnación de esa virtud o, cuando menos, de una cualidad socialmente positiva, valiosa: pintar, escribir, actuar en un escenario, etc.). (Castilla del Pino, 1989, pp. 11-12)

López Velarde es para Correa “el escritor prodigio”; aquél que por su desenvolvimiento ejemplar en el campo de la escritura merece cierta deferencia y, al mismo tiempo, representa cierta utilidad.³⁵ Vio el potencial del joven muchacho de diecisiete años y optó por erigirlo como “personaje” de la intelectualidad política católica provinciana.

³⁵ Esto se ve reflejado, sobre todo, en el intercambio intensivo de sus producciones literarias. Eduardo J. Correa le da a leer sus poemas a López Velarde, esperando una retroalimentación que la gran mayoría de las veces utiliza para corregirlos. Sin importar lo duro de la crítica, Correa sigue consultando a López Velarde y pretende que éste escriba en favor de sus contiendas políticas y publique regularmente textos artísticos en sus revistas y periódicos.

Carlos Castilla del Pino aclara que personaje lo puede ser cualquiera, sin importar lo reducido, oscuro o irrelevante del grupo en el que se desenvuelva. Su proyección puede ser incluso menos que local, sublocal. Por ello mismo, la provincia, “que suele ser un caldo de cultivo excelente para la observación psicosocial, ofrece muchas veces ocasión de tener muy a la vista el personaje, incluso asistir al proceso de la construcción del mismo” (Castilla del Pino, 1989, p. 12). López Velarde empieza a publicar en los diarios de su localidad a cargo de Eduardo J. Correa justo al inicio de la correspondencia y poco a poco se va proyectando a nivel nacional. De igual forma, pasa de ser un simple estudiante de Derecho a participar activamente en la defensa de Madero.

Todo personaje necesita de un escenario, de un espacio virtual en donde se constituya con su público y su contexto; en donde pueda llevar a cabo su representación de sí mismo, de lo que los otros le hacen ser, y que, además, le exigen ser “porque esperan que redunde en él. Por eso, cambiado el contexto, el personaje desaparece, y si se mantienen los mismos actores que antes lo sostuvieron, puede afirmarse que ha sido destruido por aquellos mismos que le ayudaron a su construcción y mantenimiento” (Castilla del Pino, 1989, p. 13). El escenario de López Velarde es la prensa periódica en donde se exploya mediante sus múltiples seudónimos, y muy de vez en cuando, bajo su propio nombre. Las exigencias que necesita cubrir para encumbrarse son las del grupo sociocultural hegemónico de los católicos de provincia, y, como tal, tuvo que hacer suyas ciertas pugnas que le eran ajenas.

A continuación, se expondrán algunos fragmentos de la correspondencia en los que se perfilan este *ethos* retórico y esta imagen de autor de López Velarde que tanto él como su corresponsal elaboran textualmente, y que lo perfilaron como personaje.

1.1 El programa político y cultural

En la carta 10 del epistolario, fechada el treinta de abril de 1908, López Velarde trata dos temas para alcanzar un objetivo concreto: el de definir su imagen como coautor de un programa político y cultural que dotará a la provincia de independencia intelectual y, por consiguiente, a la mexicanidad entera de una república de las letras consolidada. En primer término, relata su impresión acerca del fallo desfavorable hacia Correa del jurado de los

juegos florales de Santa María la Ribera.³⁶ El joven intenta reconfortarlo y le dice que se regocijó de que Correa no hubiera ganado, puesto que “hay victorias infames” (López Velarde, 1991, p. 68) y, dado el criterio estulto de “los modernistas metropolitanos” (López Velarde, 1991, p. 67), ésta habría sido una.

En segundo lugar, alude a una situación complicada para su interlocutor —sin especificar cuál—, concerniente al congreso de Periodistas de Provincia. Le aconseja que “sacrifique un poquillo de amor propio por otra parte muy racional —en bien de este esfuerzo de los escritores provincianos, que tiende a la gradual emancipación de la férula de Méjico. (De la ciudad, por supuesto.)” (López Velarde, 1991, p. 68).

Para el desarrollo de los temas, ensalza la provincia y enfatiza su superioridad frente a la mentalidad capitalina.³⁷ Con estos trazos, comienza a perfilar una identidad personal que se sostiene sobre su origen provinciano y prefigura el papel que habrían de tomar los estados de la República al hacerse del nicho cultural: “es necesario, como usted dice, que todos se lleven buena impresión, para ir preparando los tiempos [...] en que sea un hecho la república de las letras en nuestro país, por obra y gracia de la intelectualidad de los Estados” (López Velarde, 1991, p. 68). A través de las construcciones vocativas, López Velarde hace partícipe a su corresponsal de esta agenda. Lo “mueve” y “aconseja” mediante su tono imperioso, y a la vez ingenuo, juvenil, para que cobre conciencia del papel que desempeñan como “cabecillas” de la intelectualidad católica de provincia.

1. 2 La búsqueda de su propio camino

En una misiva trascendental para la relación entre los corresponsales (9 de julio de 1908, carta 17 del epistolario), López Velarde traza una línea tajante que lo empieza a separar del

³⁶ Sheridan da el dato de que estos juegos florales se llevaron a cabo el 2 de mayo de 1908 (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 60). Gracias a un comentario en la carta número trece del epistolario, se sabe que el jurado estuvo conformado por Federico Gamboa, Emilio Rabasa y José Juan Tablada. Asimismo, el editor del epistolario advierte que “El hecho de que Correa supiera los resultados desde antes [29 de abril de 1908] sólo puede deberse a sus contactos en la prensa metropolitana.” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 60). Es interesante cómo, en la misma misiva, López Velarde comenta que, probablemente, ambos recibieron la noticia al mismo tiempo (el día anterior) (López Velarde, 1991, p. 67). Cabe preguntarse qué amistad en común habría filtrado el dato.

³⁷ Por ejemplo, “Francamente, no creía yo que la estupidez de los modernistas metropolitanos llegara a tanto” (López Velarde, 1991, p. 67).

papel de marioneta cultural que le había querido otorgar Correa. Aparentemente, se percata de que la asunción de pugnas políticas y culturales ajenas, así como la defensa de una estética que no le era del todo propia, habría de alejarlo de sus objetivos literarios. Así, pretende irse deslindando un poco del proyecto cultural del cual tanto él, como el grupo de allegados a sus publicaciones periódicas, pretenden sea portavoz. A sus veinte años de edad, defiende su obra por encima de las apreciaciones de aquéllos; define un programa específico para la columna bibliográfica que le han encomendado, y define su postura contraria a la de la revista *Nosotros*, aludiendo a que necesita irse forjando un camino propio, lejos de las enemistades constantes y desfavorables, para su devenir literario:

Nada le remití para el semanario por andar preocupado con los últimos versos que les acabo de dar a conocer y cuyo principio ya me esperaba que no les gustaría. Yo, con todo y el respeto que tengo hacia el sentimiento artístico de ustedes, quiero que subsistan esos tres versos.

La generosidad de mis juicios literarios no se debe a pusilanimidad sino a sensatez, según creo. Me gusta que en *Nosotros* hagamos crítica severa, para desvirtuar el efecto de tanto elogio inconsiderado, pero cuando me toque mi turno, aflojará un poquillo su rigidez habitual la sección bibliográfica. Eso piden mi condición de desconocido en las letras patrias, mi corta edad y mis escasos saberes. (López Velarde, 1991, p. 81)

1.3 La polémica en torno a la obra

En la carta del 13 de junio de 1908 (15 del epistolario) surge el tema de la polémica que puede suscitar la crítica negativa en torno a la producción de un autor; polémica interna, en el sentido de que provoca reflexiones estéticas al autor afectado, y externa, en tanto pone al gremio literario a discutir.

A mediados de 1908, una publicación de Correa está siendo severamente criticada por figuras nacionales como Rafael Cabrera (1884-1943) y Archibaldo Eloy Pedroza (1888-¿?), y por la prensa internacional, como *El Cojo Ilustrado* (1892-1915).³⁸ López Velarde tacha de injustas estas opiniones negativas: “Suponiendo —aunque bien puede haber sucedido eso— que los paisanos suyos, los mejicanos, no hayan influido en el negocio, la opinión desfavorable de ese cojo, por ilustrado que sea, si es sincera —que mucho lo dudo— es de una injusticia notoria” (López Velarde, 1991, p. 79). No obstante,

³⁸ Fue una revista quincenal venezolana de publicaciones modernistas y decadentistas que dirigió Jesús María Herrera Irigoyen (aunque Sheridan escribe “José” María Herrera Irigoyen).

declara que es una condición necesaria a la que todo autor “que valga” se debe someter: “Además, Correa, fíjese en que está usted en el periodo de crisis de todos los literatos que valen: tienen que ser discutidos para ser después definitivamente consagrados” (López Velarde, 1991, p. 79).

Después, utiliza la figura de Amado Nervo, influencia elemental para el poeta según la correspondencia, como ejemplo paradigmático de las fechorías de la crítica hacia un autor célebre: “¿No hemos visto en nuestra patria al *chafeur* [sic] de J. J. Tablada intentando deprimir con malévolas críticas a Amado Nervo? Y como ésta, ha habido y hay incontables majaderías en el mundo literario” (López Velarde, 1991, p. 79).³⁹

Se puede hablar de un intento de congraciarse con Correa a través de este pequeño discurso motivacional. Al mismo tiempo, construye una especie de baluarte detrás del cual la crítica no benéfica hacia su propia obra carecerá de todo fundamento, sin importar en qué consista.

1.4 La construcción de López Velarde como personaje

En la carta 9 del epistolario, remitida el 28 de abril de 1908, López Velarde hace suya la pugna de Correa en contra de los “consabidos escritores” (López Velarde, 1991, p. 55) de *La Revista del Centro*: Manuel Gómez Portugal, Archibaldo Eloy Pedroza, Leobardo C. Morfín, Rafael Ceniceros y Villareal, Reynaldo Narro, y otros escritores liberales. Estos, ya desde 1907, publicaban la revista “joco-seria” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 55), *El Azote*, desde la cual “al parecer, solían meterse, amparados por innumerables pseudónimos, con Correa y los católicos en términos asaz violentos” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 55). Fue a raíz de que “la trinchera jacobina, en *La Revista del Centro*” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 65), festejó profusamente el ataque del que fue objeto Correa en abril de 1908, cuando López Velarde quiso involucrarse, aunque

³⁹ Se dice que la figura de Nervo es fundamental para López Velarde dado que en su epistolario se encuentran referencias al poeta de Tepic como: “Debe escribirse el final no con la energía de Díaz Mirón, sino con la delicadeza femenina de mi idolatrado Nervo” (López Velarde, 1991, p. 58) y “Quiero decirle que estoy loco de entusiasmo por mi amadísimo Nervo [...] mi cariño y mi respeto a Nervo aumentaron, no obstante que yo creía que no podían ser mayores” (López Velarde, 1991, pp. 94-95). Igualmente, Nervo es mencionado al menos catorce veces en la correspondencia.

someramente, en la causa.⁴⁰ Así, le dice a su corresponsal: “La lectura de las líneas que en nuestro semanario aparecieron [11 de abril de 1908] relativas a la conducta de la hoja impresa de la calle de Tacuba al ocuparse de la bajeza de que fue usted objeto, me hizo entrar en calor y me dictó las líneas que para el próximo número le acompaño” (López Velarde, 1991, p. 65).⁴¹

El texto que remitió con esta temática fue “La canalla y Sancho”.⁴² No obstante la indignación de su autor, el motivo de este editorial se encuentra tan diluido, que resulta casi imposible relacionarlo con la carta. Sin hacer cuestionamientos acerca del grado de simpatía de López Velarde hacia Correa, es curiosa su actuación, pues le ofrece una suerte de disculpa por no hacer más:

Aprovecho esta ocasión, Correa, para decirle que el atentado que sufrió usted me indignó hasta tal punto que, a no ser porque las personas de mi familia están radicadas en Aguascalientes, yo les hubiera dicho a las autoridades y a varios particulares, lo que valen como intelectuales y como hombres. Bien conozco, amigo, que sale sobrando esta manifestación de aprecio a usted que de seguro ha conocido mi adhesión a usted y con ella la lealtad en mis sentimientos. Para terminar, le diré tan sólo que soy de tierra de leales. Mis amigos pueden contar en absoluto con mi insignificancia. (López Velarde, 1991, p. 67)

De esta forma, se deslinda educadamente de responsabilidades, no sin antes aludir a que su conducta no es resultado de su falta de lealtad o de afecto, sino a su falta de injerencia y a lo limitado de su campo de acción; a su “insignificancia”.

1.5 La mediación de su mentor

En la carta del 25 de mayo de 1908 (13 del epistolario), López Velarde se expresa acerca de un material que remitió para su publicación, probablemente a *El Observador*.⁴³ Por lo que comenta, este escrito censuraba y exhortaba a la destitución de un profesor de literatura que

⁴⁰ Saliendo de la dirección del periódico *el Observador*, Correa fue interceptado por dos hombres que lo cegaron con tierra y vertieron una cubeta de inmundicias sobre su cabeza. El atentado fue ordenado por el diputado estatal Enrique Osornio.

⁴¹ La redacción de *La Revista del Centro* se ubicó en la Calle de Tacuba de la capital de Aguascalientes.

⁴² Se publicó en *El Observador* dos días después de haber sido enviada la carta.

⁴³ López Velarde publicaba crónicas, poemas y artículos políticos en este periódico desde 1907.

era catedrático del Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí: Antonio Zamarripa.⁴⁴ En su carta del día anterior,⁴⁵ Eduardo J. Correa, al parecer, había declarado no haber hecho públicas aquellas “líneas” por la sobreabundancia de material con la que contaba en ese momento (López Velarde, 1991, p. 73). Así pues, López Velarde le pide encarecidamente que se mantenga en su posición de no hacer uso de este texto, pues su divulgación le podría generar terribles consecuencias, “supuesto que varias personas saben que redacto en el periódico. Quizá hasta Severino resintiera las consecuencias” (López Velarde, 1991, pp. 73-74).⁴⁶ A partir de estas declaraciones se pueden concertar algunas hipótesis: la primera es que, probablemente, Correa, tan ávido de material y que además no acostumbraba dilatar la publicación del trabajo de su pupilo, había tomado la decisión de no hacerlo público por mero sentido común. Puede decirse que Correa hace una distinción muy clara en la que prioriza ciertas contiendas políticas: las suyas. Por otra parte, Ramón López Velarde contaba con una personalidad efervescente y airosa que, por lo menos hasta ese momento, aún no lograba mesurar. Esta actitud del joven escritor resulta y resultará útil para el editor (hasta que López Velarde se desprenda de él), que orquestrará algunos movimientos públicos desde su papel de filtro y maestro.

1.6 El distanciamiento geográfico: el preludio del fin.

A raíz del atentado sufrido por Eduardo J. Correa, éste hizo conciencia de la vulnerabilidad de su posición y de la de su familia en Aguascalientes. Poco después, se le presentó la oportunidad de dirigir el periódico tapatío *El Regional*, instalado en Guadalajara:

Al realizar el viaje [...] ⁴⁷ algunas ventajas [...] antes que nada, en dónde educar a mis hijos, ya que [...] estarían siempre cerradas las puertas para mí en el Instituto⁴⁸ [...] Conquistar una

⁴⁴ Al principio del epistolario (carta 1, enviada a mediados de octubre de 1907), Ramón López Velarde estudiaba la preparatoria en el Instituto de Ciencias de Aguascalientes. Desde finales de 1907 (la segunda carta ya es de enero de 1908), se matriculó en la Escuela de Leyes del Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí. No era la primera vez que López Velarde tenía problemas con la asignatura de literatura. Ya en el Instituto de Ciencias de Aguascalientes había reprobado literatura (Martínez, 2004, p. 75)

⁴⁵ Esta no se encontraba en los copiadore de Villalobos Franco y por lo tanto no aparece en el epistolario, pero se sabe que existió y que comunicó esta información gracias a lo que dice López Velarde en su respuesta.

⁴⁶ Se refiere a Severino Martínez Gómez, cuñado de Correa.

⁴⁷ Estas indicaciones en esta cita en particular denotan huecos en los originales.

posición independiente, lejos del Gobierno; tener el [...] de mi profesión libre de suerte de poder hacerme de unos negocios buenos a la sombra del Prelado, si logro ganarme su voluntad y destacar mejor mi personalidad en un periódico que por los elementos que cuenta es de importancia. En vista de todo esto, ¿no cree usted no debo de desaprovechar la oportunidad que se me presenta, retirándome de este medio tan infeliz en que vivo? (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 101)⁴⁹

Esta publicación corría bajo el auspicio y dirección del arzobispado de Guadalajara.⁵⁰ Habiendo aceptado la propuesta, se trasladó a Jalisco a finales de marzo de 1909.⁵¹ El 8 de mayo se hizo público que el diario había sido vendido a Correa.⁵² Éste tomó las riendas de la empresa a partir del 13 del mismo mes. En el primer ejemplar a su cargo, “Correa lanza por delante, en primera plana, sus dos cartas más seguras: Amando Alba y López Velarde, con respectivamente, un poema a cada uno: ‘La virgen de mi madre’ y ‘Domingos de provincia’. A partir de ese momento, las colaboraciones de López Velarde serán muy frecuentes” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 99).

No obstante la lealtad y adhesión de López Velarde a las causas de su amigo, además de su voluntad de seguir publicando, sobre todo bajo el cuidado de éste, desde que figuró la noticia de la mudanza de Correa, así como de la prospección de su nuevo cargo editorial, el joven se manifestó reacio hacia este tipo de instituciones periodísticas: “Con esta oportunidad le diré que francamente, no me gustaría verlo en *El Regional* de

⁴⁸ “El Instituto de Ciencias de Aguascalientes estaba en poder de los liberales, pues lo dirigía el doctor Gómez Portugal, colaborador también de la *Revista del Centro* y uno de los más encarnizados enemigos de Correa, por lo que sus hijos no hubieran sido bienvenidos” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 101).

⁴⁹ Los corchetes aparecen desde la transcripción de Sheridan e indican espacios ilegibles en el original.

⁵⁰ Sheridan indica que “*El Regional* era un diario fundado en 1904 (supuestamente) por el doctor Daniel E. Acosta quien fungía también como director. Algunos datos en el archivo de Correa [*Copiador I*, p. 39], sin embargo, aclaran que la verdadera propiedad del diario recaía en el licenciado José de Jesús Ortiz, Arzobispo de Guadalajara” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 99). También, agrega que “*El Regional* tiraba mil ejemplares y recibía una subvención secreta de la Iglesia, por medio del citado prelado, de quinientos pesos oro al mes” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 99).

⁵¹ El editor de la *Correspondencia* destaca también la mano intercesora del hermano de Correa, el cura Antonio Correa, para su adscripción al cargo: “El Arzobispado había delegado la responsabilidad del periódico en el licenciado Miguel Palomar y Vizcarra, coadjutor del arzobispado, y en el señor Cura Antonio Correa [...] que hacía las veces de ‘censor’ ” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 99).

⁵² Sheridan apunta que, en el número del 3 de mayo de 1909, Correa apareció por primera vez como su editor y director. Sin embargo, al día siguiente, el doctor Acosta volvió a figurar como responsable (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 99).

propagandista católico. Entiendo que sus circunstancias lo llaman a fines menos religiosos. ¿No es cierto que me entiende? ¿O cambiaría usted el carácter del periódico tapatío?” (López Velarde, 1991, p. 99). En esta carta del 19 de febrero de 1909, López Velarde hace referencia a las circunstancias de su corresponsal;⁵³ pero siendo este su padrino político y literario, habla también de sus propias circunstancias.⁵⁴

A partir de este momento, se comienza a vislumbrar que López Velarde espera más de su carrera de lo que le ofrecía la esfera puramente católica.

Por su parte, Eduardo J. Correa intenta explicarle sus causas y matizar su posición:

No sé todavía si por fin emigraré o no, pues depende del viaje que haga a Guadalajara esta semana, el próximo martes. He recibido carta del Prelado llamándome para terminar el asunto que tenemos pendiente, y por otras que también me han venido sé que está dispuesto a que yo me encargue del periódico en las condiciones que yo quiera. De aquí que yo suponga factible la emigración, aunque ha de ser bajo bases muy sólidas y convenientes para mí, ya que si no bien, tampoco puede decirse que esté muy mal en el terruño. (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 100)

Le aclara que su intención no es hacer de propagandista católico pero que, no obstante, en ese momento se encuentran menguadas sus posibilidades de injerencia pública en otras esferas:

Comprendo a dónde va usted cuando le parece que no debería aceptar la dirección de *El Regional* y le agradezco la intención. Pero debo decirle con verdad que mi carácter no me dejará ir nunca a ninguna parte y, por lo mismo, nada pierdo con aceptar la jefatura de un periódico netamente religioso. Ya sabe usted que no tengo la habilidad necesaria para subir y medrar ni préstome para servir a intereses ajenos con mengua de las convicciones propias. Además si [...] ⁵⁵ el diario, convirtiéndolo en una publicación [...] de información, y esto será lo que el público vea de mí [...] cuidado en la parte literaria, ya que la parte doctrinal al [...] de [...] quien entienda el asunto. (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 101)

En su respuesta a López Velarde, Correa le arremete una serie de desaires: no sólo discrepa acerca de su decisión de servir directamente al Prelado, sino que le sugiere que, probablemente, habría de abandonar el proyecto de la publicación *Nosotros*, ya que no podría llevársela consigo a Guadalajara por motivos económicos vinculados a la impresión. Acto seguido, ataca el estilo moderno de su discípulo: “Debo decirle que ya se va pasando

⁵³ Correa estaba por mudarse a Guadalajara.

⁵⁴ A López Velarde le preocupaba que la distancia obstaculizara o impidiera la realización de *Nosotros*.

⁵⁵ Ésta y las siguientes marcas a esta cita denotan huecos en el original.

de los límites del modernismo sano y discreto, pues ya también está faltando a la medida y a la acentuación antigua, siguiendo las libertades que han tomado Darío y Lugones. En ‘Para tus pies’ me hallé varios versos que para muchos no lo serán” (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 101).

López Velarde concluye el episodio deseándole buena suerte y manifestándole su temor al cambio en la relación que hasta entonces habían mantenido, tan valiosa para él:

Deseo que su cambio de residencia le traiga mejoras en todos los sentidos y deploro que se aleje, pues esto hará que no nos veamos en muchos años, y tan de veras lo temo que le ruego que el viaje que me dice hará a Méjico luego que se alivie su digna esposa, lo verifique pasando por esta ciudad. (López Velarde, 1991, pp. 103-104)

A partir de esta intuición que denota la conciencia de que el distanciamiento geográfico, en esta ocasión, implicaría una disyunción de sus intereses y de sus convicciones, López Velarde traza lo que vendrían a ser las líneas generales de su ruptura posterior: el catolicismo ultramontano, el alejamiento de Correa de la política nacional y las diferencias estéticas en cuanto al modernismo.⁵⁶ No está de más agregar que será el mismo Correa quien confirmará las sospechas de su discípulo tiempo después, diciendo que no pudo hacer lo que hubiera querido con *El Regional*: “por razones que a usted no se le ocultarán, no podré hacer lo que yo quisiera de ella [la edición semanal ilustrada del diario]. No es lo que yo deseaba...” (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 131). Después de esta declaración, sucederá un silencio de medio año.⁵⁷

1.7 La congruencia política

⁵⁶ Por su parte, al parecer sin conciencia de la gravedad del asunto, Correa intentó limar las asperezas e incluir a su discípulo en sus planes: “Entiendo que en nada influirá la mayor distancia a que vamos a quedar para nuestra buena amistad y que seguiremos, como hasta aquí, cambiando ideas y sentimientos con la mayor frecuencia posible. En lo que usted debiera pensar es en continuar sus estudios en Guadalajara, ya que ganaría usted notablemente en medio y en Facultad. Creo que en lo que del año escolar falta podré yo relacionarme algo en la metrópoli jalisciense y usted podría, en su oportunidad, disponer de mis relaciones y escaso valimiento” (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 105). Por supuesto, López Velarde rechazó su oferta (*Cfr.* Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 109).

⁵⁷ Sheridan atribuye este silencio a la ferviente vocación maderista de López Velarde y la ajetreada labor periodística de Correa, “además de que, políticamente, está a la zaga de López Velarde. De cualquier manera, se entiende que hay un distanciamiento que se debió a la impuntualidad del periodista para contestar las cartas del poeta durante los seis primeros meses de 1910, que se han perdido” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 132).

Al tratarse de un autor tan política y religiosamente comprometido como López Velarde, se hace muy difícil dar cuenta de si, de alguna forma, él estaba pensando en su correspondencia privada como parte de la totalidad de su obra o en la susceptibilidad de que ésta saliera a la luz. Sin embargo, en el momento en que la situación política se va recrudeciendo, da muestras textuales de no querer que sus declaraciones privadas acerca de la Revolución se vuelvan públicas. Aun así, podemos encontrar cartas que constituyen en sí mismas manifiestos políticos y que no difieren del todo de aquellas entradas que publicó en la prensa periódica. Por ejemplo, cuando manifiesta de manera enérgica el lugar que le corresponde a la Iglesia en la política (carta del 8 de abril de 1911):

Amante, como sinceramente lo soy, de la efectividad de las prerrogativas individuales, nunca sostendré que los sacerdotes no deben hablar de política; pero juzgo que al hacerlo en las circunstancias excepcionales en que al presente nos encontramos, los señores obispos están en el caso de manifestar un criterio amplio e independiente o, cuando menos, de concretarse a hacer propaganda pacífica sin inclinarse en favor de ninguno de los beligerantes. Tal conducta es, en mi concepto, la que corresponde a la dignidad de los jefes de la Iglesia. Pero por desgracia, los obispos que hasta ahora han hecho declaraciones, en vez de mantenerse en un campo neutral, ya que el movimiento encabezado por el señor Madero en nada afecta al catolicismo de un modo desfavorable, se han supeditado al gobierno, con la más lamentable de las parcialidades. No quiero hablar del señor Valdespino, de quien jamás tuve buena opinión en lo relativo a facultades intelectuales. Este señor condena categóricamente la revolución porque ‘nadie puede aprobar el robo ni el asesinato’. Yo pregunto ¿No es triste que un obispo muestre un criterio político tan rudimentario y unas tan confusas nociones sobre la ley del progreso? Decididamente, el obispo de Sonora no nació para sociólogo.

Pero vengamos a un prelado a quien yo, de buena fe, tenía por hombre competente y de ideas modernas, a la León XIII.

Ya comprenderá usted que me refiero al señor Ruiz. Éste [...], después de rechazar en principio la revolución, con lo que adquiere el merecido título de retrógrado, toca, en concreto, la cuestión mejicana con una torpeza que ni en un párroco de cortijo sería disculpable [...]. Una de las consideraciones que más preocupan al señor R. Y F. es ésta: “Se están matando hermanos con hermanos; luego la revuelta es un crimen.” Dígame con toda sinceridad, amigo Correa. ¿es esto lo que los católicos mejicanos deben esperar del cerebro de un obispo? (López Velarde, 1991, p. 140).

Hago una breve comparación con el siguiente segmento de una de sus prosas políticas, publicada en *El Observador*, el 28 de marzo 1908:

La estulticia de las clases militares se ha patentizado una vez más. Stoessel, caudillo admirado por los obispos japoneses, ha sufrido la conmutación de la pena capital por la reclusión por diez años en un castillo [...]. Para legitimar la sentencia de los jueces

imbéciles hálbase de rendición anticipada, como si en las guerras no fuera humano prescindir del sacrificio inútil de millares de vidas [...]. No sé qué se dice también de lucros obtenidos con el comercio de vituallas, durante el sitio, por Stoessel y su esposa. [...] Se recuerda aquí, naturalmente, el caso de Pericles que no obstante no haber dado cuenta de los tesoros públicos, dio su nombre a su siglo y fue considerado por los griegos como ciudadano benemérito. [...] Mas la aberración de que ha sido víctima el general ruso, no es la única ingratitud de los gobiernos europeos contemporáneos [...]. Si los administradores de la santa Rusia tuvieran humanidad o siquiera pudor, otra suerte hubiera corrido Stoessel. Dignificado por la simpatía unánime del globo, ungido con el recuerdo de la lucha tremenda, libre en su país, apoyando en su vejez a la esposa espartana que le siguió en el tiempo de combate, Stoessel pasearía su popularidad por ciudades y campos, dando las canas gloriosas a los fríos vientos del norte... (López Velarde, 1991, pp. 211-212)

En los dos fragmentos anteriores, no sólo se dedica a criticar la manera en que operan las instituciones, sino que redignifica la lucha armada y a sus actores; reivindica ciertos actos ilícitos tales como la revuelta y el enriquecimiento ilegítimo; recurre a figuras históricas como Pericles, o como León XIII, para ennoblecer las actitudes del sector revolucionario y del general ruso y, a pesar de ello, hace énfasis en el horror de la guerra que para nada es un asunto gratuito: “Los soldados podrán referir las hecatombes de la guerra de Oriente; las banderas maltrechas estarán bien, en su mudo lenguaje, contando cómo les vino el prestigio de los agujeros que ostentan; viudas y huérfanos se honrarán con la desgracia que enlutó sus vidas...” (López Velarde, 1991, p. 212).

La forma congruente en la que López Velarde declara sus opiniones en los ámbitos privado y público nos muestra cómo opera su personalidad: para este aún muy joven periodista y poeta (pues contaba con apenas 19 años cuando publicó su artículo sobre Stoessel en *El Observador* y veintiuno cuando envió la misiva a Correa) consideraba sus imperativos políticos como emanados de su moral personal y quería que así lo concibieran sus amigos cercanos; más aún, su mentor.

2. “El ojo estético”: reflexiones en torno a la personalidad creativa de López Velarde.⁵⁸

A partir de los comentarios y de la retroalimentación comunicada a través de la correspondencia, López Velarde deja entrever un primer esbozo de sus convicciones

⁵⁸ El título de esta sección está tomado de un comentario a Correa en el que López Velarde le dice: “El ojo estético de cada uno es caprichoso.” (López Velarde, 1991, p. 57)

estéticas. A pesar de lo incipiente de sus intuiciones, y de que éstas habrán de verse modificadas con relación a su devenir, se “redobla su importancia a la luz de la forma en la que [...] el poeta tendrá que recapacitar y modificar muchos de estos principios que, por lo pronto, dentro de la tónica antidecadente de los católicos provincianos, rechazaba desde una fe todavía compacta” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 218). Estos comentarios estéticos iniciales se desarrollarán a lo largo de la siguiente sección del capítulo.

2.1 La crítica como ejercicio estético: el cuestionamiento de la herencia

En la carta número 4, López Velarde realiza un minucioso análisis del poema “Sor Melancolía” de Correa, el cual le fue enviado adjunto en la correspondencia. Sheridan enfatizó que esta fue la primera ocasión en que “López Velarde dedica su joven talento a comentar detenidamente un poema de Correa y sorprende el cuidado y la sagacidad con que lo hace” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 53). Le ofrece doce observaciones para “indicarle las máculas” (López Velarde, 1991, p. 54) de su trabajo, con el objetivo de demostrar interés y capacidad poética: “Sólo siendo poeta y erudito literario se producen tan bellas cosas”, le dice el joven a Correa. López Velarde, como se ve a lo largo del epistolario, es plenamente consciente de su capacidad creadora y busca hacerla evidente a su corresponsal. Al mismo tiempo, tiene dos preocupaciones: quedar como un adulator ante Correa, y que éste lo tache de soberbio. La inquietud más apremiante es la primera. Le dice que las anotaciones a su poema son reflejo de que se toma en serio su obra: “para que vea usted palpablemente lo sincero de mi felicitación” (López Velarde, 1991, p. 54). Él mismo califica su actitud como una audacia, que trata de compensar anteponiendo el argumento de la sinceridad, elogiándolo primero, para que después, gracias a él, la obra pueda alcanzar la plenitud: “Si quiere usted reírse de mi audacia en señalarle defectos, ríase, que mi sinceridad me escuda” (López Velarde, 1991, p. 55). Continuamente podemos observar la misma estrategia por parte del joven: lanza una estocada y después se escuda en la retórica, aludiendo a su buena fe y compromiso moral. Atreverse a corregir la producción de su amigo representa una forma de compromiso para con él mismo y con el otro. Al final de la misiva, parecería que el remitente buscara diluir un poco su atrevimiento diciendo que aquellas indicaciones fueron “hechas a la ligera” (López Velarde, 1991, p. 55), aunque

también esto podría referirse al hecho de que él hubiera querido hacer este ejercicio con mucho más detalle. Con todo, en la carta 5 insistirá en que estas cortesías sean aceptadas. De hecho, la crítica continuará durante las siguientes dos cartas de López Velarde (López Velarde, 1991, p. 57).⁵⁹

A propósito de situaciones análogas a la anteriormente descrita, Vicente Quirarte dice que “toda crítica es una forma de autobiografía” y que “es más claro el fenómeno cuando un escritor desentraña en otro los procesos de vida y creación” (Quirarte, 1993, p. 14). A partir del desentrañamiento de los mecanismos que operan detrás de la obra de Correa, López Velarde se autoexamina y se autofigura. Este doble ejercicio se irá llevando a cabo a lo largo de la conversación en el plano de la estética y en el de la política. Se observa progresivamente que lo que calificó Arreola como una “crítica benévola” (Arreola, 1997, 23) irá desembocando en un cuestionamiento severo hacia su interlocutor. Quirarte describe este tipo de desarrollo: “en esta galería de espejos donde un autor se identifica o se cuestiona, las leyes cambian conforme el espíritu crítico evoluciona. [...] Paulatinamente, el espejo deja de subordinarnos a la imagen unívoca y estática: el espíritu crítico quiere, como la Alicia de Lewis Carrol, ir del otro lado del azogue. Identificación generacional o cuestionamiento de la herencia” (Quirarte, 1993, p. 14). Así sucede estéticamente con López Velarde, quien primero se identifica con Correa y su representación de la provincia, y termina por controvertir con estas formas. Los consejos que brinda a Correa para enmendar sus sonetos sirven para describir la orientación *poiética* de López Velarde y nos ayudan a trazar un pequeño mapa de sus convicciones:

En primer lugar, defiende la autenticidad de las ideas expresadas líricamente: “I. Soneto. Verso cuarto: idea falsa” (López Velarde, 1991, p. 54).

Después, se manifiesta en pro de la economía en el lenguaje poético: “Entiendo que no es del mejor acierto decir de una carne que es fresca y juvenil, porque en el primer adjetivo está comprendido el segundo” (López Velarde, 1991, p. 54). Por más que, en este caso específico, la juventud y la frescura sean conceptos que se pueden desbordar semánticamente hasta no contenerse el uno en el otro, y que cada uno de los adjetivos

⁵⁹ “Usted comprenderá, Correa, que las indicaciones que respecto de su trabajo hice, fueron sugeridas por la primera lectura de sus sonetos, toda vez que obra del mérito de la que hablo requiere varios días para un examen completo. Con todo, será una honra para mí que atienda usted mis anotaciones” (López Velarde, 1991, p. 55).

aporte información independiente, lo que pretende López Velarde es que no se redunde en la obra. Más adelante, enmendará su comentario acerca de las “extensiones ideológicas” (López Velarde, 1991, p. 57) de estos dos conceptos.⁶⁰

Por otra parte, el crítico se inclina por preservar el valor de la relación entre los tropos y el contenido global del verso, estrofa o poema. Se inclina hacia que las figuras se usen con naturalidad y sin comprometer el juego. Así, para López Velarde, el verbo “volcar”, utilizado por Correa en el segundo cuarteto del tercer soneto del poema, dotaba al producto final de “una exposición forzada” (López Velarde, 1991, p. 54):

Sorprendí en tu gentil adolescencia,
que ya no le era la ilusión propicia,
y volqué, ante el rigor de la injusticia,
el ánfora de amor de la clemencia.
(Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 242)

A pesar de que, al parecer, la mayoría de los consejos fueron acatados por Correa, en este caso, y en el del punto anterior, el poema permaneció igual.⁶¹

López Velarde hace tres anotaciones puntuales sobre el léxico de los sonetos de su interlocutor, mediante las cuales se prefiguran las premisas elementales para la configuración del armazón léxico del poeta. Cabe destacar que la totalidad de estas correcciones fueron dirigidas a las categorías adjetiva y adverbial, modificadores que desempeñan un papel dúctil dentro del poema y dotan de equilibrio al verso. En la primera de estas correcciones, critica la falta de meditación con la que Correa produjo la frase adverbial “ir de prisa” (López Velarde, 1991, p. 54). Reprende a su destinatario preguntándole “¿quién va de prisa, la monja o el autor?” (López Velarde, 1991, p. 54). Más adelante desaprueba la selección de dos adjetivos terminados en “ada” y empleados como pie de versos consecutivos. Lo interesante de esta anotación es que lo tacha de pobreza léxica y no de mera cacofonía (López Velarde, 1991, p. 54). Por último, propone la sustitución de un adjetivo (*callada* por *desierta*) y de un adverbio (*nomás*). La primera

⁶⁰ “Retiro mi observación a la extensión ideológica de ‘fresca’ y ‘juvenil’. Tiene razón, Correa” (López Velarde, 1991, p. 57).

⁶¹ “Como verá quien coteje el poema, [...] muchos de los consejos de López Velarde fueron acatados por el periodista” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 53)

sustitución para eliminar la cacofonía descrita y, la segunda, para enriquecer al verso aportando información más puntual.

Únicamente en tres ocasiones hace referencia directa a la sonoridad del verso. En las primeras dos, critica asonancias; en la tercera, que cojea un verso por la falta de una sílaba, debido a la difícil pronunciación pragmática de la palabra “ahonde” en tres movimientos articulados.

El momento culminante de la crítica del zacatecano se produce cuando valora el décimo soneto de Correa como el mejor del poema “no por el mérito de la forma, sino por la fluidez y la espontaneidad del numen” (López Velarde, 1991, p. 54). Es por medio de este comentario como las críticas cobran un sentido unitario y se exponen las bases de la poética juvenil lópezvelardeana: la construcción formal es secundaria, mientras este se esponga con fluidez; los tropos y los modificadores se deben articular con naturalidad y congruencia. A pesar del influjo modernista, López Velarde conserva una preocupación que responde a la necesidad básica de la comprensión por encima de la exuberancia.

2.2 La literatura *sana*: “todo se puede aprovechar”

“Todo se puede aprovechar” (López Velarde, 1991, p. 77), manifestó el joven Ramón en su carta del 3 de junio de 1908. López Velarde esperaba que la revista *Nosotros*, aún en proceso de gestación, se mantuviera alejada de los “exclusivismos de propagada”. Por lo tanto, debía dar cabida a las producciones de “modernistas sanos y las de los clasicistas, sanos también. Con tal que los primeros no sean enajenados y los segundos se escapen de insustanciales arcaísmos —de idea o de forma” (López Velarde, 1991, p. 77). Mantuvo, así, una posición abierta frente a estas dos escuelas literarias, a pesar de su aparente contradicción de fundamento, y se manifestó contrario al decadentismo. A pesar de su receptividad y relativa imparcialidad, a lo largo del epistolario mantendrá una disposición especialmente favorable hacia las formas “a la moderna” y no publicará producciones clasicistas. Un año siete meses después de esta declaración a Correa, escribiría un texto en el que defenderá al modernismo por encima del clasicismo debido a los ataques que

Gustavo Sánchez Galárraga había espetado en contra de este movimiento:⁶² “la literatura moderna recibe, de tiempo en tiempo, coces de los que se creen representantes de las letras clásicas. Como si la admirable escuela antigua pudiera ser representada por los idiotas cantómanos que abundan entre nosotros. Como si el clasicismo fuera un pesebre en que rumiaran las letras del canto cursi. [...] El vocabulario de la recua pseudoclásica es digno, por su suavidad, de una celda en Escobedo” (López Velarde, 1991, p. 234). Sin embargo, la declaración expuesta dentro de la misiva nos deja ver su verdadera postura: estos “clasicistas insanos” no son buenos representantes de la literatura que dicen elaborar.

Esta diferenciación terminante entre la literatura sana y la literatura insana habrá de modificarse cuando nuestro poeta, “con Baudelaire, adquiera la rima y el olfato, así como la convicción de que la ‘sacra poesía’ era posible en la certeza de la muerte y en el abrazo helado de la infecundidad” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 218). Sano dejará de ser el adjetivo adecuado para describir los recursos y motivos apreciados por López Velarde y la dicotomía tan purista que se planteó se difuminará. La literatura de este poeta habrá de encaminarse hacia la experimentación propia del principio de siglo y hará de él una especie de bisagra entre el modernismo y la literatura de vanguardia.

3. La biblioteca personal de Ramón López Velarde

Un epistolario entre hombres de letras tiene la posibilidad de aportar información documental muy variada que resulta de innegable utilidad para aproximar a los lectores a su autor. Como ya se ha venido mencionando, a lo largo de la correspondencia entre López Velarde y Eduardo J. Correa, los interlocutores intercambiaron diversos tipos de documentos con el fin de compartir opiniones y retroalimentarse. Este intercambio fluyó sobre todo del mayor de los corresponsales hacia el otro, fungiendo así Correa como una especie de mentor –consciente muchas veces y otras tantas inconsciente, dado que le remitía al poeta jerezano periódicos enteros sin destacar siempre qué producciones le interesaban. Sin embargo, el intercambio también fluyó de vuelta.⁶³ Así, los corresponsales

⁶² El texto es “Alrededor del modernismo literario”. Fue publicado en *El Regional* de Guadalajara, en su columna intitulada “Lo que se ve en la vida”, el 6 de noviembre de 1909.

⁶³ Esto se puede apreciar a partir de comentarios como el de la carta diez de López Velarde a su corresponsal: “Recibí la tarjeta de Ortega, lo mismo que los periódicos, en uno de los cuales,

se remitían recortes de periódico, libros, poemas escritos a mano, poemas de otros poetas intercambiados en otras correspondencias y otra suerte de documentos. Gracias al torrente de ideas y de inspiraciones que representaron estas sugerencias de lecturas, López Velarde puso en perspectiva y bosquejó su propia producción artística. Vale la pena destacar cómo, algunas veces, inmediatamente después de enumerar sus lecturas más recientes, hacía afirmaciones como la que sigue a continuación:

Tengo en perspectiva otras obras mías, cuya lectura me interesa. [...] Tengo en la cabeza un hervidero de asuntos poéticos. Versos casi completos me fluyen a toda hora. Deseo, pues, aprovechar estos días propicios, y le iré mandando mis productos intelectuales, que, antes que a nadie, van a usted, con gran contento mío, que me reconozco deudor suyo de lo que valga mi poesía, pues yo, como Amando Alba, me llamo discípulo de usted, ya que usted no protestará contra el magisterio. (López Velarde, 1991, p. 97)

En estas palabras, además del poder catalizador del acercamiento al trabajo de otros autores, se hace patente el papel formativo de Correa. De esta manera, la exposición y el ordenamiento de los materiales que ayudaron a fundar la sensibilidad y a estructurar la personalidad artística de López Velarde nos permitirán acercarnos al poeta en formación y especular acerca de su devenir. Dentro de este texto autobiográfico, la cita directa, la indirecta e incluso la mención de una obra cumplen funciones específicas: actualizarse públicamente como artista frente Correa y manifestar sus inquietudes y valoraciones estéticas. En cada caso, la relación de la cita con la construcción retórica de la personalidad se desarrollará de manera distinta, pero siempre vinculando de manera dialéctica el texto con la vida personal del que lo escribe (Cfr. Neumann, 1973, p. 58). Un ejemplo de cómo las citas juegan un papel en el discurso de la personalidad de este autor se muestra en el siguiente comentario de López Velarde: “siempre que leo las majaderías que en Aguascalientes le dedican, me acuerdo de aquel verso admirable de Díaz Mirón:

*...vil gusano
que a un astro empina la bestial cabeza”*
(López Velarde, 1991, p. 84)

meridiano, me encontré con unos versos [...] desconocido[s] para mí. Estos versos [...] me encantaron. Se los vuelvo porque creo que son muy hermosos y que alguna vez podrían ser reproducidos en *El Observador*” (López Velarde, 1991, pp. 68-69).

Aquí también es sintomática la selección fragmentaria de los versos de Díaz Mirón por parte de López Velarde, pues en realidad el cuarteto completo de donde se desprenden denota una actitud sumisa del yo poético. Sin embargo, López Velarde, en la flor de su edad y tan enérgico en su actitud, es incapaz de mostrarse sometido por otro; por ello distorsiona el sentido que los versos tenían en su contexto para hacer que los *viles gusanos* sean, en cambio, sus antagonistas:

*Hay en tus rasgos acritud y alteza,
orgullo encrudecido en un arcano;
y resulto en mi prez un vil gusano
que a un astro empina la bestial cabeza.*
(Díaz Mirón *apud* Sheridan, 1991, p. 84)

3.1 Inventario de letras: listado de lecturas confesadas, sugeridas, mencionadas y facilitadas a Ramón López Velarde en su correspondencia con Eduardo J. Correa

Entiendo como biblioteca personal de un autor el conjunto de las lecturas que configuran e influyen en su “persona literaria”. Para delinear una parte de la biblioteca personal de López Velarde, en este trabajo me detendré sólo en aquellas obras que son documentalmente rastreables en el epistolario. A continuación, expongo un listado de los autores y textos que, en su correspondencia con Correa, el poeta manifestó haber leído, o bien aquellos que se pueden inferir. De igual forma, se incluyeron las recomendaciones de Correa, puesto que fueron expuestas con opiniones que pudieron haber influido en el juicio de López Velarde, aunque no las haya leído. El orden de las entradas es cronológico, utilizando la numeración que dio Sheridan para las cartas del epistolario. En cada registro se data la misiva, se da el nombre del emisor y el lugar de emisión, y se dispone en subapartados la información sobre las obras y autores mencionados o aludidos.

- CARTA 1 (14 de octubre de 1907), de López Velarde a Correa, enviada desde Jerez.

- **Amando Jesús de Alba y Franco (1881-1942).**⁶⁴ López Velarde dice haber visto las producciones de este “alto poeta” (López Velarde, 1991, p. 49) en el folletín de *El Observador*, “Lira aguascalentense”. Este autor empezó a publicar sus poemas en 1902 en revistas y periódicos de su Aguascalientes, según Martha Lilia Sandoval Cornejo, gracias al mismísimo Eduardo J. Correa, que en ese entonces dirigía *El Observador* y *La Provincia* (Sandoval Cornejo, 2005, p. 217). Fue sobrino de Fray José Guadalupe de Jesús Alba y Franco (1841-1910), párroco de Jerez (1885-1896) que firmó el acta de nacimiento de López Velarde. En 1905, el padre Jesús Reveles (“El capellán”) puso en contacto a López Velarde con la poesía de Amando de Alba, González León y J. Correa. La poesía de De Alba, en su mayor parte inédita, fue resguardada por el Cardenal Garibi Rivera hasta el momento de su muerte (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 50).
- **Fray Luis de León (1527-1591)** Mediante el siguiente comentario, López Velarde alude a la copla real, según es tradición, el fraile dejó asentados, a manera de *graffito*, en la celda donde estuvo encarcelado: “Yo ando contento paseando la indolencia de mis sueños en esta grata región; vivo aquí felizmente: ni envidioso ni envidiado” (López Velarde, 1991, p. 50). Los versos de Fray Luis de León son:

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira

⁶⁴ El paralelismo entre las vidas de De Alba y López Velarde resulta curioso: ambos asistieron al Seminario de Nuestra Señora de Guadalupe en Aguascalientes y pertenecieron a la *Academia Latina Leonis XIII*, sociedad de literatura que operó en el Seminario desde 1901 y que: “formulaba como meta principal para sus miembros ‘el estudio perfecto de la lengua latina, con el fin de adquirir una locución pura, propia, fácil, rica y elegante’. Para conseguir este objetivo, la asociación proponía a los alumnos los tradicionales análisis gramaticales y literarios de escogida prosa latina Cicerón, Virgilio, Ovidio –y los convocaba a certámenes periódicos. Los jóvenes educandos debían concurrir a éstos presentando un trabajo en prosa y otro en verso. Ahí, amando recibió en 1903 una condecoración por sus trabajos y coincidió con otro brillante alumno y, en ese momento, incipiente poeta: Ramón López Velarde. Esto habla de una forma de trabajo literario que ponía a los jóvenes estudiantes en contacto con la poesía clásica y a partir de ese acercamiento los estimulaba a producir y compartir sus propias composiciones, con el propósito de continuar una tradición humanista de gusto por el lenguaje y, a la vez, abría a los futuros sacerdotes el camino hacia la locución estética”. (Sandoval, 2005, p. 217).

de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa,
en el campo deleitoso,
con sólo Dios se compasa,
y a solas su vida pasa,
ni envidiado, ni envidioso (de León, 1999, p. 25)⁶⁵

- CARTA 2 (27 de enero de 1908), de López Velarde a Correa, remitida desde San Luis Potosí:
 - **Antonio Vera Escobedo.** López Velarde comunica que leyó “el cuento de Vera Escobedo” sin hacer alusión exacta a cuál. Dice que le pareció “aceptable, no más” (López Velarde, 1991, p. 51). Vera fue un narrador, periodista y poeta de Aguascalientes que, según Sheridan, enviaba desde la capital del país una columna intitulada “Crónica metropolitana” (Sheridan, 1991, p. 51).
 - **Eduardo J. Correa (1874-1964).** Leyó *Oropeles* (1907), segundo libro de poemas de este autor.
 - **Severo Amador (1886-1931).** Se expresa con desprecio sobre él como poeta, sin particularizar en una producción. Éste publicó, al menos, tres volúmenes de versos (*Confesión*, 1905, *Brozas*, 1907 y *Carbunclos*, 1908) y uno de relatos: *Bocetos provincianos* (1908).⁶⁶
- CARTA 3 (29 de febrero de 1908), de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - **Eduardo J. Correa.** López Velarde se dedica a hacer correcciones al soneto “Sor Melancolía” de Correa, el cual habría de ser publicado tiempo después en su libro, *En la paz del otoño* (1909). Sheridan atribuye el nombre del poema a unos versos que el editor habría tomado de Nervo, y que fueron publicados por la *Revista Moderna* el primero de junio de 1903:

⁶⁵ Acerca de estos versos y de su tradición, Ricardo Senabre dice: “Las indicaciones de algunos manuscritos han transmitido la noticia —sin duda fabulosa— de que fray Luis de León escribió estas dos quintillas en la pared de la cárcel al abandonarla, el 11 de diciembre de 1576. aunque el hecho no sea cierto, la composición es auténtica, y fue repetidamente glosada, imitada y hasta parodiada en escritos de la época” (Senabre, 1988, p. 114)

⁶⁶ En su edición, Sheridan confunde los nombres y denomina a este título como *Retratos provincianos* (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 52).

Una monja que pasaba
por sabia y que se llamaba
la hermana Melancolía
(Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 53)

Llama la atención que, dada la detención y meticulosidad con que López Velarde comentó el poema de Correa, no haga ningún comentario acerca de la relación del título con Neruo. Se puede suponer que su meticulosidad no dio con la referencia a su ídolo. No obstante, responde a un comentario hecho en la carta inmediata anterior de su interlocutor sobre este mismo asunto: “Empecemos con el nombre: tiene usted razón; a mí tampoco me gusta.” (López Velarde, 1991, p. 54).

- CARTA 4, 2 de marzo de 1908, enviada desde San Luis Potosí:
 - **Severo Amador.** Tras el comentario desdeñoso sobre este escritor de la carta del 27 de enero, López Velarde se refiere, hasta este momento, en específico a *Brozas* y dice que, de ese libro, conoce “únicamente unos mediocres sonetos, en metro menor, dedicados a Barrero. Los leí en un periódico fronterizo.” (López Velarde, 1991, pp. 55-56).
- CARTA 5 (7 de marzo de 1908), de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - **Severo Amador.** En esta misiva, corroborará haber leído *Brozas* por completo y dirá que lo “confirmó en la idea de que su autor es un versero obstinado que, según es de constante, morirá en impenitencia final.” (López Velarde, 1991, pp. 58-59).
- CARTA 7 (1º de abril de 1908), de López Velarde a Correa, remitida desde San Luis Potosí:
 - **Salvador Rueda (1857-1933).**⁶⁷ En ésta declara haber leído la carta de Rueda a *Colombine* a través de la *Revista Azul*, la cual describe como “el

⁶⁷ Salvador Rueda Santos fue un autor cuantiosamente difundido por las publicaciones periódicas del centro y del occidente del país (Sheridan, 1991: p. 63). Es autor de las obras poéticas *Renglones cortos* (1883), *Noventa estrofas* (1884), *Cantando por ambos mundos* (1888), *Cantos de la vendimia* (1891), *En tropel* (1892), etcétera. También escribió teatro, novela y relato.

non plus de la cursilería” (López Velarde, 1991, p. 62). Dice de Rueda que, casi siempre, exagera el tono de lo que escribe. Valen la pena estos comentarios porque para algunos autores como el crítico y filólogo Federico de Onís (1885-1966), Salvador Rueda Santos fue el verdadero “creador del modernismo español, crédito del que se le ha desposeído injustamente para favorecer a Darío” (de Onís *apud* Sheridan *apud* López Velarde, 1991, pp. 62-63). Poco después, en la misma carta, agrega que, hace unos días, leyó unos versos del mismo autor:

Por sus rostros curtidos baja y rutila
el manantial formado por los sudores;
¡esos que el cuerpo humano forma y destila,
diamantes coronados de resplandores!
(Rueda *apud* López Velarde, 1991, p. 63)

Estos versos pertenecen al poema “La vendimia andaluza”, publicado en su libro *En la vendimia* de 1900 (Rueda, 1900, p. 5).

- CARTA 9 (28 de abril de 1908), de Ramón López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - **Luis Rosado Vega (1873-1958)**. Le pide a Correa que le dé a conocer algunas de sus obras a este poeta y periodista yucateco, debido a que lo tiene en un alto concepto como autor. Ni en el epistolario, ni en su texto homenaje, “Palabras en homenaje a Luis Rosado Vega” (López Velarde, 1991, pp. 216-218) habla de alguna obra específica del poeta. Sin embargo, hasta 1908, había publicado los libros *Sensaciones* (1902), *Alma y sangre* (1906) y *Libro de ensueño y de dolor* (1907).⁶⁸
- CARTA 10 (30 de abril de 1908), de López Velarde a Correa, enviada desde San Luis Potosí:
 - **Ricardo Mimenza Castillo (1888-1943)**. Declara haber recibido “los periódicos” (López Velarde, 1991, p. 68) y que, en uno de ellos, encontró unos versos de este poeta que le encantaron: “De pascua florida”. Hasta

⁶⁸ En la edición al texto, Sheridan comete un error al intitular al libro como *Libro del dolor y del ensueño*.

1908, este poeta, periodista, historiador y dramaturgo fue el autor de los libros de poesía *Violas de mayo* (1906) y *Los poemas de noviembre* (1907). Resulta muy complicado ubicar la publicación exacta desde la que López Velarde leyó estos versos por lo vago de su comentario y por el hecho de que, como dice Sheridan, “la prensa periódica de los estados publicaba muy regularmente sus poemas, apadrinados por Rosado Vega” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 68).

- CARTA 11 (16 de mayo de 1908), de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - **Félix Martínez Dolz (1873-1963)**. López Velarde comenta no poder opinar nada acerca de las composiciones premiadas en los Juegos florales de Santa María la Ribera y que, como Martínez Dolz le parece “un anarquista del mundo literario”, no se ha “procurado” sus “Horas” (López Velarde, 1991, p. 70). Esta observación destaca al denotar una actitud de juicio *a priori* sobre una producción poética por razones extraliterarias. Cabe preguntarse si habría de rechazar la obra de Dolz por pertenecer a una cofradía literaria en disputa con la suya, por sus tendencias gobiernistas o para congraciarse con el afectado Correa.⁶⁹
- CARTA 13 (25 de mayo de 1908), de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - **Félix Martínez Dolz**. Doce días después de la primera referencia a Martínez Dolz, comenta ya haber leído *Las Horas* “del Martínez Dolz” y que “En verdad, no creía que fueran tan malas. Sonetos de esos, me los hago por docenas en un día. ¡Y que esto se premie, Dios mío! Indudablemente, el jurado calificador estuvo integrado por nativos de Hotentocia. Tenía yo otra

⁶⁹ Félix Martínez Dolz (1873-1963) fue un poeta oaxaqueño que, además de ganar los Juegos florales de 1908 en la Ciudad de México, fue galardonado en los de San Luis Potosí (1904) y Morelia (1906). En el caso específico de los de Santa María la Ribera, ganó un premio “especial” otorgado por Justo Sierra, gracias a su conjunto de poemas, “Las horas”. Sheridan menciona que “Se sabe de un libro suyo, *Relieves*, de 1902, sobre el que la *Revista Moderna* (VI, 2, 2^a de enero de 1903) se limita a declarar: ‘Lo mejor de este libro es la dedicatoria: al Presidente de la República’ ” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 70).

opinión de Gamboa, que Rabasa y el Tablada ya me eran familiares” (López Velarde, 1991, p. 75).

En esta misma carta, el joven poeta da cuenta de que, entre los periódicos que le envió Correa, halló una serie de textos que fueron de su agrado:

- **Francisco Villaespesa (1877-1936).**⁷⁰ Habla de unos sonetos suyos (sin especificar). Este poeta almeriense jugó un papel importante en la adopción del Modernismo literario en su país natal. Hasta 1908, había publicado los siguientes florilegios: *Intimidades* (1893), *Flores de Almendro* (1898), *Luchas* (1899), *La copa del rey Thule* (1900), *La musa enferma* (1901), *El alto de los bohemios* (1902), *Rapsodias* (1905), *Canciones del camino* (1906), *Tristitia rerum* (1906), *Carmen. Cantares* (1907), y *El patio de los arrayanes* (1908), ya que *El mirador de Lindaraxa* (1908) fue publicado hasta noviembre de 1908, meses después de haberse enviado la carta de López Velarde. En sus comentarios al texto, Sheridan se refiere a Villaespesa como “el atormentado poeta, narrador y dramaturgo que estuvo en México entre 1917 y 1918 y conoció a López Velarde.” (Sheridan, 1991, p, 95). Agrega que:

El jerezano consideraba “su abundancia verbal como un defecto”, y declaró que “nadie podrá tacharme de parcial de Villaespesa”, pero lo defendió y respetó [...] en una opinión de 1917 (“Literatos y mujeres”). Creo que, en 1908, la admiración, como se ve en la correspondencia, era mayor. Villaespesa, discípulo más de Salvador Rueda que de Darío [Aunque críticos como Díaz Alonso opinan lo contrario],⁷¹ publicó, literalmente,

⁷⁰ En la nota correspondiente a Villaespesa en la carta del epistolario, Sheridan exhorta a consultar “la nota a la carta veintiséis” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 74). Sin embargo, la anotación que se refiere a Villaespesa es la tercera. Existen algunos descuidos en la edición que van desde lo ínfimo de la correspondencia numérica entre las notas y el contenido, hasta la confusión entre nombres de autores y de sus obras. Estos errores se pueden relacionar con la apresurada publicación del texto: “Por desgracia, el hallazgo había sucedido en el momento menos propicio en lo que a mis intereses atañía: estaba yo a punto de terminar mi pequeña biografía, hacía semanas que había redactado el periodo que abarcaba la correspondencia, y existía una enorme prisa por entregarla a la editorial.” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 10). De igual forma, cabe suponer una prisa por acercar la publicación del epistolario lo más posible a los homenajes del centenario de su natalicio. No está demás hacer este tipo de observaciones dado la naturaleza del texto como producto editorial.

⁷¹ José Francisco Díaz Alonso dice al respecto: “Si en un primer momento iniciaron este camino de renovación autores de Hispanoamérica como José Martí y Rubén Darío, luego lo intentaron en España, sin mucho éxito otros como Salvador Rueda o Manuel Reina y ya, de la mano del

miles de poemas entre 1893 y 1927, románticamente vocingleros y retóricos. Para establecer las indudables deudas de López Velarde con él hay que destacar *La musa enferma* (1901), *El libro de Job* (1908) [1909] y *Viaje sentimental* (1909), libros en los que narra la pasión y muerte de su mujer, Elisa [González Columbie] (otro claro avatar de Fuensanta), en una serie de doloridos poemas que tuvieron que impactar al joven mexicano, si bien sólo desde el punto de visto temático. En efecto, el tema de la agonía de la mujer, su muerte, las consecuencias culpígenas y, sobre todo, el *leitmotiv* del regreso al lugar natal (que incluye poemas en los que, como en “El retorno maléfico”, el poeta discurre por el pueblo muerto mientras las paredes y las cosas se preguntan quién es) colaboraron en buena medida a precisar en el ánimo de López Velarde su propio drama jerezano. Otra similitud podría documentarse comparando la obsesión, ya estudiada por Bachelard, con los recintos íntimos (roperos, arcones, baúles, etc.) que comparten López Velarde y Villaespesa (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 96)

- **Rafael Cabrera (1884-1943)**. Dice haber leído un cuento de este escritor, médico y fanático del ocultismo (Sheridan, 1991, p. 74). Cabrera publicó únicamente un poemario, *Presagios* (1912). Al igual que López Velarde en su juventud, este poeta poblano combatió al decadentismo capitalino.
- **José Eufemio Lora y Lora (1885-1907)**.⁷² “Unos versos de un peruano desconocido, Lora” (López Velarde, 1991, p. 74). Lora fue un poeta modernista a quien se le publicó únicamente un poemario póstumo, *Anunciación* (1908), dado lo prematuro de su muerte.
- **Andrés González Blanco (1886-1924)**.⁷³ Más adelante, López Velarde agrega que, a diferencia de las producciones anteriores, “unos sonetos a la moderna de Andrés González Blanco (1886-1924) le desagradaron. Esta es una mera inferencia, debido a que hay una laguna en el texto entre la locución adverbial y el sujeto: “En cambio [...] unos sonetos a la moderna de Andrés González Blanco, que ya le aviso.” (López Velarde, 1991, p. 74). A

nicaragüense, Francisco Villaespesa llegó a ser uno de los máximos exponentes, de ahí que lo llamaran el ‘paladín’, ‘pontífice’ o ‘púgil’ del modernismo, adquiriendo un papel relevante en la llamada ‘Edad de Plata’ o ‘Edad de Oro Liberal’ de la literatura española”. (Díaz Alonso, 2017, p. 29). Para más información al respecto, consúltese el apartado “1.1 Villaespesa y Rubén Darío” del “Capítulo IV. Villaespesa y sus contemporáneos” de la obra doctoral de Díaz Alonso (Díaz Alonso, 2017, pp. 163-167).

⁷² En la edición de Sheridan dice que murió un año después, sin embargo, las necrologías escritas tras su muerte que transcribió José Vicente Rázuri constatan que murió en diciembre de 1907, a los 23 años de edad (Rázuri, 1960, pp. 53-54)

⁷³ En esta ocasión, el editor confunde la fecha de nacimiento, datándola en 1908.

pesar de esta declaración inicial de desagrado, meses más tarde (febrero de 1909) López Velarde declarará acerca de una producción suya que está compuesta al “estilo González Blanco” (López Velarde, 1991, p. 98). Se tratará de “Una viajera” (López Velarde, 2004, p. 125). De este autor se publicó un solo poemario, *Poemas de provincia* hasta 1910. Sin embargo, “Algo del mundo melancólico y religioso del poeta belga Georges Rodenbach llegó a López Velarde –del cual se publicaron trece poemas, traducidos por Andrés González Blanco, en la *Revista Moderna* de julio de 1906” (Martínez, 2004, p. 15). Al respecto de la relación literaria entre López Velarde y González Blanco, José Luis Martínez dice, recuperando a Luis Noyola Vázquez: “el peculiar tratamiento del encanto provinciano, la vida morosa, la fascinación de la liturgia, los amores ingenuos y la gracia de las pequeñas cosas, lo aprendió el poeta de Jerez de los *Poemas de provincia*” (Martínez, 2004, p. 14).

- **Luis Rosado Vega.** Dos composiciones que considera muy hermosas de éste y otras muy feas, del mismo autor, las cuales conoció a través de *El Diario Ilustrado*.
- **Eduardo J. Correa.** El cuento, “Las flores del Santo”, el cual le “parece publicable con tal que se le suavice la nota nacional, que está muy acentuada” (López Velarde, 1991, p. 75).
- **Eduardo J. Correa.** Los sonetos, “En una tarde lluviosa”, de entre los que sólo el último le desagrada, opinión contraria a la del autor, a quien sólo uno le satisface (López Velarde, 1991, p. 75). Este poema conformado por cuatro sonetos habría de abrir su libro, *En la paz del otoño* (1909). López Velarde le sugiere un par de modificaciones que no detalla puesto que las anota directamente en el texto adjunto. Agrega: “es un poema completo, poema que quizá se me ocurra traducir” (López Velarde, 1991, p. 76).
- **CARTA 14** (3 de junio de 1908), de López Velarde a Eduardo J. Correa, desde San Luis Potosí:

- **Eduardo J. Correa.** Discurre sobre un trabajo de su corresponsal que éste pensaba publicar en el primer número de *Nosotros*: “Prosas artificiosas: Las viajeras”. Sin embargo, no ha podido ser hallado en el archivo del autor.
- **José Santos Chocano (1875-1934).** Le pregunta a su corresponsal si le ha echado un ojo al libro más reciente del peruano: *Fiat Lux* (1908). No hace ninguna declaración sobre éste. En esta antología poética, el autor divide sus creaciones en tres tipos: clásicos, románticos y modernistas.
- **CARTA 15** (13 de junio de 1908) de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - **Ricardo Mimenza Castillo.** “El *pseudosoneto* de Mimenza Castillo me encantó; de veras son un primor esas “Cigarras y Hormigas”. ¡Ojalá y los cuartetos tuvieran la misma rima y no hubiera asonancia entre los cuartetos y los tercetos! Vamos... que fuera soneto esa bellísima producción. —En cambio “Los poemas de Noviembre” se me hicieron de lo muy malito. Así como así, Mimenza será de los buenos. ¿No lo cree usted?” (López Velarde, 1991, p. 78). Nuestra hipótesis es que López Velarde hace una evaluación crítica de poemas que pertenecen a dos momentos de la trayectoria de este poeta. Como se ve a lo largo del epistolario, a través de la corrección y del análisis del trabajo de otros, teorizará acerca de su propio quehacer.
- **CARTA 16** (23 de junio de 1908), de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - El poeta jerezano alude a una composición dedicada a Zauthsía (López Velarde, 1991, p. 80) (Zeuthsía en la edición de José Luis Martínez (López Velarde, 2004, p. 819). Dado lo extraño de la referencia, probablemente se trate de un error en la transcripción. No se pudo encontrar quién era Zauthsía ni a que composición hace alusión.
- **CARTA 18** (21 de octubre de 1908), de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - **Nemesio García Naranjo (1883-1962).** Dice haber leído una composición de este orador, escritor y abogado. Sheridan explica que formó parte de las tendencias católicas que habrían de apoyar al antimaderismo y que sirvieron

a Huerta. De este último, sería ministro de educación (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 83)

- **Enrique Fernández Ledesma (1888-1939)**. Leyó unos versos que conmemoran el centenario de la muerte de Francisco Primo de Verdad y Ramos (1760-1808⁷⁴).⁷⁵ Sobre estos, López Velarde dice que le son “infumables” y se los destrozó (López Velarde, 1991, p. 83).
- **Cayetano Rodríguez Beltrán (1866-1939)**. *Pajarito* (1908): “No me atreví a terminar la lectura de *Pajarito*. La no mala opinión que tenía yo de las facultades de Onateyac, ha desaparecido. Estoy de acuerdo con usted en que el prosista de Tlacotalpan es amanerado hasta no tolerarse. Su lenguaje, repleto de locuciones cervantescas, es postizo y enfadoso. Pero el pecado capital de *Pajarito* es la falta de interés. Le recomiendo esta obra como un narcótico sin rival” (López Velarde, 1991, pp. 83-84). Rodríguez Beltrán fue un escritor, docente y periodista veracruzano. Perteneció al grupo de los liberales ideológicamente. López Velarde le dedicó unas líneas a *Pajarito* en sus “Reseñas bibliográficas” para la revista *Nosotros* (López Velarde, 2004, p. 501).
- **Salvador Díaz Mirón (1853-1928)**. Cita dos versos de su poema “A tí”, perteneciente a su libro *Lascas* de 1901:⁷⁶ “siempre que las majaderías que en Aguascalientes le dedican, me acuerdo de aquel verso admirable de Díaz Mirón:

...vil gusano
que a un astro empina la bestial cabeza”
(López Velarde, 1991, p. 84).

- **Ramón del Valle-Inclán (1866-1936)**. López Velarde cita uno de los diálogos de la Marquesa de Tor de la *Sonata de invierno* (1905), que su autor habría de reapropiarse como adjetivación personal (Sheridan *apud* López

⁷⁴ Sheridan data erróneamente su nacimiento en 1728.

⁷⁵ Primo de Verdad fue un protomártir de la Guerra de Independencia. Apoyó la creación de un gobierno mexicano independiente provisional a la caída de los Borbones en manos de Napoleón (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 83).

⁷⁶ Sheridan atribuye esta publicación a 1902 (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 84).

Velarde, 1991, p. 85): “Como Ramón de Valle-Inclán, soy feo, católico y sentimental” (López Velarde, 1991, p. 85).

- **Amado Neruo (1870-1919).** En la posdata de esta misma carta, se queja de que, en *El Tiempo* un “artículo” censura a este autor: “Dígame si no ha visto esa brutalidad en contra de Neruo. Decididamente son unos imbéciles los tíos del *Tiempo*.” (López Velarde, 1991, p. 85).
- **CARTA 20 [postal]** (del 26 de diciembre de 1908), de López Velarde a Correa, remitida desde San Luis Potosí:
 - **Eduardo J. Correa.** López Velarde afirma haber leído las brillantes composiciones modernistas de su maestro, “El afilador” y “Noche Buena”, las cuales se publicarían en *En la paz del otoño* (1909).
- **CARTA 21** (26 de diciembre de 1908), de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - **Eduardo J. Correa.** Leyó unos sonetos suyos: “De los sonetos que me remitió, le diré que, en general, me parecen buenos, pero medianos para ser de usted. Entiendo que no los iré a incluir en sus obras formales, pero pueden servirle para aprovechar las partes sobresalientes.” (López Velarde, 1991, p. 89). Es interesante este comentario porque puede que emane de una mera descalificación hacia estos sonetos de Correa. Sin embargo, también es posible que haya sido el propio interlocutor quien le haya dicho que no pensaba publicarlos como tal. Dada la ausencia de la carta de Correa, sólo cabe especular.
- **CARTA 22** (27 de diciembre de 1908), de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - **Eduardo J. Correa.** López Velarde menciona por segunda ocasión las dos composiciones modernistas de Correa, “El afilador” y “Noche Buena”, las cuales al parecer causaron una impresión profunda en el joven:

permítame que le envíe otro abrazo por las dos composiciones modernistas que acompañaban a la última carta que me dirigió. [...] las dos me entusiasman, pero prefiero “El afilador”. Esta tiene un sabor moderno que me cautiva. No le diré que sus versos me parecen inmejorables, pero sí que

en mi opinión son brillantes, como le decía ayer. Lo que ya es mucho ¿no le parece? (López Velarde, 1991, p. 90)

La lectura de estos versos lo empujaron a componer “El piano de Genoveva”, poema que remitió anexo a esta carta.

- CARTA 23 (7 de enero de 1909), de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - **Amando Jesús de Alba y Franco.** El remitente relata que recibió una carta de José Elizondo⁷⁷ en donde éste le comunica su entusiasmo por unos sonetos que López Velarde le envió de De Alba: “Son los últimos versos del Padre; de los que conocimos hace poco” (López Velarde, 1991, p. 91).
- CARTA 24 (23 de enero de 1909), de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - **Juan B. Delgado Altamirano (1868-1929).**⁷⁸ López Velarde le informa a su corresponsal que recibió los periódicos que le envió y, con ellos, el último libro de Juan B. Delgado, a quien había empezado a perderle estimación literaria, pero que esta última producción lo hizo sentir satisfecho “por lo que, de nuevo, tributo mis respetos a Delgado.” (López Velarde, 1991, p. 93). El libro al que se refiere es *El País de Rubén Darío*, el cual fue publicado en Managua en 1908.
- CARTA 25 (27 de enero de 1909), de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:

⁷⁷ José F. Elizondo (1880-1943) fue un periodista, escritor de epigramas y dramaturgo de Aguascalientes. Es autor de *Chin-chun-chan*, “la pieza de género chico de mayor éxito en el México porfiriano tardío y en el primer México revolucionario” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 87).

⁷⁸ Según Sheridan, Juan B. Delgado Altamirano fue un “Queretano educado en México, poeta, crítico y antólogo de un divertido *Florilegio de poetas revolucionarios* (1916). ‘Alicandro Epirótico’ (que era su nombre bucólico como miembro de la ‘Arcadia de Roma’) sirvió en el cuerpo diplomático durante los años revolucionarios. De su estancia en Nicaragua en 1908 surgió el libro al que se refiere López Velarde: *El país de Rubén Darío*, sobre el que [López Velarde] escribió una nota bibliográfica” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 92). La nota bibliográfica de Velarde se ubica en *Obras* (López Velarde, 2004, p. 503).

Al final del texto, le dice a Correa que pronto escribirá y le mandará sus reseñas bibliográficas sobre Delgado, Pino, Rodríguez, Pérez Salazar y “otro cualquiera” (López Velarde, 1991, p. 94):

- **Cayetano Rodríguez Beltrán.** La reseña sobre este autor recae sobre la ya mencionada *Pajarito* de 1908.
- **José María Pino Suárez (1869-1913).** López Velarde se dedicará a reseñar *Procelarias* (1908), segundo volumen que recoge la obra lírica de este poeta provinciano (El primero fue *Melancolías* de 1896).⁷⁹ Esta destacada figura política que llegaría a ser el vicepresidente del gobierno maderista, a la par de su asenso gubernamental, carrera como abogado e incursión en el periodismo,⁸⁰ se dedicó a la composición de poemas

que aparecieron en publicaciones como *La Revista de Mérida* y el semanario *Pimienta y Mostaza*. Sus obras eran pequeñas creaciones de un tardío romanticismo (de ninguna manera modernistas como han querido ver algunos biógrafos), sonetos muchas de ellas, que muestran la innegable influencia en formas, lenguaje y vocabulario de la poesía lírica de Gustavo Adolfo Bécquer. (Lara Bayón, 2013)⁸¹

- **Juan B. Delgado Altamirano (1868-1929).** Reseñará el ya citado *El país de Rubén Darío* (1908), diciendo: “He aquí un libro de subidos quilates literarios” (López Velarde, 2004, p. 503).
- **Ignacio Pérez Salazar y Osorio (1859-1915).** Dedicará su espacio bibliográfico en la revista a *Troqueles antiguos* (1908): “el señor Pérez

⁷⁹ En su reseña, López Velarde dice: “En suma, que Pino, sin ser todavía un alto poeta, luce ya con brillos de buena ley. Le felicito por ello” (López Velarde, 2004, p. 502).

⁸⁰ Fundó el periódico vespertino *El Peninsular* en 1904. Javier Lara Bayón dice que esta publicación se destacó: “por su servicio de noticias nacionales e internacionales [...] Durante su primer año de circulación el periódico ganó bastantes lectores y anunciantes importantes. Sin embargo, las denuncias del sistema de explotación de los peones en algunas haciendas henequeneras que aparecieron a partir de febrero de 1905 provocaron el enojo de los propietarios, quienes presionaron [...] hasta el punto de amenazar su estabilidad. En sus esfuerzos por mantener el diario y defender la libertad de expresión [...] Pino Suárez participó en agosto de ese año en la fundación de la ‘Asociación de la Prensa Yucateca’, de la que fue vicepresidente. Parece haber sido entonces cuando, al calor de la defensa de su diario, creyó vislumbrar su vocación política. Al cabo, Pino Suárez tuvo que deshacerse de la empresa para evitar que quebrara, vendiéndola a su cuñado Alfredo Cámara Vales” (Lara Bayón, 2013).

⁸¹ Javier Lara Bayón. (25 de febrero de 2013). “José María Pino Suárez, la errada lealtad. Un extenso y detallado perfil del Vicepresidente de Francisco I. Madero”. México: *Letras Libres* recuperado de <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/jose-maria-pino-suarez-la-errada-lealtad>

Salazar, Árcade como el que más, versificador malo como el que más. Y si de sus aptitudes estoy desconsolado, de su criterio no se diga [...] Estos *Troqueles antiguos* no se han de salvar ni por la buena edición, no por el retrato del autor” (López Velarde, 2004, p. 502).

- CARTA 26 (9 de febrero de 1909), de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - **Amado Nervo (1870-1919)**. Le escribe a Correa:

Quiero decirle que estoy loco de entusiasmo por mi amadísimo Nervo. Ya sabe lo que siempre ha sido para mí el poeta de Tepic: imagínese, ahora que acabo de conocer *El prisma roto*, y tendrá idea de lo que mi cariño y mi respeto a Nervo aumentaron, no obstante que yo creía que no podían ser mayores. (López Velarde, 1991, p. 94)

El prisma roto es una égloga en sonetos que se escribió en 1898 y se publicó por primera vez en 1900, en la *Revista Moderna*, ilustrada por Ruelas. Según Sheridan, este poema fue recogido en *Poemas* de la Librería de la Viuda de Ch. Bouret (París, 1901). Siguiendo el esquema del *Cantar de los cantares*, cuenta la historia de una pareja de jóvenes que pasan su primera noche de amor carnal. A continuación, el joven es visitado por “La Musa”, la cual le reclama por haberla sustituido con una mujer de carne y hueso. “Ella no puede besar como la joven pero reivindica enérgicamente la superioridad de su belleza incorruptible” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 95). El joven reconoce su error. La humana muere de despecho mientras su amado reafirma sus votos a su ideal, la musa.

En su edición a las cartas, Sheridan cita *in extenso* el poema de Nervo porque considera que éste

reproduce en su argumento el drama interno que en López Velarde comienza, en estas fechas, a perfilarse. Pienso que *El prisma roto*, junto con los poemas “A Damiana” de *Los jardines interiores*, ya señalados por Octavio Paz como antecedentes en la formación Lópezvelardiana del mito de Fuensanta, constituyen una de las más notables influencias poéticas y morales de López Velarde en este periodo. (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 95)

- **Francisco Villaespesa.** López Velarde comenta que acaba de leer *El libro de Job* (1908) de este poeta español.
- **Gregorio Martínez Sierra (1881-1947).** El joven discípulo de Correa le apunta: “Le platicaré también que acabo de leer [...] una novela corta de Martínez Sierra” (López Velarde, 1991, p. 95). De la parte narrativa de su prolífica obra, hasta 1909, se habían publicado: *Almas ausentes* (1900), *Horas de sol* (1901), *Pascua florida* (1903), *Sol de la tarde* (1904), *La humilde verdad* (1904), *Tú eres la paz* (1906), *Aventura* (1907), *Beata Primavera* (1908), *La selva muda* (1909), *El agua dormida* (1909). Además, este narrador, dramaturgo, poeta y empresario teatral español dirigió la revista madrileña *El Renacimiento* la cual “guió buena parte del gusto provinciano mexicano del ocaso porfirista” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 96).
- **Ramón del Valle-Inclán.** *Sonata de estío* (1903):

es la que Valle-Inclán y su *alter ego*, el Marqués Bradomín, dedican a México, donde Valle-Inclán había vivido y escrito en 1892. [...] narra [...] sus aventuras en Veracruz con La Niña Chole, *partenaire* del afán del Marqués por actuar a la letra los sonetos del “divino Aretino”. [...] *sonata de estío*, la menos representativa de las cuatro, fue mucho menos trascendente en la formación de López Velarde que la *Sonata de otoño* (1902). [...] Por último, vale la pena anotar que Valle-Inclán suele referirse a Concha en esta sonata con el epíteto “fuente santa”⁸² (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 96)

⁸² Sheridan dice que: “En ella [*Sonata de otoño*] López Velarde tuvo que presentir ciertos problemas morales y escriturales que afirmarían el rigor de sus propias preocupaciones y los riesgos de su personal estilo: me refiero en especial al ceñido contacto entre el impulso erótico y la culpa religiosa, el interés por recuperar la infancia con a mediación de la mujer que antes fue niña, la pasión por la sublimada belleza de la *enferma*, la nostalgia del mundo rural y el odio a las amenazantes ciudades. Sobre esto último vale reconocer en Concha de Brandeso, la heroína de la sonata, no pocos aspectos de Fuensanta; une su lenta agonía el último florecimiento de sus atractivos que atizan en su amante una pasión exacerbada por la inminencia de la muerte a la vez que una mixtura decadentista que une a Eros con la culpa católica y a su ‘belleza de enferma’ la cadavérica mueca de la Muerte. Creo afinar su utilización precisa y un tanto sacrílega de la semántica religiosa en temas más seculares. Al Marqués de Bradomín no le era extraña, por ejemplo, la necesidad de calificar una tez como *eucarística*”. (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 96)

- **Ramón del Valle-Inclán.** López Velarde afirma haber concretado *Jardín novelesco* del mismo autor. Se refiere, mediante el subtítulo, al libro de relatos, *Jardín Umbrío*, de 1903.
- CARTA 29 (23 de febrero de 1909), dirigida de Correa a López Velarde, desde Aguascalientes:
 - **¿Serafín Álvarez Quintero (1871-1938) y Joaquín Álvarez Quintero (1873-1944) o Archibaldo Eloy Pedroza (1888-¿?)?.** En ésta, Correa le comenta haberle enviado varios periódicos y que espera que goce con el “Genio Alegre”. Dada la forma de la expresión, formada por un artículo previo a la frase sustantiva entrecomillada, cabe la suposición de que se refiera a algún tipo de seudónimo como los que utilizaban los colaboradores de *La Revista del Centro* y *El Azote*. Gracias a un segundo comentario que hará el mismo Correa el 29 de marzo,⁸³ se deduce que con esta expresión se autonombra Archibaldo Eloy Pedroza. Quizá, éste estuviera haciendo alusión a la obra dramática de los hermanos Álvarez Quintero, publicada en 1906, “El genio alegre”. De no ser así, aún es interesante la referencia porque significa que nuestros dos interlocutores conocían el material de los hermanos Álvarez Quintero.
 - **Alberto Herrera (1876-1920).** Correa le dice estar urgido de producciones en prosa para publicar en *Nosotros*, ya que, hasta el momento, sólo ha recibido un soneto de Herrera, el cual le envía adjunto a esta carta. La obra poética de este autor se inscribe en el modernismo. Probablemente el poema al que se refiere es “El espejo”.
- CARTA 30 (10 de marzo de 1909), dirigida de Correa a López Velarde, sin datos de locación del remitente:

⁸³ Correa: “No inserté las bases que se sirvió remitirme para el Concurso de Belleza, porque actualmente Archibaldo está concluyendo uno, que llamó de simpatía, y en el número especial de las fiestas va a dar los retratos de las vencedoras, de suerte que el nuestro saldría casi copiado en aquél y no resultaba seguir los pasos de ‘Genio Alegre’ ” (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 108).

- **Enrique González Martínez (1871-1952).** El remitente declara haberle mandado algo que no se atrevió “a llamarlos ni versos” de González Martínez (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 102).
- **Cayetano Rodríguez Beltrán (1866-1939).** Asimismo, le envió un artículo de este autor, sin especificar cuál.
- **CARTA 31** (10 de marzo de 1909), de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - **Alberto Herrera.** López Velarde responde que le gustó el soneto que le copió su maestro, pero que no del todo (López Velarde, 1991, p. 104).
 - **Enrique González Martínez.** Los versos que Correa le adjuntó a la anterior, no le gustaron (López Velarde, 1991, p. 104).
 - **Eduardo J. Correa.** Recibió los últimos versos de Correa y “como todos sus últimos de confección moderna” (López Velarde, 1991, p. 104), lo satisficieron.
 - **Archibaldo Eloy Pedroza (1888-¿?).** El 10 de marzo de 1909, Correa presupone que López Velarde ya había leído una loa de este autor. Veintiún días después, el joven le responde que no. Sobre él y sobre Castro dice que no merecen ser tomados en serio (López Velarde, 1991, p. 104).
- **CARTA 33** (22 de marzo de 1909), de Correa a López Velarde, sin datos de localización del remitente:
 - **Francisco I. Madero (1873-1913).** *La sucesión presidencial en 1910* (1908). Es notable que esta obra crucial para el desarrollo de López Velarde haya caído en sus manos por injerencia directa de Correa: “Entiendo que Severino le entregaría ya los periódicos que le mandé. Creo que se llevó el libro de Madero [...]; hágame favor de preguntárselo, y, si así fuere, dígame que cuando acabe de leerlo se lo pase para que usted lo saboree. Me dicen que tiene muy exactas y valientes apreciaciones.” (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 106). También, es interesante cómo se postula tan favorable a esta publicación que parece no haber leído debido a que estas “tan exactas y valientes apreciaciones” le han llegado a través de otros. De cualquier forma, predispone a su lector con su opinión.

- CARTA 35, (29 de marzo de 1909), de Correa a López Velarde, sin datos de localización del remitente:

- **Federico Carlos Kegel (1870-1907).**⁸⁴ Correa le comenta a López Velarde que le envió unos diarios donde están unas composiciones de este poeta, periodista y dramaturgo tapatío. Le dice a su corresponsal, predisponiéndolo apreciativamente:

Supongo que [...] verá a Elizondo, con quien tuve algunas horas de agradable plática, pues me simpatiza por lo franco y por su buen carácter. Pero en cambio me dejó abismado con el entusiasmo que me mostró por las composiciones de Federico Carlos Kegel [...]. Estaba verdaderamente encantado con la lectura de ellas, al grado de que me hizo leerlas y llevarme un desengaño enorme. (Correa *apud* López Velarde, 1991, pp. 108-109)

- **Vicente Medina (1866-1937).** Entre los periódicos que le mandó hace días, aparecía un libro de este escritor murciano.
- **Francisco I. Madero (1873-1913).** Oficialmente, por fin le envía la tan anunciada obra de Madero, de la cual dice “no he leído ni esperanzas abrigo de leer por lo pronto” (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 109).
- **Eduardo J. Correa (1874-1964).** El remitente dice: “También encontraré adjunto unos versos [sic.], que hace tiempo los tenía escritos y ni había pensado en mandárselos por malos. Pero a Elizondo le agradaron bastante y por eso se los transcribo” (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 109).
- CARTA 36 (14 de mayo de 1909), de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - **Amado Nervo.** López Velarde acaba de leer el último libro de Nervo, *En voz baja* (1909), el cual había sido editado por P. Ollendorff en París. Sobre éste, redactó un artículo: “ ‘En voz baja’ de Amado Nervo”, que se publicó el 11 de julio en *La Gaceta de Guadalajara* (López Velarde, 2004, pp. 491-493).
 - **Gregorio Martínez Sierra.** Se “despachó” “*La feria de Neully* [sic.]” y “*Aventurera* [sic.]” (López Velarde 1991, p. 110). López Velarde escribe

⁸⁴ Mientras que el editor del epistolario, Guillermo Sheridan, atribuye la fecha de nacimiento de Kegel a 1865, la Enciclopedia de la Literatura en México dice que fue en 1870 (*ELEM*, 2017).

mal los títulos, los cuales son *La feria de Neuilly: sensaciones frívolas de París* (1906) y *Aventura* (1907).

- **Amado Nervo.** Igualmente, dice que leyó “*Un sueño*, de Nervo” (López Velarde, 1991, p. 110). Muy probablemente se refiera al relato de 1907⁸⁵ que pasaría a llamarse *Mencía*: “Este cuento debió llevar por nombre *Segismundo* o *La vida es sueño*, pero luego elegí uno más simple, como con miedo de evocar la gigantesca sombra de Calderón. *Mencía* llamóse, pues” (Nervo, 2003, p. 1).
- **Eduardo Marquina (1879-1946).** Leyó un cuento de este escritor español y no le gustó.
- **Pedro de Répide (1882-1948).** De la misma forma, leyó un cuento de este autor madrileño y tampoco le agradó.
- **Alberto Valero Martín (1882-1941).** Dice que, de este autor, hasta entonces desconocido para él, terminó un libro que “trae buenos versos y denuncia francas facultades” (López Velarde, 1991, p. 111). Según Sheridan, este poeta practicó el modernismo y la novela realista (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 111).
- **Alexandre Dumas (1802-1870).** Con su recurrente audacia, le dice a Correa: “Se me pasaba decirle que les hice igualmente los honores a los *Mosqueteros* de Dumas” (López Velarde, 1991, p. 111).
- **CARTA 37** (17 de junio de 1909), de López Velarde a Correa, desde San Luis Potosí:
 - **Enrique González Martínez.** *Silénter* (1909): “La obra de González Martínez me afirmó la idea que de él tengo, que es un poeta completo.” (López Velarde, 1991, p. 113).
 - **Eduardo Marquina.** El joven poeta discurre acerca de su lectura del reciente poema *Vendimión* (1909):

El poema de Marquina me parece muy desigual: lugares en que el arte es perfecto y lugares de una construcción postiza que no se soporta. La parte del cisne y la del Vendimión doméstico me subyugaron por su poesía suma.

⁸⁵ Sheridan dice que es de 1908.

En resumen: la primera parte del libro me encantó; la otra me parece menos que mediana. (López Velarde, 1991, p. 113)

- CARTA 38 (1º de septiembre de 1909), de López Velarde a Correa, enviada desde San Luis Potosí:

- **Eduardo J. Correa y Juan Ramón Jiménez (1881-1958).** López Velarde supone una mala disposición de ánimo en Correa debido a sus declaraciones acerca de su edad: “No es usted justo al declararse viejo, siquiera sea moralmente. Se empieza a ser viejo más tarde, no ahora que usted vive la edad de Cristo, plena de viriles energías; no ahora que es el tronco maduro de una familia joven” (López Velarde, 1991, p. 114). Tras esta declaración, aborda unos versos enviados por el editor en su grata anterior y los compara con los de Juan Ramón Jiménez:

Permítame que al referirme a los versos que me manda, rectifique de nuevo su desmayada psiquis y enmiende la plana a su desconsolado criterio. ¿Cómo me indica que quizá serán éstos sus últimos versos, si justamente, son unos de los mejores productos que le conozco? Si esos octosílabos de cristal, diáfanos como los de Juan Ramón Jiménez, ameritan que usted se despida para siempre de su musa, ya puede hacer igual cosa Luis rosado Vega, pues tiene el mismo pecado de usted: escribir sonoros octosílabos, de una amable melancolía. Sin embargo, no me gustan por oscuros éstos: “y no obstante, sin querer, me tortura por saber que puede ser lo que fue” (López Velarde, 1991, p. 115)

Guillermo Sheridan apunta que, con los versos transcritos, está citando el poema “Tristeza” de Eduardo J. Correa, y que recogió éste en el apéndice B de su edición. No obstante, no fueron incluidos en el epistolario (Sheridan, 1991, p. 115). Efectivamente, estos versos pertenecen al mencionado poema. Como no fueron recogidos en la edición a la correspondencia, he optado por transcribirlos en este apartado:

TRISTEZA

Vaso lleno de belleza,
dulce novia, vieja amiga,
hoy no quieras que le diga
que se vaya á mi tristeza.
Si á consolarme viniste,
á tu risa no la escucho,

porque ahora tengo mucho,
mucho anhelo de estar triste.

Si tú vieras qué emoción
tan sutil la que me daña,
si supieras cuán extraña
inquietud de corazón.
Mira que esto no es entraña,
es un pájaro aturdido
que á cada instante se asusta,
como si oyese el chasquido,
en su jaula de la fusta.
Esto ya no es corazón,
no es una víscera buena,
es badajo de esquilón
en que siempre está la pena
llorando una defunción.

Una tristeza imprecisa,
indefinibles congojas...
La tristeza de la brisa
que se queja entre las hojas;
la tristeza de la luna
que en la noche solitaria,
por lo triste, parece una
muerta antorcha funeraria;
la tristeza de un pequeño,
blanco y lujoso ataúd,
para que una juventud—
que no lo fué— duerma el sueño
sin sueños del no ser... Esa,
la que es tan sólo promesa
de una futura aflicción,
es la que hace al corazón
que inquieto, sobresaltado,
se mire siempre enclavado
en la cruz de la emoción...

Esto es mucho... y también nada.
Es nada... y es todo, todo,
esperar en un recodo
del camino, la emboscada!
Nada es eso, bien lo sé!
Y no obstante, sin querer,
me tortura por saber
que puede ser lo que fué...
pena de mi juventud,
la más honda, la sin tasa,
cuando vi salir de casa
un pequeñito ataúd!...

Dulce amiga, si viniste,
hoy no rías, mejor llora,
porque mi alma siente ahora
mucho anhelo de estar triste!
(Correa, 1909, pp. 9-10)

- **Eduardo J. Correa.** López Velarde dice que los endecasílabos tramontanos de Correa lo dejaron satisfecho (“En el tramonto”) (López Velarde, 1991, p. 115). Este poema se publicó en *En la paz del otoño* (1909). Posteriormente, le hace un par de sugerencias: “Uno solo corregiría yo así: dice ‘siempre no en balde al pan de nuestra mesa.’ Yo pondría: no en balde, siempre al pan, etc. Aunque queden cercanas varias consonantes que no deberían de estarlo” (López Velarde, 1991, p. 115). Como se puede constatar en el libro de Correa, le hizo caso a la sugerencia de su pupilo y cambió el verso (Correa *apud* López Velarde, 1909, p. 64).
- **Eduardo J. Correa.** “El verso alejandrino”: “Sus alejandrinos, con haberme gustado, me impresionaron menos que las otras dos composiciones.” (López Velarde, 1991, p. 115). La deducción de que el comentario trata esta lectura en específico es de Sheridan (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 115).
- **Salvador Martínez Alomía (1875-1920).** El joven corresponsal le suplica a su interlocutor que le salude a Martínez Alomía en el Segundo congreso de la “Prensa Asociada de los Estados”. Cita un verso suyo: “mi respetado y estimado Salvador Martínez Alomía, autor de tantos versos hermosos; como aquel *Las candidas nieblas, María, que bajan al valle*” (López Velarde, 1991, p. 116). Éste pertenece al poemario *Niebla* de 1905.
- **CARTA 40** (24 de octubre de 1909), de Correa a López Velarde, sin datos de localización del remitente:
 - **Eduardo J. Correa.** El remitente le indica al joven que en pocos días habrá de enviarle su nueva publicación, *En la paz del otoño* (1909); libro bautizado por el propio López Velarde en su carta del primero de septiembre de ese mismo año (López Velarde, 1991, p. 115). Este último ya había leído casi en su totalidad las composiciones reunidas en esta antología gracias al continuo intercambio de documentos adjuntos a su correspondencia. Sin embargo, no

conocía la selección final ni el ordenamiento del contenido por lo que Correa le aclara que, a pesar de las sugerencias, tuvo que incluir también las composiciones que no le agradaban (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 118). Además del privilegio del nombramiento de la publicación, ésta fue dedicada a López Velarde.

- CARTA 42 (31 de octubre de 1909), de López Velarde a Correa, desde Jerez, Zacatecas:⁸⁶

- **Eduardo J. Correa.** López Velarde declara haber recibido *En la paz del otoño* (1909):

¿Qué le voy a decir de su libro? He visto nacer cada una de las composiciones que lo forman; muchas de las impresiones de mi alma las miro retratadas en esas páginas, y para remate de mi identificación con su valiosa obra, me llega, con su exquisito sabor lírico y con la voz de sus duelos amables, precisamente en los días en que mi vida se torna fúnebre con la ruina de una ilusión abrigada hace muchos años, con el fracaso del único ensueño de amor que ha fortalecido mis días juveniles. Me admira que el lujo otoñal de sus versos últimos me haya venido a deleitar hoy que sobre mi espíritu sobreviene un otoño que adivino ha de ser largo; y hasta me sorprende el hecho de que se haya usted dignado a dedicarme el libro: una ofrenda triste a un amigo triste. [...] De lo poquísimo que de *en la paz del otoño* me era desconocido, mencionaré el primer soneto de los dedicados *A un árbol*, soneto que me supo a gloria... [...] condensaré la impresión que me causa *En la paz del otoño*, diciéndole que me parece, por la forma, un panorama halagüeño, y por sustancia un ambiente melancólico. Es como una bella ciudad en un valle entristecido. (López Velarde, 1991, p. 120)

- **Eduardo J. Correa.** Hablando de *En la paz del otoño*, se lamenta por la exclusión de los “alejandrinos a Carmen” (López Velarde, 1991, p. 120).
- CARTA 44 (15 de noviembre de 1909), de López Velarde a Correa, desde Jerez, Zacatecas:
 - **Eduardo J. Correa.** Vuelve a hablar del último libro de su mentor, así como su producción general, de manera indirecta. *En la paz del otoño* (1909) es la obra a la que más le dedica empeño a comentar en su correspondencia con Correa. Probablemente, este esfuerzo sea una respuesta afectuosa a la dedicatoria de su amigo:

⁸⁶ López Velarde se encontraba de vacaciones en su pueblo natal.

He leído varias veces el libro que, tan inmerecidamente de mi parte, se sirvió dedicarme, y en cada uno de los repastos he sorprendido bellezas que había dejado pasar desapercibidas [*sic*] a la primera lectura, cuando acabando usted de producir las composiciones, me las daba a conocer. Noto que sus versos se humanizan más en cada uno de sus libros, libertándose del envaramiento a que están sujetos, sin excepción, los elaboradores de poesía. De *Versos* [1906], que es en concepto mío la primera de sus obras, cronológicamente –pues el volumen anterior constituye un trabajo incipiente–, a *Oropeles* [1907], hay una distancia apreciable, pues aunque las dos son obras de mérito indiscutible, paréceme la segunda más natural en el procedimiento y más sincera en la sustancia artística. Y de *Oropeles* a *En la paz del otoño* existe un progreso marcado, en el sentido de que la versificación se desembaraza casi definitivamente y de que el alma poética se acerca, en aproximación notable, al sincerismo literario que todos debemos de apetecer, según creo. En algunos renglones, bien pocos por cierto, noto, no obstante, una retórica de mal género, como en este endecasílabo que me repugno desde que lo conocí: “y era, iris móviles, mariposas”, construido con rigidez pedagógica, postizamente. Pero tales máculas, muy contadas, como digo, sólo acusan que usted es hombre, pues me es grato volver a decir que su poesía es cada día mejor.

Los versos de *En la paz del otoño* son de una métrica ágil, flexionados con pureza clásica, y de expeditos movimientos, ya se valga usted de la elemental mecánica antigua, ya de la accidentada de hoy. (López Velarde, 1991, p. 123)

- **Eduardo J. Correa.** Como en su carta anterior, López Velarde vuelve a lamentar la ausencia de los alejandrinos a Carmen, “acabado capricho de arte nuevo” (López Velarde, 1991, p. 123) en *En la paz del otoño* y lo exhorta a que los publique.
- CARTA 52 (del 13 de marzo de 1911), de López Velarde a Correa, remitida desde San Luis Potosí:
 - **Eduardo J. Correa.** En la revista *Zig-Zag*, “Semanao ilustrado de ciencias, artes, literatura y actualidades”, vio unos alejandrinos de Correa que le complacieron, sin especificar de cuáles se trata ni la fecha exacta de publicación.
- CARTA 53 (21 de marzo de 1911), de Correa a López, sin datos de localización del remitente:
 - **Eduardo J. Correa.** Correa le explica acerca de los alejandrinos que le publicaron en *Zig-Zag* y que gustaron a López Velarde:

Los versos a que usted se refiere, que mandé a *Don Quijote* y reprodujo Enrique en *Zig-Zag* [...] son el prólogo de un libro que me proponía escribir: un poema con unidad de asunto y en el mismo metro, a semejanza de los libros modernos de Villaespesa. Pero en el prólogo casi se ha quedado, pues no tengo sino unas cuantas páginas. (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 139).

- CARTA 64, (6 de abril de 1912), dirigida de Correa a López Velarde, sin datos de localización del remitente:
 - **Eduardo J. Correa (1874-1964)**. El remitente le transcribe un soneto propio que “entre dormido y despierto” confeccionó la última noche que pasó en “esa capital” (Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 161):

*Al evocar anoche la juventud lejana
y asistir al desfile de los muertos amores,
sentí que una fragancia de tempranas flores
quiso embriagar mi espíritu...Y una visión pagana,*

*visión de viejos días, torpe visión humana,
invadió con sus pompas mis reinos interiores,
turbar queriendo aleve con goces tentadores
el plácido sosiego de mi vida cristiana.*

*Vi a mis antiguas novias cruzar las soledades
de mi espíritu fuerte, turbando su mutismo
con besos y canciones de remotas edades...*

*Todo el placer que fuera, todo el bello espejismo
que tuve como síntesis de torpes vanidades
al firmar la sincera renuncia de mí mismo...*
(Correa *apud* López Velarde, 1991, p. 161)

- Carta 65, (8 de abril de 1912), de López Velarde a Correa, desde México, D. F.:
 - **Eduardo J. Correa**. López Velarde confirma la lectura del soneto de Correa y afirma que le agradó, a excepción del terceto final en el que el autor “expresa todo lo contrario de lo que ha querido decir” (López Velarde, 1991, p. 162). Algo distante del plano creativo, elogia la “vena inagotable” y “humor para trabajos artísticos” de Correa (López Velarde, 1991, p. 162).

A través del “inventario de letras”, se recabó una lista de treinta y seis autores. De entre estos, dieciocho son de provincia, dando como resultado el 55.5% de sus lecturas de formación. Igualmente, es interesante destacar que todos estos estaban vivos para el momento en que López Velarde los leyó. En segundo lugar, en cuanto al origen geográfico de los escritores está el grupo de los españoles, con once nombres: 30.5% de sus lecturas. Todos ellos fueron sus contemporáneos, salvo por el caso de Fray Luis de León. Como se puede comprobar en los datos referidos en el listado, varios de éstos fueron influencias cruciales para el estilo y contenido del aparato estético lópezvelardiano por venir. Destaco entre ellos a Francisco Villaespesa y Ramón del Valle-Inclán. A lo largo de la correspondencia sólo mencionó haber leído a dos autores de origen sudamericano, ambos del Perú (5.5%), y a un solo francés, Alexandre Dumas (2.8%). El 69.2% de las obras que leyó pertenecen al ámbito poético, dejando sólo un 30.1% para la narrativa y otros géneros en prosa.

El análisis de estos datos nos permite advertir que el gusto del joven poeta se iba inclinando hacia el modernismo moderado de los autores de provincia y España.

CONCLUSIONES

1. Dos católicos de vanguardia

El estudio de la *Correspondencia de Ramón López Velarde con Eduardo J. Correa* refrenda la hipótesis de la existencia de un círculo de intelectuales católicos de vanguardia en la provincia del país, y de la suscripción de los dos corresponsales a éste. A través de la consignación de datos como la celebración del Congreso de Periodistas de Provincia, “al que acudieron representantes de toda la prensa nacional católica” (Sheridan *apud* López Velarde, 1991, p. 66), en mayo de 1908, y de la constitución de la asociación denominada Prensa Asociada de los Estados, se da cuenta de la circulación de este tipo de ideas. Igualmente, a partir del desglose de las lecturas compartidas, sugeridas o criticadas por parte de los corresponsales se confirmó la influencia del movimiento renovador del catolicismo europeo (de Rodenbach traducido por Andrés González Blanco, por ejemplo, o de los comentarios que tanto López Velarde como Correa hacen sobre León XIII). El epistolario, además, muestra la continua militancia de los corresponsales y lo aguerrido de su contienda: defendieron el papel de la Iglesia como educadora, reprobaron el positivismo oficial y su injerencia en los planes de estudio, polemizaron con las autoridades, apoyaron el movimiento maderista, propugnaron los valores del modernismo moderado, rechazaron públicamente el decadentismo, etc. Igualmente, este epistolario da parte de la labor difusora de Eduardo J. Correa como promotor de la poesía de autores que compartían o representaban de alguna forma sus valores: Amando de Jesús Alba y Franco, Luis Rosado Vega, Enrique Fernández Ledesma.

La doble perspectiva del epistolario ofrece dos miradas hacia la problemática del desbancamiento del pensamiento católico como sistema dominante; de su nueva reapreciación influida por el romanticismo, y del papel que debe desempeñar dentro del mundo moderno.

Al final de la correspondencia, las cartas mismas y los otros textos que brindó Sheridan para completar su lectura (tales como los fragmentos de la correspondencia de Correa con su hermano Antonio), permiten ver que, a pesar de haber compartido el pluralismo de cierto sector progresista católico mexicano, Correa pensó que no era posible

apropiarse del discurso moderno sin dejar de ser católico y lo rechazó. Así pues, los dos interlocutores divergieron de manera irreconciliable.

2. Los epistolarios como parte del circuito literario

Un epistolario como el de Ramón López Velarde con Eduardo J. Correa es el resultado de una práctica editorial que se ha ejercitado desde la Antigüedad, la cual consiste en el ofrecimiento de conjuntos de cartas privadas a la lectura pública. Como tal, “implica modelos, códigos, un modo particular de recepción, una valoración estética y un lugar en la jerarquía del sistema literario” (Fernández Prieto, 2001, p. 20).

Este epistolario en específico fue elaborado por su editor con una intención concreta y explícita: complementar las obras de Ramón López Velarde, aportar información sobre sus años de formación y matizar el concepto constreñido que se ha tenido tradicionalmente de su persona. De esta suerte, se compiló bajo una serie de criterios que mediaron sobre el texto final. Por su parte, las unidades fundamentales de los epistolarios, que son las cartas, pertenecen al nivel primario de la comunicación y no al literario. La decisión de publicarlas y de ordenarlas cronológicamente predispone a los lectores a su entendimiento como un todo; a buscar una trama lineal que abarque la totalidad del compendio; a interactuar con los participantes como si se tratase de personajes de ficción. Más aún, la labor de comentarlas con notas explicativas que, incluso, muchas veces ofrecen datos erróneos o valoraciones personales del editor sobre los acontecimientos, media sobre la recepción de estos documentos. Sin embargo, la edición de este epistolario sigue siendo un medio útil para la exploración crítica literaria relacionada con Ramón López Velarde y con el círculo literario donde se desarrolló.

Pese a que esta antología en particular no se incorpora al conjunto de la producción creativa de López Velarde ni de J. Correa, esboza una serie de ideas que sí competen al ámbito estético y que vinculan sus obras con sus respectivos pensamientos y contextos. Estas cartas ofrecen, en sí mismas, elementos importantes de interés crítico y teórico literarios, tales como marcas y datos útiles para reconstruir el proceso de gestación de poemas, de sus variantes, de poemarios completos (*En la paz del otoño* de 1909), ideas sobre el trabajo creativo y la función de lo literario, atisbos sobre las relaciones entre personalidades de la literatura, etc.; permiten reconstruir el ambiente cultural de la época

revolucionaria, dar seguimiento y aportar información sobre autores específicos (sobre todo de los círculos literarios de provincia, los cuales han sido poco estudiados), y perfilar un camino hacia la comprensión de ambas personalidades creativas. Claudio Guillén dice acerca del vínculo de los epistolarios con la literatura que

Lo que pretende ser leído principalmente por un tú es, en realidad, releído [...] por otras personas, por otras clases y grupos, o por otros públicos en diferentes momentos históricos. De tal manera lo que parecía mero existir privado, materia bruta de vida, se convierte en candidato a ser literatura. (Guillén, 1997, p. 90)

3. La relación del epistolario moderno con el desarrollo del concepto de personalidad

La producción epistolar es tan antigua como la escritura misma. Sin embargo, ésta entró en su faceta moderna en el siglo XVIII, a partir del surgimiento del concepto de sujeto libre, el ascenso de la burguesía, el incremento del medio epistolar debido a la extensión social del alfabetismo y el desarrollo del servicio postal (Pulido Tirado, 2001, p. 436). Sumados a estos factores, la emergencia de lo privado y su revaloración frente a lo público (Fernández Prieto, 2001, p. 19) propiciaron que se comenzara a tratar el tema de la propia personalidad y de la condición de individuo de los corresponsales dentro de las mismas epístolas. De esta forma, la carta se inscribió en el horizonte de la escritura autobiográfica. Cronológica e ideológicamente, la *Correspondencia con Eduardo J. Correa* cumple con los requisitos de una correspondencia moderna. En ella, los interlocutores desarrollan planteamientos acerca de sus personalidades creativas, políticas e íntimas. Tras su lectura se percibe una noción más que desplegada de su concepción como individuos y como sujetos con injerencia cultural y política.

4. Un lenguaje acorde con un tipo de relación

Existen dos modalidades básicas del discurso epistolar: la carta formal y la carta privada. La *Correspondencia con Eduardo J. Correa* corresponde al segundo rubro. Como tal, los corresponsales son sujetos concretos (Eduardo J. Correa y Ramón López Velarde) que mantuvieron una relación amistosa. El lenguaje cuenta con un carácter informal y personal que manifiesta su cercanía e intención de dar seguimiento y secuencialidad al contacto. Para ello, ambos corresponsales buscaron que, en cada misiva, el lector los identificara

como sujetos reales y cercanos. Este reconocimiento se genera a través de la explicitación pormenorizada de los rasgos de sus personalidades, y mediante el empleo de un lenguaje amistoso, adecuado a su época, clase social y diferencia de edades.⁸⁷ Más allá del nombre, de la dirección desde donde fueron enviadas las cartas (ya fuera Jerez, San Luis Potosí o la Ciudad de México, en el caso de López Velarde o desde Aguascalientes o Guadalajara, en el de Correa), los dos interlocutores tuvieron que expayar sus respectivas intimidades para que la relación a distancia se pudiera generar.

Específicamente, López Velarde mantuvo a su interlocutor al tanto de sus sentimientos respecto a la enfermedad y muerte de su padre, de sus temores sobre la vida laboral, de sus tentativas de abandonar la literatura, de su enamoramiento de Fuensanta y del hecho de que aquella relación no rindiera frutos, de sus intuiciones acerca del curso de la Revolución, etc. En medio de la consignación de todos estos sucesos, el remitente fue dejando una serie de pistas que le permitieron a su lector, y ahora lectores, reconstruir la persona que quería que Correa conociera a través de sus cartas. Por otra parte, López Velarde necesitó, también, que el receptor se reconociera en el texto que estaba leyendo para que se sintiera aludido, conmovido, y fuera empático. Como narrador, López Velarde fue haciendo explícito a su narratario, y lo construyó a lo largo de la correspondencia.⁸⁸ Por medio de esta doble identificación, la comunicación se hizo efectiva y engarzó a los dos corresponsales de manera que pudieran llevar a cabo proyectos como la revista *Nosotros* y un sinnúmero de colaboraciones. Igualmente, propició que proyectaran un discurso estético y político para la literatura de provincia, y un lugar para su círculo intelectual dentro del movimiento revolucionario.

⁸⁷ Claudio Guillén aclara que lo principal en una carta es su adecuación formal a la relación interpersonal de los corresponsales: “aparece como fundamental cierta conciencia de clase” (Guillén, 1997, p. 80).

⁸⁸ A diferencia de otros géneros literarios, la figura del *narratario* no es una función meramente abstracta, inscrita en el texto, identificada como cualquier posible lector. Se relaciona con un destinatario concreto, real e independiente (Violi, 1985, p. 157-158). Para acercarse a él, el remitente tiene que irlo dotando de una serie de rasgos que lo ultra particularicen, con el objetivo de que, cuando lo lea, éste se identifique con el *tú* del texto. Estos rasgos se definen a partir de la referencia a contenidos que sólo emisor y destinatario conocen, la construcción del espacio y del tiempo de recepción de la carta, mecanismos de apelación, de pregunta y respuesta, y a su continua caracterización dentro del cuerpo de la carta. Así, el escritor de una epístola tiene que adentrarse de nuevo en la dimensión de la *ficcionalización* para crear una imagen retórica de su destinatario. Ésta, se irá configurando a través de las páginas de la carta y a lo largo de la correspondencia misma. Igualmente, no es una construcción inmutable.

5. La carta como espacio posible para la construcción de personalidades retóricas

Siguiendo a Claudio Guillén, Darío Villanueva, Biruté Cipliauskaitė y Patricia Violi, se constató que la carta posee dos dimensiones constitutivas y de acción simultánea: su necesaria *disposición retórica*⁸⁹ y la *ficcionalidad*.⁹⁰ De tal suerte, “El yo que escribe puede no sólo ejercer cierta influencia sobre su destinatario, [...] sino actuar también sobre sí mismo, sobre su propia imagen, que [...] ensalza para que sea vista y estimada por el [destinatario]” (Guillén, 1997, pp. 82-83).⁹¹ A través del juego con estas dos dimensiones, el autor epistolar se introduce en un territorio peligroso: la mitad del camino entre lo que somos y lo que creemos o hacemos creer que somos” (Guillén, 1997, p. 81). Escribir una carta programa la necesaria tarea de esbozar una imagen de uno mismo: “Componer una carta, dice en su espléndida ‘Defensa de la carta misiva’ Pedro Salinas, ‘es cobrar conciencia de nosotros’. Sí ¿pero de cuál de nosotros? ¿El yo solicitado o estimulado por quién? [...] ¿No es esto lo que se experimenta al escribir, la multiplicidad de la pretendida, de la exigida identidad del yo?” (Guillén, 1997, p. 83). De esta forma, la escritura epistolar desencadena el desarrollo de un proceso de invención de la personalidad, la invención de personalidades retóricas. En algunas ocasiones, el remitente se construye un rostro para un propósito concreto; otras, el proyecto práctico se hace constante durante un lapso de tiempo, y la cara del autor es la misma para su corresponsal. El despliegue de situaciones posibles es inmenso, pero la necesidad inventiva permanece en las cartas:

El escritor puede ir configurando una voz diferente, una imagen preferida de sí mismo, unos sucesos deseables y deseados y, en suma, imaginados, pero mucho cuidado, dentro del mundo corriente y cotidiano de los destinatarios y de los demás lectores. El proceso se ha elevado de lo palpable a lo posible, pero no sin seguir apoyado en su soporte primero.

⁸⁹ Ésta se refiere al compromiso del remitente por elaborar textualmente sus temas y asuntos en las cartas: “La prioridad la tiene para empezar o, mejor dicho, antes de empezar, aquello acerca de lo que toca escribir.” (Guillén, 1997, p. 80).

⁹⁰ Propiedad que genera los mecanismos que permiten el acercamiento entre remitente y destinatario: el uso de la estructura pronominal y de la deixis espacio-temporal, las cuales pretenden hacer un calco del mundo real para actuar como referente común entre los interlocutores

⁹¹ Por esta misma razón, se vinculó el ejercicio del discurso epistolar con la teoría de Austin sobre los actos ilocutivos. Para éste, un acto ilocutivo se genera cuando la enunciación es en sí misma un acto; es decir, una transformación de las relaciones entre los interlocutores. Cada carta es un acto de convencimiento, de apelación, de incidencia sobre el otro.

Percibimos una ficcionalización dentro de lo que pretende no serlo, o sea, desde la ilusión de no-ficcionalidad. (Guillén, 1997, p. 83)

De esta forma, López Velarde se proyecta en sus cartas como un joven plenamente consciente de sus capacidades poéticas; crítico ante sus lecturas, pero también muchas veces predispuesto a no aprender nada de ellas porque se concebía a sí mismo en un plano creativo superior al de ciertos escritores. La consciencia de su destreza se tradujo en el reconocimiento de los propios alcances; sabía que aquello que escribiera, sobre todo en sus editoriales, afectaba la realidad inmediata.

6. La partida de ajedrez entre Ramón López Velarde y Eduardo J. Correa

El proceso epistolar opera como un juego de espejos donde los corresponsales creen ver reflejado a su interlocutor y, a su vez, piensan que pueden intervenir en la percepción que el otro tiene de ellos. El doble pacto epistolar o proceso de ficcionalización condiciona y estimula la creatividad discursiva: “Generar un texto significa también en este caso, como dice Umberto Eco, ‘aplicar una estrategia que incluye las previsiones de los movimientos del otro’ ” (Guillén, 1997, p. 89).

Los corresponsales tienen ciertas necesidades que manifiestan, diluyen u ocultan para poder satisfacerlas. Por su parte, López Velarde tiene la preocupación de posicionarse en el mundo literario y de configurar una personalidad creativa que complazca sus gustos por la estética del modernismo y su autoconcepción como católico provinciano. Quiere promover la creación de una plataforma para este tipo de pensamiento de vanguardia, así como para el impulso de sus manifestaciones estéticas. Por lo tanto, a lo largo de su correspondencia con Correa, intenta que éste publique sus textos en los medios de mayor alcance mediático bajo su control; le pide que le haga llegar sus poemas a escritores que admira como Luis Rosado Vega o Salvador Martínez Alomía; persigue el desarrollo de proyectos conjuntos como la revista *Nosotros*, y rechaza colaborar en los que no permitirían desplegar sus ideales (rechaza publicar en *El Regional* de Guadalajara, por ejemplo).

Por su parte, Eduardo J. Correa demuestra su necesidad de hacer uso de una pluma ágil y febril que defienda sus contiendas políticas y el valor de la intelectualidad católica en aquel territorio dominado por liberales jacobinos. López Velarde, aún muy joven para

cuando se llevó a cabo el intercambio epistolar, representó muchos de los valores que Correa quería promover. Su aún moldeable personalidad permitió que fuera usado como alfil del movimiento católico revolucionario hasta que definió una posición autónoma en el juego. Hacia el final de la correspondencia, López Velarde deja de cuadrar con los ideales de su corresponsal y es removido del círculo virtuoso que había trazado su interlocutor. Esto, sin embargo, más que ser un acontecimiento trágico, hace palpable la noción que el joven poeta tenía acerca de los obstáculos que se le podrían presentar si sostenía esta política. Él mismo traza el camino por el que quiere seguir y descubre sus propias inclinaciones.

A pesar de que los textos que componen este epistolario comprenden un periodo de formación y de aparición incipiente de Ramón López Velarde en el territorio literario, dejan bien demarcadas las líneas de la senda que quiso para sí. Finalmente, aunque no sean comentarios totalmente explícitos, se vinculan con un universo extratextual; con la vida de un personaje público que está bien documentada.

7. El hombre que escribió las cartas

La identidad, lejos de ser el resultado de la suma de las características que el sujeto expone, se encuentra en estado constante de cambio, de respuesta inmediata a los estímulos que ofrece el mundo, de continua reelaboración activa. Se asemeja a un texto que se escribe y que se edita hasta la extenuación. A diferencia del hilo de Ariadna, que Teseo pudo seguir hasta salir del laberinto, para el relato de la personalidad no existe salida, sino la muerte. Una correspondencia es un tipo de interacción que se asemeja lo más posible a la expresión cara a cara. Por lo mismo, es un intercambio que se interrumpe, generalmente, cuando se termina la relación de los corresponsales o éstos pasan a poder comunicarse de manera directa, sin recurrir al papel. Un epistolario, pues, ofrece casi las mismas posibilidades que la relación vivencial de llegar a conocer y a definir al otro.

La relación de Ramón López Velarde con Eduardo J. Correa se condujo, a pesar del distanciamiento geográfico, de manera similar a otras relaciones entre pupilos y maestros: pasaron de la benevolencia irreflexiva del alumno hacia el maestro, a la apropiación personal del aprendizaje y al progresivo alejamiento intelectual. Como suele suceder, este camino no se transitó en línea recta, sino que muchas veces se desanduvo, se retomó o se

vio interrumpido. Los dos amigos y escritores se acompañaron durante el proceso de educación superior del más joven de ellos; a través de las vicisitudes de los medios periodístico, editorial y litigante; en la salud y enfermedad de sus familiares más cercanos (los procesos de embarazo y parto de la esposa de Correa, la enfermedad del padre de López Velarde, los accidentes y padecimientos de los hijos del primero, la muerte de José Guadalupe López Velarde, etc.); a través de sus pugnas políticas y periodísticas; de sus cambios de residencia entre un estado y otro de provincia y del shock de la inmersión en la capital. Mantuvieron una relación profesional pero también fueron amigos; y a pesar de las costumbres de su época, de la distancia y del recelo propio de sus dos personalidades, buscaron vincularse con el otro y expresar su intimidad. Podemos aventurarnos a suponer que la distancia física entre los corresponsales funcionó como un agente catalizador de la expresión de sus intimidades. Es probable que vivencialmente no lo hubieran podido llevar a cabo.

Como lectores de la expresión de esta intimidad compartida, podemos seguir los rastros de una personalidad que entendía sus imperativos políticos como imperativos morales; que no podía relacionarse con individuos que no propugnaran su defensa ciega de las causas maderistas, o de su auto-proclamada congruencia en los ámbitos público y privado. Sin embargo, muchas veces podemos constatar que dicha congruencia no fue del todo cierta. Nos encontraremos con episodios en donde el remitente admite creer algo distinto de lo que dice en los editoriales que publica. Así, los juicios que López Velarde hacía sobre otros personajes cercanos a él, como Enrique Fernández Ledesma o el mismo Eduardo J. Correa, parecen exagerados e irreales. El epistolario permite comprobar que la imagen propia no coincide necesariamente con la imagen conseguida en el imaginario de los demás. López Velarde tuvo que negociar consigo mismo y con su interlocutor la imagen discursiva que consiguió de sí en las cartas, y que no es idéntica en el compendio de textos.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCÁZAR, J. (1998). El relativismo histórico de los géneros literarios. *Anuario de Letras Modernas*, vol. 8, 1997, 11-21.
- AMARO, L. (2009). *Vida y escritura: teoría y práctica de la autobiografía*. Santiago, Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- AMOSSY, R. (2014). La doble naturaleza de la imagen de autor. *Argumentation et Analyse du Discours*, 3, 67-84.
- ARREOLA, J. J. (1997). *Ramón López Velarde: el poeta, el revolucionario*. Ciudad de México: Alfaguara.
- BELTRÁN ALMERÍA, L. (1996). Las estéticas de los géneros epistolares. *1616: Anuario de la Sociedad Española de la Literatura General y Comparada*, 10, 239-246.
- CALSAMIGLIA, H. y Tusón, A. (2007). *Las cosas del decir: manual de análisis del discurso*. Barcelona: Ariel.
- CASTILLA DEL PINO, C. (2004). El eco autobiográfico. *Autobiografía en España, un balance: actas del congreso internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25-27 de octubre de 2001*, 19-26.
- _____. (1996). Teoría de la intimidad. *Revista de Occidente*, 182-183, 15-31.
- _____. (1989). *Teoría del personaje*. Madrid: Alianza Editorial.
- CASTILLO GÓMEZ, A. (2005) “El mejor retrato de cada uno”. La materialidad de la escritura epistolar en la sociedad hispana de los siglos XVI y XVII. *Hispania*, 65(221), 847-875.
- CIPLIJAUSKAITÉ, B. (1998). La construcción del yo y la historia en los epistolarios. *Monteagudo*, 3, 61-72.
- DE LEÓN, F. L. (Senabre, R. eds.). (1988). *Poesías Completas*. Barcelona, España: Espasa Calpe.
- DÍAZ, J.F. (2017). *La recepción crítica de la obra de Francisco Villaespesa*. Universidad de Almería, Almería, España.
- DÍEZ DE REVENGA, F. J. (1993). Pedro Salinas y Jorge Guillén, dos voces a nivel. *Monteagudo*, 11, 60-63.

- DUMAS, C. (1989). El discurso de oposición en la prensa clerical conservadora de México en la época de Porfirio Díaz (1876-1910). *Historia Mexicana*, 39 (1), 243-256.
- FERNÁNDEZ PRIETO, C. (2001). Apuntes para una teoría de la carta de amor. *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, 5, 19-30.
- GADAMER, H. (1997). *Mito y Razón*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- GÓMEZ MORÍN, M. (2007). La hermandad recóndita de los vasos comunicantes. Correspondencia de Manuel Gómez Morín sobre Ramón López Velarde. *Las hojas del árbol. Boletín del Centro Manuel Gómez Morín*, 1 (1).
- GUILLÉN, C. (1997). El pacto epistolar. *Revista de Occidente*, 197, 76-89.
- LARA, J. (2013). José María Pino Suárez, la errada lealtad. Un extenso y detallado perfil del Vicepresidente de Francisco I. Madero. *Letras Libres*. Recuperado de <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/jose-maria-pino-suarez-la-errada-lealtad>
- LEJEUNE, P. (1994). *El pacto autobiográfico y otros textos* (trad. Torren, A.). Madrid: Magazul-Endymion.
- LÓPEZ VELARDE, R. (1991). *Correspondencia con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles [1905-1913]* (Editor Sheridan, G.). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (2004). *Obras* (Compilador Martínez, J.). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- LÓPEZ, C. (1984). La organización enunciativa del discurso. *Revista española de lingüística*, 19: 377-388.
- MAY, G. (1982). *La autobiografía* (trad. Torres, D.). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- NERVO, A. (2003). *Mencia, un sueño*. Ciudad de México: Libros Universidad Nacional Autónoma de México.
- NEUMANN, B. (1973). *La identidad personal: autonomía y sumisión* (trad. Hernando Carvajalino). Buenos Aires: Sur.
- OCAMPO, A. (1988). *Diccionario de escritores mexicanos, siglo XX: desde generaciones del Ateneo y novelistas de la Revolución hasta nuestros días*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- POZUELO YVANCOS, J. (2007). *Desafíos de la teoría. Literatura y géneros*. Merida, Venezuela: El otro el mismo.
- PUERTAS MOYA, F. E. (2004). *Los orígenes de la escritura autobiográfica. Género y modernidad*. Logroño, España: SERVA.
- PULIDO TIRADO, G. (2001). La escritura epistolar en la actual encrucijada genérica. *Signa: Revista de la Asociación Española de Semiótica*, 10, 435-448.
- QUIRARTE, V. (1993). *Peces del aire altísimo: Poesías y poetas en México*. Distrito Federal, México: Coordinación de Difusión Cultural Dirección de literatura- Universidad Nacional Autónoma de México.
- RÁZURI, J. V. (1960). *Un poeta olvidado: José Eufemio Lora y Lora, "Jelil", Gloria Chiclayo*. Lima: Mercagraph.
- RUEDA, S. (1900). *En la vendimia*. Madrid: Imprenta de Antonio Marzo.
- SANDOVAL, M. L. (2005). Eduardo J. Correa, una vida para la escritura. En *Horizontes literarios en Aguascalientes: escritores de los siglos XIX y XX*. Aguascalientes, México: Universidad Nacional Autónoma de Aguascalientes.
- SHERIDAN, G. (1989). *El corazón adicto: La vida de Ramón López Velarde*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- SILVA HERZOG, J. (1973). *Breve historia de la Revolución Mexicana, I: Los antecedentes y la etapa maderista*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- VILLANUEVA, D. (1992). Realidad y ficción: la paradoja de la autobiografía. *Escritura autobiográfica: actas del II Seminario Internacional del Instituto Literaria y Teatral*, 15-32.
- VIOLI, P. (1985). Letters [Cartas]. En *Discourse and literature* [Discurso y literatura]. Amsterdam, Países Bajos: John Benjamins Publishing Company, 149-168
- _____. (1987). La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar. *Revista de Occidente*, 68, 87-99.
- ZAID, G. (2004). *Tres poetas católicos*. Ciudad de México: Océano.